

# PTO

*revista de documentacion social*

AGOSTO

1 pta.



de literatura José Mac Cabel



## SUMARIO DEL NUMERO

**3** *La trágica epopeya del trabajo humano*, Lucien Laurat. — *Los principios y las bases de la sociedad nueva*, Pierre Bernard. — *Literatura proletaria*, Ramón J. Sender. — *Ojeada histórica sobre la huelga general*, René Michaud. — *Notas históricas y actuales sobre el trabajo en Galicia*, S. Montero Díaz. — *Una página de mi vida*, Juan Grave. — *El paro forzoso aumenta la criminalidad*, M. C. — *La jornada de trabajo en el porvenir comunista libertario*, Alfonso Martínez Rizo. — *Un drama geográfico y humano: La ruína del Sureste de España*, Gonzalo de Reparaz (hijo). — *El valor de los bienes y del trabajo (Ensayo histórico)*, Christian Cornelissen. — *Esclavos... un crimen social de nuestros días*, Miguel Alejandro. — *La crisis, los trabajadores y el movimiento sindical. Consecuencias de la crisis: El paro forzoso*, A. Rossi. — *El trabajo en la escuela: La jornada que se impone a los niños resulta absurda por embrutecedora y estéril*, Julio Noguera. — *Revisiones: El trabajo como carácter sexual*, Luis Huerta. — *Técnicos del futuro*, A. F. Joffe. — *Libros*.

## SUMARIO DEL NUMERO

**5** *Las religiones y la guerra*, Matías Usero. — *Una guerra internacional futura*, Christian Cornelissen. — *Capitalismo y fascismo*, Lucien Laurat. — *Contra la guerra que viene*, Pierre Besnard. — *Mis peregrinaciones europeas*, Eugen Relgis. — *Vieja y nueva pedagogía*, Luis Huerta. — *Alex Block*, Miguel Alejandro. — *Historia de las ideas y de las luchas sociales en España*, Angel Pestaña. — *Cinema*, José Renau. — *Natalidad controlada*, Bessie Drysdale. — *Una visita a Gorki*, Vladimir Pozner. — *La ciudad de hoy y la de mañana*, Andrés Nin. — *La vida económica en los pueblos primitivos*, Jacques Loustelle. — *La emancipación de la mujer en el Oriente soviético*, E. Steinberg. — *Panorama sexual*, A. Poch y Gascón. — *La organización del mundo*, M. C. — *Miguel Bakunín: Carta a su familia*. — *Los extraños*, Henri Barbusse. — *¿Es económico el intercambio entre la ciudad y el campo?*, M. Acharya. — *Libros*.

## SUMARIO DEL NUMERO

**4** *¿Qué será la próxima e inevitable revolución?*, Pierre Besnard. — *La racionalización y el paro forzoso*, Lucien Laurat. — *Berlín, la capital del caos*, Magdaleine Paz. — *El trabajo en la Escuela: La jornada que se impone a los niños resulta absurda por embrutecedora y estéril (Conclusión)*, Julio Noguera. — *El valor de los bienes y del trabajo (Conclusión)*, Christian Cornelissen. — *El desnudismo y la nueva moral*, A. Habaru. — *Historia de las ideas y de las luchas sociales en España*, Angel Pestaña. — *La jornada de trabajo en el porvenir comunista libertario (Conclusión)*, A. Martínez Rizo. — *La Iglesia cristiana, el trabajo y los trabajadores*, Matías Usero. — *Sexo y educación*, María Josefa Varela. — *Inventos: Un producto de la energía creadora de las masas*, S. Yakovlev. — *Dibujos hechos por Engels en su juventud. Crítica económica social*, J. Millet Simón. — *Treinta millones de parados pero... ¡Queman el trigo!*, Pierre Hubac. — *Los profesionales (Fragmento de la obra «Cómo actuaban los bolcheviques en la clandestinidad»)*. — *Cinema*, Francisco Pina. — *Libros*.

## ORTO

Revista de documentación social

SE PUBLICA UNA VEZ AL MES

### SUSCRIPCIÓN

España.  
Semestre..... 6 pesetas.  
España y América.  
Un año..... 12 »

### PAGO ANTICIPADO

Dirigir toda la correspondencia a

MARÍN CIVERA

Calle de Luis Morote, 44  
VALENCIA (España)



# ORTO

## REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSE RENAU

Año I Núm. 6

Valencia, agosto 1932

### Los problemas del Danubio



A. Dauphin-Meunier

Un nuevo luchador viene a prestarnos su valiosa ayuda. A. Dauphin-Meunier, que usa el seudónimo de Pierre Ganiwet, inaugura su colaboración en este número.

Joven economista y militante anarcosindicalista francés, hace ya unos diez años que colabora con regularidad en los periódicos anarquistas y sindicalistas de España, Francia y la Europa Central. Gran viajero, ha recorrido la Europa en todos sentidos y, particularmente, ha consagrado su atención al estudio de la situación económica y social de los países danubianos y las comarcas españolas.

Dauphin-Meunier es un aventajado discípulo de C. Cornelissen y un notable especialista en los asuntos financieros y bancarios. Aparte de sus obras de pura técnica, ha publicado importantes estudios sobre el fundamento del valor en una sociedad comunista libertaria y sobre el programa financiero de los anarquistas. Sus principales obras son: *La Commune húngara y los anarquistas*; *La Revolución húngara (en español)*, con unos comentarios de A. Miguel; *L'Espagne au tournant*; *Théorie, pratique et contentieux des changes*; *El papel y la organización racional de los Bancos*.

Dauphin-Meunier, que acaba de regresar de uno de sus eternos viajes, nos ha prometido, para las páginas de ORTO, las primicias de una serie de importantísimos ensayos económicosociales de la Alemania del día, que empezaremos a publicar desde el número próximo.



**C**HECOESLOVAQUIA, Rumanía y Yugoslavia tienen un enemigo común: el magiar. Han de domar a una minoría húngara considerable, que las persecuciones de que es víctima hacen cada vez más consciente de la comunidad de origen y de intereses, y que, por la misma fuerza de los acontecimientos, aspira a entrar en la comunión de la madre patria y ofrece u organiza una resistencia pasiva.

Aunque todas las relaciones hayan quedado rotas entre ellos y sus congéneres de Hungría; aunque no tengan ni el derecho a importar libros o periódicos, impresos en Hungría, los minoritarios no ignoran que encontrarán siempre en Budapest un apoyo moral y material. Además, cada vez que han debido revelar al mundo lo abominable de su suerte, a Budapest se han dirigido. Allí, en las prensas de la imprenta *Patria*, han sido tiradas las memorias presentadas por el «Comité de los Húngaros de Transilvania» a la Unión internacional de las asociaciones de la S. D. N.; de allí también, de las prensas de la sociedad *Franklin*, salió el Manifiesto de la «Asociación Húngara del Sur» a la S. D. N., denunciando la política escolar de los yugoeslavos.

El tratado de Trianón establece un estatuto político perjudicial para los magiares. Los Estados sucesores temían demasiado el ver a los vencidos tratando de recuperar lo que han perdido, para que no se asociaran en defensa común, y han concluido, entre ellos, una serie de alianzas bilaterales, para garantizar los resultados de guerra.

El 4 de agosto de 1920, por iniciativa de M. Benes, el eminente estadista checo, se firmó el Tratado de Belgrado entre yugoeslavos y checos, por el cual los dos pueblos se comprometen a prestarse mutua ayuda en caso de un ataque de los húngaros. Después, el 23 de abril de 1921, rumanos y checos sellaron un pacto, con el mismo objeto. Y, en fin, el 7 de junio siguiente, la alianza de rumanos y yugoeslavos completaba el bloqueo.

Desde entonces, entre los aliados, se celebraron frecuentes conferencias, siendo las más notables: la de Belgrado, que autorizó la concesión de un empréstito a los magiares; la de Bucarest, 1925, que protestó contra un discurso de Bethlen, en el que afirmaba que Hungría no se resigna-

rá jamás a los tratados de paz que la desmembran; la de Temisoara, 1926, con motivo del asunto de los billetes falsos, donde se permitió a Hungría elegir libremente su Gobierno.

Pero otros problemas, además de los políticos, interesaban a los Estados sucesores. El Tratado de Trianón ha separado regiones solidarias económicamente. Rumanía y Yugoslavia son agrícolas; Hungría, semiagrícola; Checoslovaquia y Austria, industriales. Viena es un centro financiero de primer orden; hacia Budapest convergen las grandes líneas ferroviarias de Europa. Cada nuevo Estado es una parte de un mismo conjunto. Todos viven en una independencia absoluta por los intercambios. Ninguno se basta a sí mismo. Aislados, están abocados a la ruína.

También la necesidad de una aproximación económica era una necesidad vital, sobre todo para Austria y Hungría. Con mucha perspicacia lo comprendió el conde Bethlen, y, desde 1921, se preocupó de reanudar la colaboración entre su país y el Austria; proclamó que los dos Estados se completaban mutuamente: uno, fabricando las máquinas agrícolas y objetos manufacturados; el otro, produciendo maíz y trigo, y salió airoso en su empresa.

La Pequeña Entente tomó miedo; temió ver resurgir a Hungría de sus ruínas. Sus miembros decidieron unirse económicamente contra los magiares, como se habían unido políticamente. Emprendieron negociaciones, en Roma, de las que fueron excluidos los representantes de Austria y los de Hungría, llegando a ciertos pactos. Y si no osaron organizar oficialmente el boicoteo contra Hungría, al menos, se comprometieron a organizar el intercambio de tal manera que aquel Estado no tuviera salida alguna al exterior.

También se ha hecho imposible la exportación del carbón húngaro a Rumanía, a causa de la tarifa aduanera, que es de 40 leis por quintal, y representa, nada menos que del 90 al 100 % del precio del carbón en Bonsord, por ejemplo. Por otra parte, los húngaros encuentran dificultades para procurarse madera para minas, pues Rumanía prohíbe la exportación de las maderas de encina y exige que los transportes sean efectuados en los vagones de los caminos de hierro del Estado, lo que obliga a los húngaros a retener los va-



gones con quince días de anticipación, y, en caso de no utilizarlos, a pagar una multa.

Organizada al principio solamente contra los húngaros, la Pequeña Entente, tuvo bien pronto una tarea nueva. Los Estados que la componen no tienen realmente más enemigos que los húngaros, establecidos en el interior o fuera de sus fronteras. Estos son adversarios conocidos, declarados, contra cuyos ataques eventuales están en guardia, sin tregua ni descanso. Pero, establecidos permanentemente en sus territorios, a veces a algunas horas de camino de las capitales o de los centros estratégicos, otros adversarios tan temibles les amenazan.

Aunque oficialmente, la Pequeña Entente, esté formada por tres Estados —Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía—, sería más exacto considerarla como una alianza de tres pueblos: el checo, el serbio y el rumano. Estos no dominan solamente a los magiares, oprimen también —con ferocidad— a sus pequeños «hermanos iguales», eslovacos, rutenios, croatas, eslovenios, montenegrinos y ucranianos, que pretenden haber libertado del yugo húngaro o ruso.

Es bien sabido que, violando los Tratados internacionales, y con el consentimiento tácito de Francia e Inglaterra, en 1918, Serbia ha absorbido a Montenegro que, sin embargo, fué su fiel aliado durante la guerra. Los montenegrinos han protestado y resistido. Por orden del Gobierno de Belgrado, el 50 % de todas las casas de Montenegro han sido quemadas o arrasadas, y el país, cultivado en otros tiempos por los trabajadores dichosos y pacíficos, sufre actualmente una miseria atroz.

Por su parte, los croatas, los más civilizados de los yugoeslavos, han sido abandonados al arbitrio de los serbios. Se cierran sus escuelas; se confiscan sus periódicos y revistas; se suprime su libertad de reunión; se asesina a sus diputados y dirigentes en pleno Parlamento.

En Checoslovaquia, la situación de los «pueblos hermanos» es lamentable. Los hussitas de Praga persiguen a los católicos eslovacos; los legionarios checos expulsan de las administraciones a los funcionarios eslovacos y prohíben, en los sitios públicos, el uso del dialecto eslovaco. También los eslovacos se rebelan: no dejan

de recordar que durante algunas semanas, en 1919, con el apoyo de los húngaros, han tenido su república propia, y quieren recuperar esta independencia.

La Rutenia, en septiembre de 1919, se fusionó con Checoslovaquia, libremente, como territorio autónomo, a condición de conservar su Gobierno, su administración, sus leyes propias. Pues, no solamente no goza actualmente su autonomía, sino que aun han despedido a los funcionarios rutenios, que los checos reemplazan, y se han distribuido las propiedades de los campesinos rutenios a los legionarios de Praga y de Brno.

¿Qué es lo que engendra este estado de cosas? ¿Cuál es, pues, el nuevo equilibrio de la Europa central? Pronto se advierte una doble paradoja.

Ante todo hay que observar que, numéricamente, los «minoritarios» nacionales tienen una importancia superior a la de los «mayoritarios». Menos de quince millones de checos, serbios y rumanos, oprimen a treinta millones de «minoritarios». Así es como entienden los diplomáticos el derecho de las nacionalidades.

Por otra parte, los «pueblos libertados» aspiran abiertamente a destruir la omnipotencia de sus libertadores, para unirse de nuevo a los húngaros.

Los rutenios vivían ayer en la holgura. Los montañeses de los Cárpatos bajaban a vender su leña a las fundiciones húngaras y se aprovisionaban, para el invierno, en las ferias y mercados de la Plana. Actualmente han de dirigirse hacia Praga, recorrer con sus mercancías unos 600 kilómetros y escalar los contrafuertes paralelos que separan una multitud de valles, que desembocan todos en Hungría. Y cuando han llevado su leña a los comerciantes checos, no pueden venderles a precios remuneradores, a causa de la competencia de los leñadores sudetes de los alrededores de Bohemia, que soportan pocos gastos de transporte. También los rutenios piden con insistencia ser devueltos a su antigua *hinterland*, la rica plana magiar.

El problema se presenta a los eslovacos en términos idénticos: son jornaleros del campo, leñadores, domésticos agrícolas, y se empleaban en otro tiempo en Hungría. Cerca de Budapest hasta han formado aldeas, pero son poco aptos para los trabajos industriales, que es lo que se exige de



ellos actualmente. Su centro de atracción continúa siendo Budapest.

En el régimen húngaro, los croatas gozaban de una gran independencia. Tenían un Congreso, ministros y gobernador, locales; poseían bibliotecas y universidades croatas y hablaban libremente su lengua; actualmente aún abrigan sentimientos mucho más amistosos para la Hungría que no para los serbios, que los expolian e insultan. Así, por ejemplo, en Zagreb —capital de la Croacia— es frecuente oír vociferar el himno nacional húngaro, por los consumidores croatas, cuando un oficial serbio penetra en un café. Así manifiestan su animosidad contra las gentes de Belgrado.

Como lo ha declarado recientemente el doctor Matchek, jefe del partido campesino, que reúne el 80 % de los croatas, en *Le Temps*, 10 junio 1932. En Yugoslavia: «La llamada unidad subcroata es una ficción —comienza diciendo—. Es cierto, hablamos la misma lengua, pero la lengua no es un criterio suficiente de unidad nacional. Noruegos y daneses, ingleses y americanos, tienen la misma lengua y no forman una sola nación, y más bien, unidos algún día, se han separado. Son necesarios otros criterios: la comunidad de cultura, de religión; las nuestras difieren y, lo que es más grave, hay una conciencia croata y una servia. Allí hay dos naciones y no una, aunque los intelectuales de los dos países hayan trabajado, más de medio siglo, para no hacer más que una de las dos. Sus esfuerzos han fracasado y, desde la fusión de los dos pueblos en un Estado unido, estamos aún mucho más alejados que antes.

»Podrá decirse que no soy objetivo, pero yo acuso con este resultado los esfuerzos de hegemonía de Servia. Durante diez años de vida común, los regímenes sucesivos de Belgrado lo han puesto todo en práctica para aplastar el sentimiento nacional croata y servietar nuestro reino. El régimen de dictadura ha tenido los mismos errores, y su «yugoeslavismo» no era, a este efecto, más que una engañifa para uso de extranjeros. Desde entonces está claro que sólo luchamos por la salvaguardia de nuestra individualidad nacional y jurídico-política. Nuestro esfuerzo no tiende a una completa separación, pero queremos ser libres en nuestro territorio, ser dueños de

nuestra sangre y de nuestro dinero. Sólo en este sentido podrá ser resuelta la cuestión croata, en el cuadro del estado yugoeslavo. ¡De otra manera, no!»

La Pequeña Entente engendra, pues, grandes odios; se ve perturbada por los minoritarios, cuando Hungría conserva una perfecta unidad moral; solamente el odio a los húngaros y el deseo de matar los grupos étnicos, que aspiran a una unión económica con estos últimos, contribuyen a su mantenimiento.

Pero, ¿se entienden bien, entre ellos, los tres pueblos que asumen así el cargo de mantener el equilibrio de la Europa central? La necesidad los hace solidarios, pero, ¿es sincera y profunda su amistad intelectual y política?

Se recordará que, después de la guerra, checos y rumanos, por una parte, serbios y rumanos, por la otra, los primeros con motivo de la anexión de Rutenia, los segundos a propósito del reparto del Banat de Temisoara, llegaron rápidamente a las manos. Fué necesaria la intervención de los regimientos franceses para impedir que el conflicto fuera más sangriento.

Habría podido imaginarse que estas diferencias se han borrado con el tiempo; nada de eso, al contrario, como lo atestiguan las polémicas acerbadas que se emprenden entre los diversos Estados de la Pequeña Entente.

Este sindicato de intereses, que constituye la Pequeña Entente, aparece entonces, ante los ojos del observador imparcial, como singularmente frágil y como un verdadero peligro para la paz.

También han pensado algunos que en lugar de esta combinación, egoísta y peligrosa, sería preferible formar una unión aduanera que englobara también a los Estados sucesores de Austria-Hungría.

Esta fusión constituiría la unidad económica de la Europa central; sería el primer jalón plantado para establecer una Confederación danubiana, en la que todas las naciones interesadas estuvieran en un pie de igualdad; y sustituiría ventajosamente a la política actual, un sistema de cooperación económica.

Una alianza regional de esta índole tendría por efecto inmediato, en todo caso, asegurar a los agricultores húngaros, rumanos y yugoeslavos, un mercado extenso y seguro, asimilable a un mercado interior.



Las posibilidades de venta se acrecentarían; los precios se verían aumentados o, al menos, estabilizados, y la organización de las salidas, racionalizada; también se conseguiría, con esto, un aumento del poder adquisitivo de los consumidores. Por su parte, Checoslovaquia y Austria, podrían colocar en el mercado danubiano una parte de sus excedentes industriales.

Como lo ha hecho observar E. Reclús, antes que nadie: «Por debajo de las apariencias oficiales y, a pesar del odio instintivo que los pueblos asociados sienten unos contra los otros, ¿no se puede esperar ver pronto la Confederación futura, que reemplazará con la libre actuación de los mismos pueblos la organización actual, tan complicada, tan irregular en su marcha, tan frecuentemente perturbada por los accidentes de toda especie?»

Esto es lo que han preconizado, muchísimas veces, los más grandes financieros y economistas europeos.

A sus sugerencias se han sumado, al cabo, algunos estadistas de la Europa central, tales como M. Benes, que ha declarado especialmente: «La única solución para los problemas de orden económico de los nuevos Estados de la Europa central es su estrecha aproximación económica.»

Paralelamente a esta obra económica nos parece indispensable una labor política: hay que revisar, por lo menos en parte, el Tratado de Triánón, y asegurar la protección eficaz de los minoritarios.

Parece que se impone el retorno, a la madre patria, de los cinco millones de húngaros anexionados a Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia. Ningún motivo de orden estratégico o ferroviario lo impide. La razón y la humanidad están de acuerdo en este punto.

Por otra parte, son necesarias medidas de gran descentralización en el interior de cada Estado danubiano.

Que los serbios respeten a los croatas y montenegrinos el derecho a conservar su idioma y sus prerrogativas tradicionales; que los checos concedan una amplia autonomía a rutenios y eslovacos, de los cuales unos no hablan su lengua y los otros no comparten ni religión ni costumbres; que

los rumanos dejen de perseguir, con tanta barbarie vana, a los ucranianos de Besarabia, a los sajones y magiares.

En favor de los minoritarios, hay que tomar y aplicar medidas de protección. Se debe asegurar, constitucionalmente, el ejercicio de los derechos de voto y reunión, la libertad de conciencia, a los miembros de los grupos alógenos; debe permitírseles la enseñanza y el estudio de su lengua materna, y su uso, en el terreno de la administración, de la justicia y la legislación.

En la reforma agraria, hay que apartar el punto de vista revanchista de la política nacional. ¿Es admisible que propietarios de pequeñas granjas sean arruinados, privados de sus campos, porque son húngaros o sajones, y que estas mismas tierras sean vendidas, o concedidas, a banqueros o a altos funcionarios?

Una parte de los impuestos, pagados por los minoritarios, debe ser aplicada al mantenimiento de las escuelas, organizaciones económicas —Cámara de Comercio o Agrícola—, carreteras y ferrocarriles, de los territorios —trata de blancos— o a retardar

Toda medida tendente a despoblar estos territorios —trata de blancos— o a retardar el progreso intelectual y moral, como en Rutenia y Besarabia, debe ser prohibida rigurosamente.

En fin, hay que anular las medidas que restringen la libertad industrial y de comercio; abolir las leyes de máximo, que, favoreciendo la especulación, hacen más elevado el costo de la vida; asegurar la regularidad de los transportes; reconocer, con la libertad del trabajo, los derechos sindicales; mantener la autonomía de las instituciones obreras de ayuda y previsión.

Entonces podrá comenzarse a hablar de paz y de equilibrio, a saborear la miel que envuelve a estas palabras, en estos Estados de la Europa central, que aún no conocen más que las violaciones de los dictadores y las crueldades de los gendarmes.

Si no...

Si no, todo está libre a la catástrofe.

**Pierre Ganiwet**



# El fascismo y el movimiento obrero

**E**N su nacimiento, desde el origen, el fascismo fué un movimiento económico, inspirado y sostenido por los grandes industriales italianos, que estaban aún bajo el efecto del pánico que habían sentido con motivo de la ocupación de las fábricas, y no fué, al principio, más que una especie de reacción burguesa.

El liberal Giolitti, presionado por los industriales para arrojar a los obreros de las fábricas que ocupaban, no creía ni en la duración de la ocupación aquella y aún menos en el fascismo naciente. El débil Facia tampoco creía en el éxito del fascismo y fué necesaria la marcha sobre Roma para que, al fin, comprendiera su alcance, si no su significado. Y el mismo Mussolini no sabía exactamente a dónde conduciría a Italia este movimiento de las camisas negras.

Como tantos otros, en el éxito y el desarrollo de su acción se dió cuenta de su obra y comenzó a creer en su estrella. Aún fué necesario que algunos de sus lugartenientes, especialmente Farinacci, el dictador de Cremona, lo empujaran, amenazándole con desbordarle y reemplazarlo.

En aquel momento, igual que Hitler actualmente en Alemania, se vió obligado Mussolini a formular su doctrina, precisar su acción e indicar sus líneas generales. Comprendió que si la violencia es un instrumento de Gobierno, un medio de exterminar al adversario, no podía, sin embargo, constituir un sistema. Entonces recordó que había sido socialista y que también había sido discípulo de Sorel.

Desde este momento, las «Reflexiones sobre la violencia» volvieron a su imaginación e intentó, en un orden de ideas diferente, con otro plan, realizar por su cuenta, en detrimento de sus inspiradores, lo que había aprendido en sus relaciones con los socialistas y sindicalistas, que fueron a la vez sus maestros y sus amigos.

Para llegar a este resultado, era necesario hacer del fascismo un movimiento económico, capaz de proporcionar las bases de un nuevo orden político, en el que

un Estado fuerte, reposando sobre la dictadura, coronara el edificio.

Así es como, poniendo en práctica esta concepción nacida de la acción e impuesta, en cierta forma, por los hombres y los hechos, fundó Mussolini la corporación fascista y promulgó, con la aprobación de un monarca reducido a un simple papel representativo, su famosa ley del Trabajo.

El dictador fascista concentró entre sus manos, al mismo tiempo, todo el poder político, y entonces fué cuando, excitado por el éxito, arrastrado por su orgullo y su temperamento ambicioso, se le ocurrió la idea de restablecer el Imperio Romano y hacer del fascismo una doctrina internacional de Gobierno.

Para alcanzar este doble objeto lanzó la famosa fórmula italiana y romana: «*El Mediterráneo es nuestro mar*», que él creía que debía galvanizar a sus tropas y al pueblo italiano en masa. Lo mismo que Gregor Strasser debía, uno poco más tarde, declarar que la raza aria, elegida por Dios, raza pura entre las puras «tenía por misión renovar» la Europa, Mussolini afirmaba que, únicamente, el restablecimiento del prestigio de Roma era susceptible de regenerar el mundo.

Esta especie de megalomanía común a todos los conquistadores, Alejandro, César, Napoleón, y, más tarde, Guillermo II, es la base fundamental de toda la política exterior de Mussolini.

Nunca cesó de perseguirla, a despecho de la participación de Italia en todas las conferencias de la Sociedad de Naciones: Londres, Ginebra y Lausana. Pero Mussolini no se limitó solamente a hacer resonar a Italia con sus discursos inflamados, destinados a la par al exterior y a sus paisanos; él perseguía paralelamente la tarea de hacer aceptar su concepción económica.

Así es como, en todas las conferencias de la Oficina Internacional del Trabajo, sin cansarse nunca, el jefe de las corporaciones fascistas, Rossoni, exponía el sistema instaurado en Italia, y, a pesar de las pro-



testas de Jouhaux y de Mertens, no dejaba de afirmar —y no sin audacia— que Mussolini había suprimido prácticamente la lucha de clases en Italia y realizado el socialismo de Estado.

Rossoni, imitando a su maestro, que se proclama discípulo de Sorel, no vacilaba en referirse a Proudhon, apelando a sus teorías en los momentos difíciles y, hay que proclamarlo, el «proudhonista» Jouhaux no comprendía una palabra de lo que aquél decía.

¿Cuál es, pues, esta concepción del socialismo estatal, que tiende a la vez al socialismo autoritario de Lenin y al sindicalismo obrero? ¿Se ha realizado en Italia una especie de sistema, en el que cada productor tenga un lugar determinado, en la producción, y se encuentre en un plano de igualdad con todos y cada uno?

Nada de esto existe. Las corporaciones fascistas forman una especie de «pandillas jerárquicas», en la que se sitúan, en diversos grados, según un orden determinado, obreros, esbirros, técnicos, patronos y financieros, es decir, todos los que, de cerca o lejos, participan en la actividad de una corporación, más o menos determinada netamente.

Teóricamente, los participantes gozan los mismos derechos, pero en la práctica, los derechos de unos y otros son distintos, según el lugar que ocupan en la escala, y cuando estalla un conflicto se resuelve por medio de un arbitraje obligatorio —esta gran idea de Jouhaux, con la conciliación— en el sentido desinteresado más elevado de la jerarquía.

El Colegio local de las corporaciones fascistas, además, puesto bajo la dirección efectiva del «podestat», especie de delegado del Poder central, cuyas decisiones son sin apelación, y cuya autoridad no tiene límite. Sus decisiones son ley, y así se comprende que la lucha de clases esté suprimida, ya que, prácticamente, la han hecho imposible. Pero, a despecho de la «fraternidad» corporativa impuesta, *la oposición de los intereses de clase no deja de subsistir*, y, a pesar de las medidas draconianas que paralizan las manifestaciones de esta lucha, estalla brutalmente aquí y allá.

No es menos cierto que el sistema existe y dura ya once años; que poco a poco ha ganado el exterior y se ha desarrollado

bajo diversas formas, más o menos apropiadas, hasta tal punto, que la Europa entera se ha inspirado en él y la América lo apoya, lo alienta y lo adopta.

El fascismo no es, pues, la expresión particular de una violencia continua, sistematizada y general. *Si no fuera más que eso, habría muerto, hace ya tiempo, en Italia, y no hubiera echado tan profundas raíces en el exterior.*

El fascismo dura y se desarrolla, porque tiene sólidas bases económicas que la hacen semejante al comunismo autoritario ruso, con el que además tiene, políticamente, numerosos puntos de contacto, lo que explica la buena armonía que reina entre Moscú y Roma.

*El fascismo es en el plan burgués lo que pretende ser, en el plan obrero, el comunismo estatal de Moscú.* Ni el uno ni el otro quieren libertar al individuo, ambos lo aplastan en nombre de la sociedad: uno, en nombre de la burguesía; el otro, en nombre del proletariado. Pero ni la burguesía en Italia ni el proletariado en Rusia, pueden hablar una palabra. En el fondo, estos sistemas de fuerza, situados en los extremos, se tocan, se unen y se confunden, a menudo, en la represión de toda tentativa de liberación.

Si la dictadura de la burguesía es execrable, la titulada del proletariado no es más aceptable. Ni una ni otra llevan a los hombres hacia la salvación, la libertad, la vida, sino que ambas lo mantienen en la servidumbre y la esclavitud, y los encaminan a la muerte.

El triunfo del fascismo en Italia y el del comunismo autoritario en Rusia, son victorias de la fuerza sobre la Razón, de la autoridad sobre la libertad, de la desigualdad sobre la igualdad, del aparato estatal sobre la burguesía y el proletariado, pero no las del espíritu colectivo, libremente disciplinado, sobre el individualismo graduado y jerarquizado, en el seno de un Estado reforzado en su principio y confirmado en su misión.

\* \* \*

He aquí ahora lo que es grave y esto es, sobre todo, lo que nos proponíamos hacer resaltar.

Lo que es más grave aún es que, hasta en el seno del proletariado, yugulado por



la fuerza, la noción de la libertad, de la responsabilidad personal, colectiva, profesional y social, se amortigua, al mismo tiempo que se debilita, la conciencia obrera.

Cediendo cada día un poco más a la fuerza, el trabajador ha dejado de tener confianza en sus medios de lucha, ha perdido el sentimiento de su propia dignidad y, poco a poco, va abdicando de todos sus derechos. No intenta siquiera defenderlos; se encuentra como paralizado y acepta todos los golpes del Poder, sin reaccionar en lo más mínimo.

Existe en él alguna cosa descompuesta, rota, que reduce a la nada toda veleidad de defensa y, *a fortiori*, de ataque.

Tiene miedo, en una palabra; está paralizado por el temor de una opresión más grande y no intenta cosa alguna para arrancarse de su triste suerte.

Y el paro forzoso, compacto y universal, acogota al proletariado de todos los países, que ya ni se atreve a pensar. A la miseria física se junta la derrota del espíritu.

¿Cuánto tiempo durará esto? Nadie lo sabe, nadie lo puede saber.

Pero lo que debían saber todos es, que semejante situación no puede terminar sin la condición de que se luche vigorosamente contra la noción de la fuerza; impidiendo el paso al fascismo; deteniendo su desarrollo primero, para obligarle a retroceder, luego, hasta que desaparezca.

¡Para obtener este resultado, serán necesarias muchas luchas; muchas batallas sociales han de ser ganadas!

Tenemos la completa confianza en que, el proletariado, a pesar de todo, triunfará. Pero es necesario antes que se desembarace del miedo que le oprime y le paraliza, que se decida a combatir vigorosamente por su libertad, que reaccione con fuerza y perseverancia contra los regímenes de dictadura; que vuelva al camino recto de su emancipación; que comprenda, de nuevo, que esta emancipación no ha de ser más que obra suya y no la del Estado, cualquiera que sea la forma de este último.

Jornaleros, técnicos, sabios, reunidos y agrupados: vosotros seréis los artífices de este porvenir. No hay potencia alguna en el mundo que os pueda reemplazar para libertaros.

Solamente vosotros, con vuestros es-

fuerzos asociados, aseguráis la vida del mundo y la perpetuación de la especie. Reunid estos esfuerzos, en todos los terrenos: en el seno de vuestros Sindicatos, de vuestras Federaciones de industria, nacionales e internacionales, de vuestras regionales y centrales, de vuestra Internacional; preparad los cuadros de lucha contra la burguesía; forjad los engranajes industriales y sociales del comunismo libertario y lucirá, por fin, el alba de vuestra emancipación total, de la igualdad social, de la fraternidad universal.

**Pierre Besnard**





# El salario en la sociedad capitalista

I

**L**os obreros y empleados de fábricas, talleres, minas, oficinas de comercio, etc., se dan cuenta frecuentemente, en sus discusiones —y en ocasión de los conflictos— con los representantes de la burguesía, de la insuficiencia de sus conocimientos científicos y técnicos. Sabiendo bien que las ideas burguesas son fundamentalmente falsas, no saben responder ni, menos aún, oponer las ideas modernas. Por otra parte, hasta en los medios obreros, y especialmente entre los socialistas demócratas, se oye todo un conjunto de frases hechas, definiciones y juicios, que datan de los tiempos de Carlos Marx y de Fernando Lassalle, que no pueden soportar la crítica de los tiempos actuales.

Puede ser interesante, por lo tanto, tratar aquí de algunos de los problemas más interesantes para la clase obrera.

En primer lugar, quisiéramos ocuparnos del *salario obrero, sueldos y honorarios de empleados y funcionarios*.

Por extraño que parezca, es lo bien cierto que los asalariados de las diversas categorías son, de ordinario, los menos enterados precisamente de sus propias condiciones de trabajo y vida, siendo en este dominio donde continúan existiendo la mayor parte de las equivocaciones.

Pregúntesele a un industrial o a un comerciante cuánto paga, en salarios o sueldos, a sus obreros y empleados y por qué no les da más, o, al contrario, menos, remuneración. Nueve veces, de diez, la contestación será cualquier banalidad, diciendo, más o menos: que paga *según lo que merecen* y que él, contratista industrial, o comerciante, mide la remuneración según *la utilidad del trabajo de aquéllos*.

Pero, acúdase enseguida al primer obrero que se quiera, cuya inteligencia y conocimientos económicos se hayan formado en reuniones socialistas o en la prensa marxista. Hágaselle la misma pregunta, haciéndole saber lo que piensa el patrono. Nueve veces de diez refutará no solamente la res-

puesta del capitalista, sino que añadirá, a la refutación, su propia teoría positiva: «Mi salario —dirá, sobre poco más o menos— es apenas suficiente para poder comer muy, ¡oh!, muy modestamente; a menudo, sin que llegue a quedar plenamente satisfecho, sin poder vestir de una manera conveniente y teniendo que habitar una casita, o una habitación, de las más pobres. Lo que yo debía ganar más, se lo mete el patrono, mi explotador, en el bolsillo. Si, eventualmente, aumenta el costo de la vida rápidamente, como fué el caso durante la guerra y después, mi salario no podrá seguir el alza de los precios y caeré de lleno en la miseria.»

Y he ahí inmediatamente, frente a frente, las dos grandes teorías económicas que tratan del salario: La *teoría utilitaria*, de la escuela angloaustríaca, que se enseña generalmente en las universidades burguesas y que es absolutamente inadaptable a la vida social efectiva, y, por la otra parte, la *teoría del costo de producción*.

En lo que concierne a la última teoría, hay ya que contentarse si el obrero asalariado se atiene a la afirmación marxista, según la cual el valor del trabajo o, como lo dice Marx: «El valor de la fuerza de trabajo, como el de toda mercancía, es determinado por el tiempo de trabajo necesario para la producción y, por consiguiente, también para la reproducción de este artículo especial.» (1). «El valor de la fuerza de trabajo —dijo Marx— es el valor de los medios de subsistencia necesarios para la conservación de su poseedor.» (2). En semejantes afirmaciones no solamente se trata de todos los salarios, y todos los sueldos y honorarios, sobre la misma base, a pesar de las innumerables variaciones que existen, sino que se juzga también el completo problema del salario, tan complejo,

(1) Carlos Marx. *Das Kapital*, tomo I, cap. IV, sec. 3, tercera edición, pág. 147.

(2) Idem, pág. 148. Véase nuestro artículo en el número 3 de ORTO.



únicamente desde el punto de vista de la producción, sin tener en cuenta las exigencias del consumo.

Y, por lo tanto, ¿cómo es posible juzgar las condiciones reales que reinan en el mercado del trabajo —como en el de cualquiera otra mercancía—, si no se mira el problema más que por un solo aspecto? En el mercado chocan siempre dos partes: vendedor y comprador.

Decíamos anteriormente que hay ya que estar satisfecho si, en el medio socialista, se atienen a la teoría marxista. A menudo, sin embargo, nuestros camaradas socialistas están en la época de Lassalle y su famosa «ley de aleación» (*das cherne æconomische Gesetz*), según la cual, los salarios son limitados a los medios estrictamente necesarios para el mantenimiento del obrero (1).

El salario no puede bajarse, de una forma duradera, muy por debajo de este mantenimiento necesario, porque se vería entonces producirse la emigración, el celibato, la abstención en la procreación y, en fin, una disminución en el número de obreros, producida por la miseria; la oferta de brazos se encontraría restringida y el salario subiría, por consecuencia, a su nivel anterior.» (*Ferdinand Lassalle: Offenes Antwortschreiben* —respuesta publicada— quinta edición, pág. 13.) Sin embargo, medio siglo de luchas sindicales, huelgas, etc., en las industrias y hasta entre los obreros agrícolas, hubieran debido enseñar, a todos nuestros camaradas asalariados, que la «fuerza de trabajo» no se deja explotar en nuestros días con la misma desfachatez, por parte de los empleadores, que caracterizaba aún el período que vivieron Marx y Lassalle. Si existe una «ley económica del salario» se debía, al menos, considerar más bien como una ley de cauchú que como una ley de aleación.

En realidad, la historia entera del movi-

miento obrero moderno ha demostrado la inexactitud de las teorías prescritas de Marx y Lassalle.

Un estudio detenido de las diversas categorías de salarios y sueldos, nos hace observar que existe, en efecto, ciertas categorías, en las que las antiguas teorías socialdemócratas se aproximan, bastante fielmente, a la realidad. Estas son, especialmente, las categorías de salarios de los obreros llamados *no calificados*: *braceros y ayudantes* en las diferentes industrias, y, sobre todo, también los *obreros agrícolas*. Pero, por otra parte, se encuentran entre las categorías de los asalariados más privilegiados, ciertos empleos en que los gastos de producción y de reproducción de la fuerza de trabajo no parecen representar más que un papel muy secundario. Un célebre cantante de ópera puede, a veces, ganar en una sola velada más de lo que una simple cancionista de un café cantante gana en todo un año, y, sin embargo, hasta el costo de producción de la fuerza de trabajo podría ser el mismo en los dos casos.

Entre los dos extremos se encuentran categorías de salarios, sueldos y honorarios, de las más diferentes. Y en todas, más especialmente en las categorías inferiores, se ve que el factor más importante para aumentar los salarios o sueldos, en el caso de la prosperidad en las industrias, o para mantenerlos en caso de crisis y malestar general, es la organización profesional y la lucha sindical.

Observemos las diversas categorías de salarios, sueldos y honorarios más detenidamente: Hay que tener en cuenta que el valor de producción del trabajo ejerce una influencia predominante para la determinación del salario, estando al pie de la escala los salarios de los obreros adultos, jornaleros y braceros, obreros llamados «no especializados». Aquí se trata de oficios de la categoría de los que tienen más fácil acceso a todos los obreros adultos y de constitución sana y, por consiguiente, de una mano de obra que los emprendedores capitalistas pueden obtener con la mayor facilidad, en cantidad suficiente para continuar la explotación de sus establecimientos; de una mano de obra que resulta también la que con más rapidez se hace superabundante, en los períodos de depresión y de crisis.

(1) Ahí está el punto, en torno al cual gravita constantemente el salario real con las oscilaciones de un péndulo, sin poderse elevar nunca por encima ni descender mucho por debajo. No puede elevarse de una forma duradera por encima de este promedio; en efecto, la situación más fácil, la mejor proporcionada al trabajador, suscita también un aumento de matrimonios obreros y la procreación obrera, un aumento de la población obrera y, por lo tanto, acrecentaría la oferta de brazos, que rebajaría el salario a su antiguo nivel y hasta más bajo.



He aquí lo que resulta netamente de nuestros estudios personales, sobre las condiciones de trabajo de los braceros. (Véase *Teoría del salario y del trabajo asalariado*. Segunda edición. París, Marcel Giard, 1932; cap. X, págs. 185 y siguientes.) El salario de los obreros «no especializados» será, en todas las regiones, tan reducido como puedan conseguirlo los emprendedores capitalistas, sin tropezar con una oposición efectiva y definitiva por la parte de los obreros; es decir, sin que los obreros decidan abandonar más pronto la producción marchándose del país, si están aún en la fuerza de su edad, o marchando temporalmente a vivir del trabajo de sus parientes, de limosnas, etc.

Se vé cuán precipitada y severamente se juzga la conducta de los obreros, al reprocharles preferir recorrer las calles ociosamente antes que aceptar todo trabajo que se les ofrezca. A menudo es el único medio de oponerse a la depreciación de sus salarios, por bajo del nivel de las primeras necesidades de la vida, sin recurrir inmediatamente a las revueltas del hambre.

El salario del más humilde bracero o ga-

leote deberá, pues, garantizar, normalmente un determinado *mantenimiento mínimo* y este mínimo mantenimiento ha de presentarse, en todas partes, alguna estabilidad. Está, por decirlo así, agarrado a los usos y costumbres de la población y manifiesta la misma tenacidad, la misma resistencia, a las modificaciones, hacia arriba y, sobre todo, hacia abajo, que las otras instituciones sociales. Pero, por la misma razón, este mantenimiento mínimo puede variar y varía, en realidad, según las regiones y hasta en cada región, según el medio especial (ciudad o campiña, etc.). Varía en el interior de un mismo pueblo, en diferentes períodos de civilización, según las exigencias variables de los hombres. Así, la gran guerra de 1914-1918 y las crisis de la postguerra, que han trastornado de tal modo los usos y costumbres de las poblaciones, han reducido fuertemente este *mínimo* de mantenimiento en muchas regiones de Europa, especialmente en la Europa central y oriental.

**Christian Cornelissen**

(Concluirá.)

Acaba de aparecer

**1 9 4 5**

**El advenimiento  
del Comunismo Libertario**

por el ingeniero ALFONSO MARTINEZ RIZO

Una visión novelesca del porvenir

Precio: 2 pesetas

Ayuntamiento de Madrid



# Boicoteemos la guerra

**R**OMAIN Rolland, alma sensible al dolor humano, figura prócer entre los enemigos de toda injusticia, y Einstein, el más sabio entre los hombres, han lanzado un grito angustioso contra la guerra que prepara la *Internacional de los armamentos*, integrada por las figuras más repugnantes del mundo burgués, de los negocios perversos; red de criminales, extendida y unida, rodeando la tierra, como un vampiro gelatinoso y sangriento, que pretendiese ahogarla, chupándole antes toda su vida, en propio provecho.

Otra Internacional se ha creado, la de la Paz, celebrando un Gran Congreso en Lyon, y millones de hombres encuadrados en las Internacionales obreras y muchos desparramados pacifistas solitarios por el mundo, se aprestan a luchar y morir, si es necesario, para que los enemigos de la Humanidad, los vampiros de la vida, los asesinos de la conciencia, en nombre de una palabra criminal y falsa: «¡Patriotismo!», no puedan conseguir su deseo perverso: encender otra nueva guerra, echar a los parias a pelear, como si fuesen fieras o boxeadores contratados en el gigantesco ring del mundo.

«Los que creen que el peligro de la guerra ha pasado, están locos. Hoy debemos luchar con un militarismo mucho más poderoso y más destructivo que el militarismo que realizó el desastre de la Gran Guerra», dice Einstein; en doce países existen Agrupaciones de jóvenes que se resisten al servicio militar obligatorio; todo amigo sincero de la Paz debe ayudarles en su esfuerzo, para despertar la convicción moral contra el servicio militar obligatorio.

Necesitamos acabar con las posibilidades de otra gran guerra, aunque tengamos que morir para evitarla, haciendo una gran revolución; por sangrienta que ésta sea no podrá compararse con aquélla, y, limadas las uñas y arrancados los dientes a los creadores de las guerras, acabaremos de una vez con los enemigos de la vida, que es lo más respetable que existe en la Naturaleza; la guerra es el supremo mal, y ninguna arma, por fuerte y dolorosa que parezca, debemos dejar de esgrimir en su contra.

Porque, además, la guerra, nada resuelve, ni nada mejora en los países, vencidos o vencedores.

Todos los ex combatientes, los millones de lisiados e inutilizados en la Gran Guerra, pueden repetir aquellas palabras macabras del mendigo inglés: «Soy dueño de Australia, del Canadá, de la Nueva Zelandia, de la India y de las remotas islas del Pacífico; y no tengo un pedazo de pan para llevarme a la boca; soy ciudadano de la potencia más grande del mundo actual, y todos deberían inclinarse ante mi grandeza, y ayer pedí una limosna a un negro, harto y *sin patria*, y me rechazó con la mayor aspereza.»

Los ex combatientes ametrallados y acorralados, hambrientos y rodeados por el tifus y la miseria, en el país más rico y poderoso, aquel que ganó el dinero de todos entrando en la Gran Guerra, a última hora, como un negocio sucio más entre tantos sucios negocios, Norteamérica, prueba este aserto hasta la evidencia.

El sueño de miles de millones exigidos a los vencidos, con la seguridad de recibirlos, se esfumó como algo intangible, reduciéndose a casi nada, y aún eso, sin grandes esperanzas de reintegro y con el peligro de gravísimas complicaciones internacionales. La interdependencia entre las finanzas del mundo hace repercutir en todos los países cualquier desequilibrio, distorsionando el comercio, hiriendo la industria y trastornando toda la vida económica de todos; esa es la causa de la imposibilidad de las reparaciones y de que vencidos y vencedores vivan peor después de haber ganado o perdido la guerra.

La guerra es un negocio de bandidaje y latrocinio en gran escala; los crímenes y delitos que se castigan en todos los Códigos del mundo, son premiados con cruces y recompensas, que dan dinero y posición social, en los combatientes más feroces, creando ese tipo repugnante de militar profesional, tan bien descrito por Hamón en un libro célebre, muy discutido.

La guerra nada resuelve, en el terreno moral, porque remediar con crímenes en gran escala, desacatos a banderas, ataques individuales a destacamentos armados,



ofensas a símbolos o atributos patrióticos, declarando la guerra donde van a realizarse, colectivamente, cosas mil veces peores, es la mayor inmoralidad y el más insensato desatino inventado por los hombres-fieras, que engordan y se enriquecen con la guerra.

Desgraciadamente, el nivel moral de la Humanidad, a pesar de todas las religiones y la moral convencional extendida por el mundo, es bajísimo; las masas sienten el patriotismo bestialmente, y se resisten a morir por altos motivos sentimentales aquellos que más fácilmente van a morir por bajas razones patrióticas, ciegamente y sin saber a punto fijo la razón de su sacrificio. Es necesario probar que las guerras son un fracaso, en el orden financiero, para todos los combatientes, que los países más prósperos y felices son aquellos que apenas tienen ejércitos, mostrándose refractarios a toda guerra, que todo imperialismo se paga caro en la Historia, y que la ruína irremediable sigue siempre a las nacionalidades que han cifrado su vida en las conquistas guerreras, verdaderos bandidajes colectivos que viven a expensas de la vida ajena, más repugnantes que el bandidaje de las gavillas de facinerosos privados, tan perseguidas por los Códigos nacionales de las naciones guerreras, que debieran respetar y proteger a esas organizaciones fundadas en la fuerza bruta, la astucia, el espionaje y el valor personal, virtudes esenciales de la guerra...

En el siglo XVIII, millares de jueces europeos, hombres instruídos y educados, condenaron a tormentos durísimos y a la muerte en hoguera a millones de criaturas por el delito de hechicería y otros semejantes; hoy el niño más ignorante de la última escuela recusaría, con razones, los motivos que obligaron a obrar cruelmente a esos jueces; algo semejante ocurrirá con los motivos empleados para declarar la guerra por las naciones; un niño sabrá destruirlos y condenarlos en el futuro. Bastará que pasen algunos años para que la Humanidad comprenda la inutilidad de las guerras, dejando de hacerlas, por conveniencia y egoísmo, pensando en las ventajas de la paz y en la inutilidad de la guerra, como agente de progreso, medio de enriquecerse, manera de aplastar, con propio provecho, al adversario.

No será el sentimentalismo y la moral re-

ligiosa, sino el utilitarismo y la razón práctica quienes acaben con la guerra.

En la Gran Guerra, dos Internacionales poderosas fracasaron: la Internacional católica y la Internacional socialista; el catolicismo, por vejez, y el socialismo por juventud. La Internacional socialista era demasiado niña para poder evitarla y la Internacional católica, vieja, caduca, con lazos insolubles a las fuerzas conservadoras y burguesas, que trajeron la guerra, ni quiso ni pudo hacer nada para evitarla o concluirla.

La guerra pasada fué una lucha entre dos concepciones opuestas del socialismo internacional; la concepción autoritaria, centralizadora y gubernamental de Marx y Lassalle y la concepción de Bakunin y su escuela libertaria y federalista; la victoria de Alemania en el 70 dió preponderancia a la concepción gubernamental de Marx y sus comentadores; la derrota de Alemania en la Gran Guerra destruyó el concepto autoritario del socialismo alemán, creando una gran corriente de fuerza obrera, basada en principios de federación y libertad.

Todos los partidos socialistas del mundo están en vías de transformación y tienen conflictos gravísimos, de orden interno; pasan por una crisis de crecimiento y superación; llevan en su seno una extrema derecha, *chauvinista*, y una extrema izquierda cosmopolita, francamente internacionalista y pacifista; la primera pone el ideal nacional por encima del ideal humano, universal; la segunda, coloca el ideal universal, cosmopolita, por encima de todo; entre estas tendencias definidas vive una enorme masa poco consciente, gregaria, que fluctúa de uno a otro lado, según la influencia de sus líderes.

Del triunfo de una u otra tendencia depende la posibilidad de la guerra.

En casi todos los países existen partidos llamados nacionalsocialistas, socialdemócratas, cristianos demócratas o cristianos socialistas, verdaderos fascismos o nacionalismos disfrazados, usurpadores del nombre socialista, para mejor engañar a sus adictos; aliados a las fuerzas burguesas y católicas, creados a veces por jesuitas disfrazados o por renegados inmorales expulsados del verdadero socialismo son los culpables del estado de nerviosismo e inquietud que reina en el mundo, los verdaderos culpables de la guerra, si ésta llega



a estallar; claro está que, así como el año diecisiete la paz derrumbó casi todas las monarquías, cambiando el estado del mundo, esta guerra acabaría con las dictaduras y los fascismos, dando su merecido a los creadores y sostenedores de esa doctrina ultranacionalista, enemiga del humanitarismo y la cooperación internacional.

La Gran Guerra se concluyó gracias al soplo de fraternidad, por encima de las fronteras creado en las trincheras y en el mar, en la escuadra alemana y en el frente oriental; el obrerismo internacional insubordinándose en el frente, y los marinos rusos y alemanes insubordinándose en las escuadras, pudieron hacer que aquella locura bélica tuviese un fin; los Gobiernos y sus inductores no se atrevieron a continuar la guerra, hasta el aniquilamiento total del enemigo, por miedo al pueblo, a la masa trabajadora; así pudo salvarse Alemania y Austria de una devastación sistemática, creyendo poder cobrar a buen precio este respeto a la civilización material.

Existe un anhelo revolucionario en las masas trabajadoras que sólo espera para manifestarse la consigna de los jefes; ese espíritu engendrado por el fracaso de la guerra, en todos los órdenes, se acentúa ahora con la posibilidad de otra guerra más cruel; la atmósfera de los Ministerios y de las Cámaras donde gobiernan los burgueses son mortales para el verdadero espíritu socialista, que es revolución y cooperación a la obra revolucionaria, destrucción del mundo antiguo para crear una sociedad mejor, más justa y más pacífica; una sociedad de cooperación, auxilio y esfuerzo en común, para el bien de todos, no en provecho de clases privilegiadas; jamás estuvieron más pendientes los Gobiernos y los capitalistas y *patriotas* que se enriquecen con la guerra, de las decisiones que toma el mundo obrero, las Internacionales y las Uniones y Confederaciones de trabajadores: es certísimo que ninguna nación se atreverá a declarar la guerra y fracasará estrepitosamente, si lo hace por sorpresa, sin contar con ellos, cosa muy difícil si creamos los intelectuales y los líderes obreristas un ambiente de hostilidad a la guerra, descubriendo las maldades y miserias de ella, mostrando lo que sucede entre bastidores, antes de declararla los diplomáticos y políticos de oficio, los medios

a nuestro alcance para no consentirla, sus consecuencias y derivaciones.

Para todos los socialistas parecía un muro infranqueable los intereses materiales y morales de toda la Humanidad, que se alzaban imposibilitándola; nadie creía que un grupo miserable y pequeño de directores capitalistas, dueños de empresas guerreras, fabricantes de armas, barcos, cañones, explosivos, grandes capitalistas agrarios, industriales y comerciales, serían bastante fuertes y torpes para influir, decisivamente, en los Gobiernos de las naciones y capaces de declarar la guerra, casi por sorpresa.

La declaración fulminante de la guerra sorprendió a todos, y, después, ya era imposible reaccionar, porque los Gobiernos apretaron el cerco de las leyes decretadas para estos casos, y un *patriota*, matando a Jaurés, dió el tiro de gracia a la paz posible, si el mundo obrero se uniese contra la guerra, ya que era quien más podía perder en ella.

De esta vez es preciso estar alerta para que la guerra no pueda estallar, impidiéndola antes de que se declare en las naciones el estado de excepción, ahogando los intentos revolucionarios, para ahogarla antes de nacer; y nada más útil que el recordar los diez millones de muertos, los veinte millones de heridos, los cinco millones de inútiles para la vida, lisiados, enfermos y locos, los millones de hogares deshechos y el cuadro aterrador de la postguerra, donde el tifus, la peste, la gripe y otras enfermedades causadas por ella hicieron llegar acaso a un centenar de millones las vidas robadas a la Humanidad por los causantes de la Gran Guerra.

Recordar a los hombres que la guerra es culpable de que en el mundo existan millones de parados que perecen de hambre, ellos y sus familias, y la crisis económica mundial revista caracteres aterradores. Estados Unidos tienen once millones; Alemania, pasa de seis millones; Inglaterra, de tres millones; Francia e Italia, de un millón cada una, y España, de medio millón; y que estas cifras aumentan, cada mes, de un modo alarmante.

La ofensiva contra los salarios crece por momentos; la Humanidad se niega a reproducirse, como lo prueban las estadísticas más severas; el número de suicidios aumenta después de la guerra, a causa de



la miseria; como ejemplo, anotemos que en Alemania, antes de la guerra, se suicidaban al año mil doscientos; este año se suicidaron ochenta mil; el número de niños muertos de tuberculosis se ha elevado al cuádruple después de la guerra, y el de adultos es todavía mayor; el peso normal ha bajado en términos alarmantes; las taras de enfermedades hereditarias provenientes de la guerra son aterradoras; el número de locos y anormales crece sin cesar; el número de abortos provocados, por miseria y anormalidad, llega a un 40 % en algunos países beligerantes, y la miseria toca límites desconocidos. La Sociedad de Naciones ha hecho pública la cantidad de millones destruidos o invertidos durante la Gran Guerra: son diez trillones de francos (10.000.000.000.000.000.000), cifra de matemática astronómica y de la cual no puede formarse idea la mente humana.

Todas las miserias de la Humanidad pudieran remediarse con esa cantidad fabulosa de millones gastados en el crimen, sin resultado positivo para nadie, porque aun los que se enriquecieron con ella, países o entidades, están arruinados y viven peor que antes de declararse las hostilidades.

Pero la carrera de la muerte sigue su curso, y es preciso parar en seco esta infamia. El *New York Times* publicó hace poco las cifras que se gastan ahora en preparar la guerra, y se elevan a ciento tres mil millones de francos (103.948.298.950 millones) anualmente. No detallamos, por falta de espacio, el gasto de cada nación.

Es indispensable acabar con la guerra, destruyendo a sus organizadores y bariéndolos de la dirección de los pueblos, de grado o por fuerza.

Si es necesario, hagamos la revolución contra los asesinos de la Humanidad, liberemos al mundo de sus tiranos: «Hagamos llamamiento —con Romain Rolland— a la conciencia adormecida de las mejores fuerzas de Europa y América; hagamos llamamiento a la conciencia de la fuerza colosal, que se ignora, de todos los pueblos del Universo, para cortar ese nudo de serpientes de todos los fascismos plutocráticos y militares que pronto contendrá la tierra, para triturar el huevo de la conspiración, y para sellar las masas trabajadoras de todas las razas liberadas.»

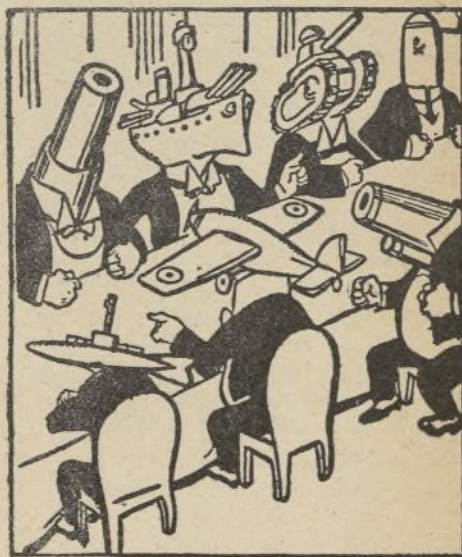
¡Guerra y exterminio a la guerra! Asociémonos a la gran cruzada de paz y sal-

vemos a la Humanidad de una ruína total y de una deshonra irremediable.

Juramentémonos para morir, si es preciso, defendiendo la paz contra los enemigos del hombre, estrechemos el cerco y no dejemos respirar a los *patriotas*, cualquiera que sea su máscara; cumplamos nuestro deber de hombres libres, contra todos y por encima de todos, si es menester.

**Matías Usero**

### Las peregrinaciones de una caricatura



En su número del 9 de febrero de 1932, *Lu* reproducía el presente dibujo, de la *Izvestia*, de Moscú, cuyo pie decía: «Sin maquillaje.» Esta caricatura continuó su vuelta por Europa. Tomada por el diario *Le Travail*, de Ginebra (sin indicar la procedencia), acaba de ser publicada de nuevo por la *Review Ofreiews*, de Londres, como expresión del PUNTO DE VISTA SUIZO SOBRE LA CONFERENCIA DEL DESARME. Ahora nos toca a nosotros el reproducirla, pues, después de cinco meses de peregrinación, todavía no ha perdido su actualidad.



## Los salarios, la producción de la tierra y la sobrepoblación humana

### Exposición en torno a la ley de bronce

**Y**A antes de la aparición en el horizonte de Lassalle, el iniciador de la «ley de bronce» del salariado, que aunque reconocida por Marx no fué aceptada por éste en toda su integridad, Francis Place decía: «No hay para el obrero otros medios de elevar su condición que tener pocos hijos. Su suerte no depende de nadie sino de él mismo. Toda sugestión que no tienda a la reducción del número de trabajadores será inútil, por no decir contraproducente. Toda ingerencia legislativa será funesta.»

Después, Cobden inició la aplicación práctica de estas doctrinas y definió la ley del salario (*Wage-fund*) de una manera sencilla y familiar, diciendo: «El salario sube cuando dos patronos corren detrás de un mismo obrero; el salario baja cuando dos obreros corren detrás de un mismo patrono.»

Y hay otro aspecto de esta ley de bronce que tiene relación con otro de los factores que estudiamos en nuestro ensayo de hoy sobre las subsistencias necesarias al obrero para poder vivir y que recogió Ricardo diciendo: «La parte de producto que reciben los productores se regula en definitiva y en general, no por el resultado de su producción, sino por la cantidad de producción, sino por la cantidad de producto que basta para proporcionarles la fuerza necesaria para continuar trabajando y los medios de criar a sus hijos.»

Estos tres aspectos de la famosa ley de bronce justifican la tesis repetida por Stuart Mill en sus *Principios de Economía Política*, de que los salarios dependen de la relación que existe entre la población y el capital. Con el nombre de población hay que entender únicamente la clase de los trabajadores, y, con mayor exactitud, la de los asalariados; y con el de capital, tan sólo el capital empleado en la remuneración del trabajo. Y no solamente hay que decir que el salario depen-

de de la relación entre la población y el capital así definido, sino, además, que bajo el imperio de la competencia no pueden ser afectados por ninguna otra causa. De esta suerte, el cambiar este estado de cosas no es posible mientras no se produzca una reacción sobre uno cualquiera de los dos términos de la relación, es decir, bien sobre la cantidad de capital empleado en salarios, sobre el *wage-fund*, o bien sobre las cifras de la población obrera en demanda de trabajo.

Los dos hechos que los defensores de Malthus hemos tenido en cuenta para fundar nuestras teorías, para hacer ver que la ley de bronce no depende únicamente de la voluntad del capitalismo, sino también de la natural curva de producción de la tierra, son los siguientes:

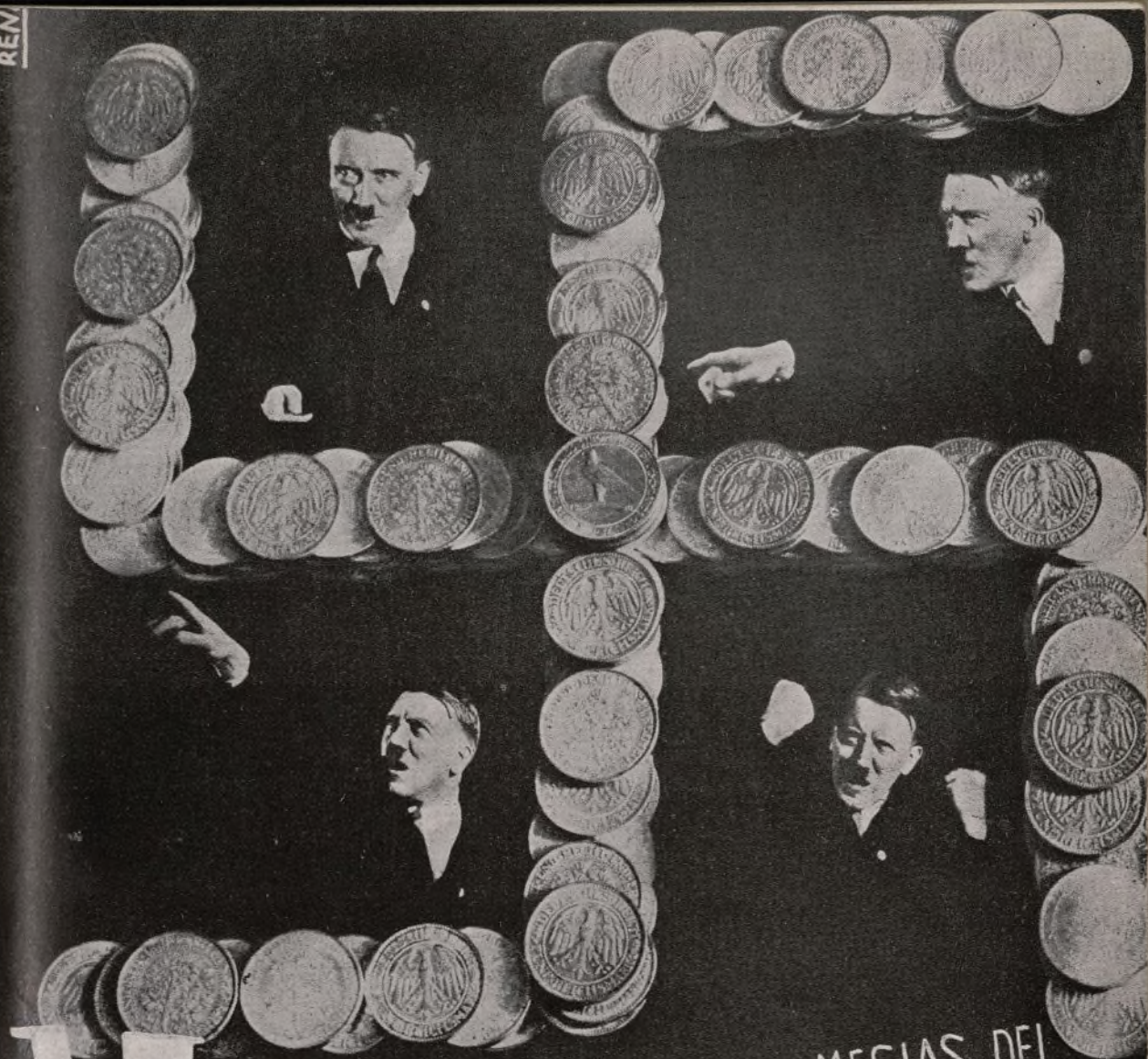
a) Los salarios de una gran fracción de la clase trabajadora son insuficientes, aun cuando se distribuyan hábilmente para soportar adecuadamente una familia normal.

b) Durante los últimos quince años de legislación social y de esfuerzo constante por parte de las clases trabajadoras, el poder activo de los salarios declina en lugar de aumentar, porque los productos encarecen de tal modo, que se hacen cada vez más inasequibles a la voluntad del trabajador.

De aquí que Stuart Mill dijera que las Trade Unions en el caso particular de Inglaterra, y los Sindicatos en general en todos los países, podían modificar la relación entre la oferta y la demanda de cualquiera de estas dos maneras:

a) Limitando la oferta de los brazos de sus asociados en el mercado del trabajo. Pero en este caso temía que la elevación del salario debida así a una especie de monopolio de los obreros organizados, llegar a resultado semejante inculcando baja de ese salario para la inmensa multitud de los demás obreros.





# Hitler

EL NUEVO MESIAS DEL  
CAPITALISMO



Ayuntamiento de Madrid



Miembros del kolkhoz aprendiendo a conducir los tractores.

## La liberación de las nacionalidades oprimidas en la U. R. S. S.



Antes de la Revolución, la población de una inmensa parte de la Transcaucasia, sobre todo en el Azerbaidjan y en las regiones montañosas, era analfabeta. No existía ni una sola escuela superior. En 1931, habían ya fundadas 54 escuelas superiores, 29 facultades obreras y 250 escuelas técnicas, sin contar los teatros, cines, clubs, instalaciones de radio y salas de lectura en las aldeas.

La liquidación del analfabetismo progresa rápidamente. La enseñanza obligatoria será un hecho consumado en Georgia y en Armenia, a partir de 1932, y en Azerbaidjan, en 1933. El Gobierno Soviético dedica una intensa labor en el reclutamiento en las nacionalidades locales, del personal necesario para la edificación socialista. No solamente en las escuelas, sino en la mayor parte de los establecimientos de enseñanza superior, los cursos se siguen en las lenguas o dialectos locales.

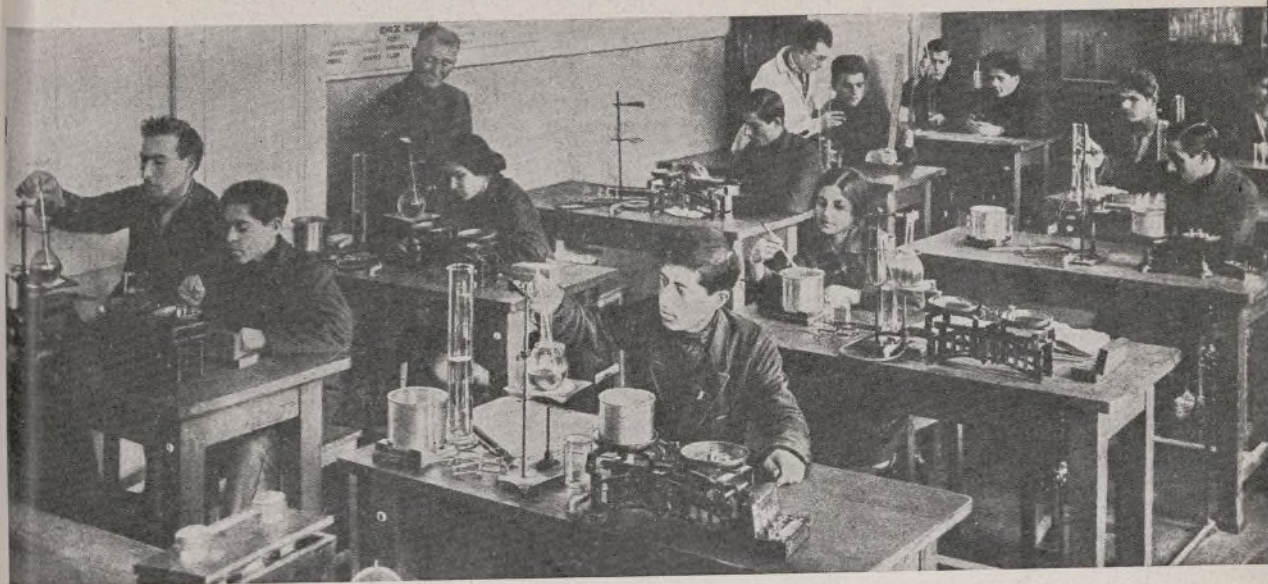
*En el club Ali-Bairamow, de Bakou, las mujeres turcas aprenden a escribir a máquina en su lengua materna.*



Ayuntamiento de Madrid



*Trabajos prácticos en la escuela técnica  
Narimanov, de Bakou.*



*Laboratorio de Instituto Veterinario, de  
Erivan.*







## **La caza del Tío Sam**

Un elemento de estabilidad que no parece amenazado: la concepción tradicional de los privilegios del hombre blanco.

*(Fotografía tomada en 1932 y prohibida en Inglaterra.)*

Ayuntamiento de Madrid



b) Restringiendo la mano de obra mediante un procedimiento a más largo plazo, pero el definitivamente eficaz: la limitación del número de sus hijos. Y pensaba que las Trade Unions podían, en efecto, llegar a resultado semejante inculcando estas enseñanzas a sus miembros de modo tal, que volvieran a levantar su *standard of life*.

Pero como las teorías no tienen ningún valor para nosotros, enemigos de crear héroes o divinidades, si no se prueban, vamos con las pruebas de doctrinas que por su extrañeza llamaron como un fuerte mazazo en el corazón de la Humanidad.

### El salario y el coste de la vida

Fué el economista Sir Henry Campbell Bannerman el que afirmó que «más de un 30 % de nuestra población se encuentra por deficiencias del salario en los linderos del hambre». De muchos sectores de opinión han surgido voces en apoyo de esta tesis, verdaderamente temible para el trabajador.

La situación de éste fué elocuentemente descrita a principios de siglo, en 1912, y confirmada posteriormente, por el profesor Ashley, en un artículo titulado: «Los salarios y el coste de la vida», diciendo que las curvas de ambos muestran una tendencia definida a aumentar lentamente, lo que va acompañado de un descenso en los precios en el período que va de 1873 a 1896. Como consecuencia, los salarios en las principales industrias del país se elevaron muy rápidamente. Pero, desde 1896 hasta ahora, esta tendencia se ha cortado y reemplazado por un descenso debido al aumento cada vez mayor del coste de la vida, en modo tal que los obreros están en un 10 % peor en 1907 que en 1896. Siguiendo la labor realizada por la Oficina de Colocación, sobre las estadísticas de la situación del trabajador, las conclusiones generales son idénticas; cesa la verdadera alza de salarios a partir de 1896 y continúa el aumento aparente, pero contrarrestado hasta 1910, desde donde los precios aumentan rápidamente y los salarios inician una marcha casi estacionaria. Aun sin ser de un interés excepcional, confirman estos datos *El Economista*, en repetidos artículos, y Mr. Sauerback, que afirman que el poder adquisitivo de los salarios ha descendido en un 16 % desde

1896 hasta nuestros días. Los debates de la Cámara de los Comunes, el famoso discurso de Lord Asquith en el Guilhall comprobaron idéntica trayectoria.

### América deja de ser la despensa de Europa

Para contrarrestar esta tendencia pesimista de Europa se nos habla de las posibilidades de América y, sin embargo, son precisamente los economistas americanos los que más apoyan con su desapasionado estudio de la situación la doctrina malthusista. El profesor H. B. Seager, de la Universidad de Columbia, en su curso sintético de Economía planteó el siguiente problema: «La población es restringida, por el hambre, la enfermedad y la muerte, tan pronto como el número creciente de habitantes reduce los jornales de los obreros de inferior categoría a un mínimo tal que no es suficiente para mantener una familia.»

El profesor Scott Nearing, de la Universidad de Pensylvania, y muchos otros economistas americanos, han escrito asimismo con gran energía en pro de la doctrina de la sobrepoblación; y aun economistas socialistas, como Jarl Kautsky y Aquiles Loria, lo han reconocido.

Entre los estadistas recientes, Lord Morley afirmó que «la cuestión de la población es de una importancia vital, que no podríamos eludir», y Mr. Sidney Buxton, presidente de la Oficina del Trabajo, que estudiando las causas del alza del coste de la vida en el debate de la enmienda propuesta por Mr. Snowden, en 1912, dijo: «Otro punto, y el más obvio, es el crecimiento de la población, que aumenta más rápidamente que la producción de comida.»

Al mismo tiempo, Mr. Chiozza Money, tratando la cuestión del Oro y los Precios en el *Daily News*, da la verdadera explicación del alza en el coste de la vida, diciendo: «La verdadera explicación de la reciente alza de los precios es la misma de su descenso, a pesar del aumento de desembolso de oro durante el período de 1871 a 1900. En el período anterior, las posibilidades, aún vírgenes del mundo, su fertilidad, sus bosques, sus minas, ofrecieron sus ricos veneros, aunque la población empezó a aumentar tan rápidamente que



no pudo mantenerse en proporción con el descubrimiento y explotación de nuevas tierras. De aquí que los precios bajaran. Se trató de un proceso que no podía proceder de muy lejos, y cuya aclaración hallábase muy cerca y muy fácilmente.»

Un examen del índice de precios durante un largo período, tales como los compilados por Mr. Sauerbeck, nos lleva a inferir que el gran descenso de precios que tuvo lugar desde 1872 fué debido principalmente a un gran progreso en las facilidades del transporte, en particular a la utilización de la carne helada. En lugar de depender sobre la producción nacional, cada país importaba una proporción de alimentos, siempre en aumento de los Estados Unidos, Rusia, Australia, etc. Pero los signos del último período son los que demuestran el inevitable descenso de este proceso. En el siglo pasado, la población de los Estados Unidos se elevó de 5'3 millones hasta 76'3 millones, y se va acercando cada vez más al límite de su producción. De acuerdo con Mr. A. P. Austin, del Bureau de Comercio de los Estados Unidos, la exportación de trigo y harina cayó desde 235 millones de bushels (medida de áridos en Inglaterra, y en los Estados Unidos, de 8 galones, equivalente a 36 litros) en 1902, a 87 millones en 1910, y mucho menos ya en 1911. El valor de las conservas o carnes exportadas en crudo de los Estados Unidos fué en 1898 por valor de 305 millones de dólares, y en 1910, a pesar del encarecimiento grande de los precios, sólo alcanzó la cifra de 131 millones; y el valor de las verdaderas conservas, descendió de 318 millones de dólares, en 1900, a 259 millones, en 1910. Son muchos los economistas americanos que han afirmado que esta es la verdadera explicación del aumento de precios, al menos en su propio país. El último volumen publicado por el Ministerio de Agricultura del Canadá muestra que este país está reduciendo sus exportaciones, que contribuían a nuestro adecuado alimento, y los hechos comprueban que en breve plazo los Estados Unidos habrán de importar comida del Canadá o de otros puntos, tendiendo con ello a una elevación inevitable de precios.

Sir William Crookes, al tratar en especial del problema del trigo, afirmó que hasta hace unos años la producción de trigo se ha mantenido al nivel de las de-

mandas. Pero al aumentar los seres que utilizaban el trigo, la imposibilidad de atender a ello se ha hecho bien notoria. El mundo se ha familiarizado tanto con los conflictos entre oferta y demanda, ha creído que las vastas planicies de los países trigueros, son graneros, sin fin posible, que no ha vacilado en exigir una demanda excesiva al área productora de trigo del mundo. Nos olvidamos con ello de que esta área es de una extensión estrictamente limitada, y que unos pocos millones de acres absorbidos regularmente bien pronto se elevan a un número formilable. En los últimos treinta años, los Estados Unidos han desempeñado un papel primordial en la exportación de trigo, exportando no menos de 145 millones de bushels. Esto demuestra que el mundo que se alimenta de pan dependía, y aún depende, de los Estados Unidos para los medios de subsistencia. Es absolutamente cierto que antes del transcurso de una nueva generación, la población, siempre en aumento, de los Estados Unidos, consumirá todo el trigo producido en su área, y se verá aún obligada a importar de otros países, luchando por obtener la parte del león. La exportación de las naciones, siguiendo esta inmutable ley económica, lleva camino de desaparecer.

Los contradictores del malthusismo han sido los economistas burgueses, como, por ejemplo, el doctor Edwin Cannan. M. A. LL. D., profesor de la Teoría Económica en la Escuela londinense de Economía de la Universidad de Londres, quien al escribir su *Historia de las teorías de producción y distribución, en la Economía política de Inglaterra* (p. 144), afirma: «Fracasada la teoría enunciada por Malthus de que las subsistencias aumentaban sólo en proporción aritmética, el Ensayo sobre el principio de la población de aquel economista se derrumba como argumento y permanece únicamente como un caos de hecho, reunidos para ilustrar los efectos de leyes que no existen. Fuera de esta teoría de la progresión aritmética no hay nada en el Ensayo citado que demuestre el por qué la subsistencia no aumenta tanto y tan sin límites como la población. «Con toda boca Dios envía un par de manos»; ¿por qué, pues, el número mayor de población no podrá mantenerse a sí misma tan bien como el más restringido...?»



La cuestión de la producción de nuevos alimentos no es, sin embargo, un simple problema de área y de brazos, como muchos escritores han pretendido afirmar; es, ante todo, un problema de material fertilizador, de inyecciones que estimulen la productividad de la tierra, y este aspecto del problema es precisamente uno de los muy rara vez enunciados. Saber si la tierra está en condiciones de producir y en qué proporción, y las subsistencias mínimas que necesita el obrero para poder vivir, será motivo de un artículo próximo, ya que el problema ofrece cada día una mayor actualidad.

El problema de la guerra pone en la actualidad sobre el tapete los resultados a que conduce la superpoblación humana. Los regímenes dictatoriales y reaccionarios fomentan y estimulan el aumento de la población. La prensa fascista, auxiliada por los periódicos de la Iglesia Romana, inició en el año 1929 una intensa campaña contra la constante restricción de nacimientos. El diario *Impero* fustiga a las mujeres aristocráticas, afirmando que la esterilidad voluntaria tan en boga es el mayor crimen que pueden cometer contra el régimen fascista, y que las hembras culpables de este delito deben ser trasladadas a una pequeña isla, donde el aburrimiento de una vida semejante las conducirá, en poco tiempo, a desear con vehemencia la concepción de hijos. El propio secretario del partido fascista, Augusto Turatti, envió a los secretarios de las Federaciones Provinciales y locales fascistas una circular monstruosa que mata hasta el libre derecho de defensa forense, y donde se hace constar que los abogados no podrán asumir la defensa de comadronas y médicos imputados de prácticas abortivas, estando tal actividad en perfecta antítesis con una de las principales finalidades que el régimen se propone.

Esta campaña, realmente odiosa, porque limita hasta lo absurdo la función del abogado, privándole del sacratísimo derecho que es a un tiempo deber de defender a todo acusado, debe hacer pensar con mayor motivo aún que nunca en la justicia de nuestras proposiciones. Cuando un régimen dictatorial tan absurdo como el fascista, que no sólo se opone a toda libertad o simple intento de conseguirla, sino que pretende transformar radicalmente las insti-

tuciones del país, censura tan acerbamente estos hechos, y con el indiscutible argumento de que van en contra del régimen fascista, para nosotros símbolo de opresión tiránica y cavernaria, tenemos la obligación de defender aún con mayor entusiasmo nuestras doctrinas, porque en ellas vemos la antítesis a ese régimen oprobioso.

El fascio, como los hombres de Estado representativos de los privilegios de la clase burguesa (Hitler, en primer término), se alarma ante el descenso de la natalidad proletaria en algunos países, estimando que «en caso de guerra, el ejército nacional no estará lo suficientemente nutrido de gentes dispuestas a dejarse matar por razones de Estado. Por ello, dice Michels, acertadamente: «Con toda franqueza confesamos sentir poca simpatía por esas propagandas que al estimular la procreación de los hombres, estimulan el aumento de la carne de cañón.»

Contra el fascismo siempre, y también en este aspecto de su programa, habremos acertado. En los pasillos del Congreso corrió recientemente la consigna de que los radicales socialistas que no asistían a las pasadas sesiones no necesitaban preguntar a su jefe de grupo el sentido en que debían emitir su voto. Les bastaba con emitirlo en contra de lo que dijeron los agrarios, y tenían la seguridad de acertar. Apliquemos la ley en este caso, porque el fascismo quiere muchos ciudadanos, ya que ve para Italia, como para el resto del mundo, la perspectiva de una nueva Gran Guerra, en que todos estos seres se hundan y aniquilen.

Contra el egoísmo del fascio, egoísmo bárbaro, porque no le importa pasar por encima de la existencia de tantos millones de seres jóvenes, está nuestro altruismo, nuestra abnegación en beneficio de esos mismos seres. Contra el fascio y contra la Iglesia Romana, que tanta intransigencia hacen a estas doctrinas de libertad y de tolerancia. Este debe ser nuestro grito de unión.

**Hildegart**

Madrid.

N. de R.—En el número próximo terminará este estudio nuestra estimada compañera Hildegart con otro artículo, interesantísimo por su documentación estadística, titulado: «¿Puede producir la tierra para alimentar a toda la población humana?»



# La reforma del calendario y el tiempo decimal

## Antecedentes

**E**L año 1929 no era yo aún anarcosindicalista, por desconocer los hermosos principios del comunismo libertario, pero me interesaba vivamente por todo lo relacionado con el trabajo, la producción y la lucha de clases.

Pensando en mejoras posibles en el régimen del trabajo, tenía ideada una modificación del calendario, aunque considerando mi iniciativa como algo estéril sin pretensiones de publicidad ni de realización.

Por aquellos tiempos publicó en *El Sol*, de Madrid, un folletón, estudiando los diferentes calendarios y como introducción al estudio de las reformas propuestas, el culto publicista Dantín Cereceda, lo que me animó a escribirle dándole una ligera idea de mi proyecto. Algún tiempo después recibí de él la siguiente alentadora contestación:

«Huergas de Gordón (por Pola de Gordón, León) 30 agosto 1929.

Sr. D. Alfonso Martínez Rizo.

Muy distinguido señor mío: Desde Madrid me han reexpedido su atenta carta a este pueblecillo leonés en donde me hallo veraneando hace mes y medio. Soy colaborador de *El Sol*, pero no redactor como usted imagina. Su carta está llena de interesantes sugerencias, tanto, que a mi regreso a Madrid, que será muy en breve, le escribiré de nuevo, o iré a visitarle personalmente, pues hasta mi vuelta no escribiré el segundo folletón, ya que aquí no tengo a mano la documentación necesaria. Sirva, pues, ésta sólo de aviso de recibo y de expresión del interés que sus reflexiones han despertado en mí. Claro está que en el segundo folletón me ocuparé como se merece de la propuesta de usted.

Suyo afmo. q. e. s. m., J. Dantín Cereceda.»

El segundo folletón no llegó a publicarse, pero la carta transcrita me animó a seguir perfeccionando mi trabajo, y días antes de la proclamación de la República,

noticioso de que había sido nombrada una Comisión oficial para el estudio de la reforma del calendario presidida por el jefe del Servicio Meteorológico Español, mi antiguo amigo y compañero Meseguer, le escribí también esbozando mi proyecto, contestándome él la carta siguiente:

«Sr. D. Alfonso Martínez Rizo.

Mi querido amigo y compañero: Tu carta del 13 en mi poder con la nota referente al estudio para la reforma del calendario.

La he leído con muchísimo gusto, y si el Comité Nacional para la reforma antes citada, del que formo parte, sigue actuando, someteré a su consideración tu estudio original.

Ahora bien, que con el cambio de régimen habido, ignoro cómo quedará el Comité antes citado, y por ello no me es posible hacerte promesa alguna.

Cuenta siempre con el afecto de tu buen amigo y compañero que te abraza, E. Meseguer.

Madrid 22-IV-31.»

Ignoro si mi amigo ha continuado formando parte de dicho Comité y solamente sé que mi iniciativa no ha tomado carácter oficial, lo que, ahora, que estoy convencido de la esterilidad de cuanto dimana de la autoridad y me siento enemigo de ella, me ocasiona una gran satisfacción. Prefiero lanzar la idea directamente a la opinión pública, que es en definitiva la única fuerza determinante eficaz. Y lanzarla desde una publicación libre y enemiga de la actual civilización capitalista.

Queda así explicada la publicación de mi proyecto.

## La reforma del calendario

Cuando se notó la disparidad entre el año solar y el calendario juliano y se llegó a la conclusión de que era indispensable una reforma, fué encargado de estudiarla el astrónomo y matemático más sabio de la época, Cristóbal Clavius, y la reforma



fué proclamada por el papa Gregorio, dándole su nombre. La reforma gregoriana es, desde el punto de vista astronómico, casi perfecta, sin que, no obstante, se haya cubierto de gloria su autor, cuyo nombre es casi desconocido.

Pero si dicha reforma ha puesto de acuerdo el calendario con el sol, han venido a ejercer influencia en la vida otros elementos que hacen indispensable otra nueva reforma.

Estos elementos son, principalmente, dos: la complejidad de los cálculos en los que interviene el tiempo y que la vida moderna obliga a realizar cada día con más prolijidad, y la necesidad de establecer un ritmo apropiado y armónico para el trabajo humano.

El primero es el punto de vista burgués, y el segundo el proletario. Pero, no obstante, ese primer punto de vista, único que en la actualidad constituye una preocupación para la burguesía, debe preocuparnos a nosotros más que a ella.

El día, que creemos próximo, en el que instauraremos el comunismo libertario, sustituida la actual economía caótica por otra intervenida por la colectividad y perfectamente ordenada, para que esto sea posible, será indispensable realizar una serie de trabajos estadísticos inmensa, en la que la facilidad de cálculo nacida de un calendario racional alcanzará alta importancia.

El segundo punto de vista, relacionado con la distribución de las fiestas, tendrá con el nuevo régimen secundaria importancia, mientras que, para los trabajadores, la tiene mayor mientras subsista el capitalismo privado.

Casi todos los calendarios primitivos eran lunares. Al adoptar los romanos el calendario solar, realizando la reforma que, por haber sido promulgada por Julio César se llamó juliana, el calendario adoptó, como se hizo en Roma para todas las medidas, la división duodecimal, con la ventaja de tener con ella el año mitad, tercio, cuarta parte y sexta parte, o sea semestres, cuatrimestres y trimestres, no siendo generalmente utilizado el bimestre.

Pero adoptado para todas las demás medidas el sistema decimal, los cálculos en los que interviene el factor tiempo, resultan complicadísimos, sobre todo por las circunstancias de no tener todos los meses



Cristóbal Clavius

igual número de días y por subsistir la semana procedente del calendario lunar.

En la economía capitalista, son numerosos los cálculos en los que interviene el tiempo y que ocasionan trabajos penosísimos. Ejemplo, las cuentas de intereses en los Bancos y los cálculos inmensamente complicados de las Compañías de Seguros, principalmente en el ramo Vida. El cálculo del coste de la producción, introduce el factor semana, al ser habitual la retribución semanal del obrero.

Con el calendario actual, ni los meses tienen igual número de días, ni de semanas, ni las divisiones del año abarcan, tampoco, el mismo número de días y, además, cada año es diferente el día de la semana que corresponde al mismo día del mes.

Atendiendo a la inmensa dificultad de unos cálculos que la organización de la economía burguesa obliga a ejecutar en extremada abundancia, se ha pensado en la necesidad de realizar una reforma. El paladín de ella ha sido Mr. Moisés B. Cotsworth, y la solución que él ha encontrado al problema y que ha sido tomada en consideración por la Sociedad de las Naciones, ha sido la de dividir el año en trece meses, cada uno de cuatro semanas.

No cabe duda que el nuevo sistema tiene acentuadas ventajas sobre el antiguo, en cuanto se refiere a la facilidad de los cálculos, aunque el número 13 carezca de divisores y medio año sea seis meses y medio.

Pero para que el año tenga trece meses,





cada uno de veintiocho días, sobra un día cada año normal y dos los bisiestos, conviniéndose en que dichos días sobrantes sean considerados como algo fuera de semana y que no cuenten como tiempo en cuanto se relacione con los cálculos.

Ahora bien, partiendo de la existencia de días de tal naturaleza, surge naturalmente la idea de que, si esos días sobrantes, en lugar de ser uno o dos, son en mayor número, será tal vez posible una división del año más racional y cómoda. De ahí ha nacido nuestro plan de división decimal del tiempo.

También es de importancia, en la industria actual, tanto para la burguesía cuanto para el proletariado, poner orden en el reparto de las fiestas intersemanales, cuya celebración o no celebración origina no pocos conflictos y que da al trabajo un ritmo sincopado que propende a su ineficacia.

Tales fiestas intersemanales vienen a ser en el transcurso del año en número de 17, que es lógico reducir a 15 ó 16, teniendo en cuenta sus posibles coincidencias con domingos. Ahora bien: si dichas fiestas se agruparan y celebraran consecutivamente, constituyendo una especie de vacaciones anuales, siendo 52 el número de semanas del año, prescindiendo de dichas dos se-

manas formadas por catorce fiestas, quedaría el año con cincuenta semanas y sería posible dividir el año en diez meses de cinco semanas cada uno, o sea de treinta y cinco días.

Tendríamos, pues, un año «laboral» de diez meses con cinco semanas cada uno y, además, un período anual de vacaciones formado de quince días los años corrientes y de dieciséis los bisiestos. Tales vacaciones constituirían para el obrero un grato descanso anual, y los patronos, mientras no desaparezcán, podrían contar con un trabajo regular durante todos los meses laborales sin las interrupciones de las fiestas.

Claro es que sería imposible paralizar absolutamente el trabajo durante el período de vacaciones, pero éstas podrían extenderse al mayor sector obrero posible, siendo concedidas en forma escalonada a aquellos obreros cuya faena no puede ser interrumpida.

Pero dicha reforma tiene aún mayor alcance y facilita extraordinariamente los cálculos en cuanto se refiere al estudio del trabajo humano necesario para determinada producción, partiendo de la jornada actual de trabajo correspondiente a un tercio de día, ya que así el obrero trabaja la totalidad de dos días a la semana y, por lo tanto, cien días al año y diez al mes, resultando, en lo que se relaciona a la mano de obra, el nuevo calendario completamente decimal.

### División decimal del tiempo

Para facilitar más aún los cálculos y poder hacer todo género de cuentas en lo concerniente a la mano de obra, sin más que correr la coma que separa la parte entera de la decimal, es lógico prolongar dentro del día la división decimal del tiempo.

Estando basado sobre el segundo actual el sistema de medidas cegesimal, lo conservaremos para dicho menester, pero para los demás usos estableceremos el segundo nuevo o segundo n. resultado de dividir por 100.000 la longitud del día medio. Dicha magnitud de tiempo tendrá una duración muy aproximada a la del segundo, pues 1 segundo n. 0'864 segundos, de manera que, en la práctica, puede ser



aplicado con la misma eficacia que éste para medir los tiempos cortos.

Cien segundos n. formarán un minuto n., el cual equivaldrá a 1 minuto con 26'4 segundos, teniendo también dimensiones tan aproximadas a las de éste, que puede ser utilizada la nueva unidad para medir las cantidades de tiempo que hoy se aprecian por minutos.

Diez minutos formarán un cuarto de hora n. con la equivalencia de 14 minutos con 24 segundos, siendo la nueva unidad, como se ve, casi igual a la antigua.

Finalmente, cien cuartos de hora n. formarán el día.

Como unidad auxiliar podrá ser usada la hora n. Esta unidad tendrá 57 minutos con 37 segundos y también 40 minutos n., quedando dividido el día en 25 horas.

También podemos considerar en el almanaque, dividido el mes en diez decimeses o semisemanas formada cada una por tres días laborables y la mitad del domingo. Para los efectos de la producción, trabajando el obrero cada día su tercera parte, trabajará en cada semisemana un día justo, o sea cien cuartos de hora n.

Así se llega a la siguiente y completa división decimal del tiempo, en cuanto concierne al trabajo:

Un año ... ..	10 meses
Un mes... ..	10 semisemanas
Una semisemana...	100 cuartos hora n. (de trabajo)
Un cuarto hora n.	10 minutos n.
Un minuto n. ... ..	100 segundos n.

Con las medidas prácticas secundarias de

Una semana ... ..	2 semisemanas
Una hora n. ... ..	4 cuartos hora n.
Un día ... ..	25 horas n.

### Simplificación de los cálculos

Naturalmente, las vacaciones deben cobrar los obreros su salario aunque no trabajen, pues en otra forma se complicaría su economía extraordinariamente. Ello puede fácilmente ser establecido en las bases de trabajo establecidas de mutuo acuerdo. Mientras subsista el salario, las operaciones aritméticas en las que intervengan cantidades de tiempo, con este

sistema decimal pueden ser hechas corriendo la coma, sin más que aportar luego una corrección muy sencilla consistente en la adición del 4 % de la suma total, ya que las dos semanas de vacaciones equivalen a un 4 % de las cincuenta semanas laborales.

Cuando desaparezca el salario, los cálculos sobre el número de cuartos de hora de trabajo humano que corresponde a cada unidad de determinado producto, únicos que serán interesantes, serán en absoluto operaciones puramente decimales, con la inmensa facilidad y rapidez que dichas operaciones permiten.

Tales son las sugerencias que me permito someter a los lectores sobre un nuevo calendario y una nueva división decimal del tiempo, limpia de la roña de la tradición duodecimal romana y de la absurda y fatídica cifra 13 que complicaría, a su vez, todos los cálculos.

**Alfonso Martínez Rizo**



**ANTAGONISMOS**



# Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

## Ideas y notas

### IV

**L**a pugna que, nacida en el seno de la Primera Internacional entre autoritarios y antiautoritarios, dividiera a los trabajadores inclinándose unos por la tendencia bakuniana y otros por la marxista, adquirió alturas insospechadas en Barcelona, a raíz del conflicto de los metalúrgicos y de la huelga general de 1902. Quizá fué más bien, que llegó al límite natural para provocar la crisis que haría definitiva esa separación. Lo cierto es que aparte las críticas severas que se hacían unos a otros, críticas que culminaron en polémicas públicas, en insultos y ataques en la Prensa y otras modalidades por el estilo, hubo otro aspecto interesante que nos interesa revelar hoy a los trabajadores, sobre todo teniendo en cuenta determinadas afirmaciones que a diario vemos en la Prensa que aparece en nuestros medios.

A causa de las polémicas surgidas como más arriba decimos, empezaron a echarse en cara unos a otros cómo y de qué manera debía hacerse la organización. Los socialistas de hoy, autoritarios de entonces, afirmaban la necesidad de una disciplina en la organización y de una actividad cada día más coherente y mejor orientada a los fines que los obreros perseguían. En cambio, los antiautoritarios, o sea los anarquistas, sostenían todo lo contrario. Según ellos, una organización con la obligación, por parte de sus componentes, de pagar cotizaciones y concurrir a las asambleas y adquirir en nombre de esa organización compromisos más o menos respetables, era un ataque a las libertades individuales, compromisos que no aceptaban, por creerlos una imposición insostenible. Ellos querían y propugnaban por una organización libre, libre de toda obligación. Según su criterio, en la organización no debía haber cotizaciones fijas y

obligatorias, ni acuerdos que fuesen una obligación para todos. No; nada de eso debía haber. Las Juntas y delegaciones eran meros aparatos registradores de la voluntad de los demás. No podían tener iniciativa alguna, ni hacer nada para lo que no estuviesen autorizados. En una palabra: querían una organización libre a la que cada cual fuese y obrase en ella como le pareciera mejor. Los partidarios de esta tendencia llegaron a tener gran predicado en Barcelona y en otras regiones de España.

Si hemos de decir las cosas con arreglo a la verdad, diremos que A. Lorenzo era uno de los partidarios de esa organización, ya que en alguno de sus libros y folletos recuerdo haber leído una defensa de tal sistema de organización. Así, pues, los anarquistas, si no todos, la gran mayoría, a principios de siglo eran partidarios de una organización que realmente no era tal organización. Otros, en cambio, los menos, de cuya obra somos continuadores nosotros hoy, eran partidarios de la organización tal y como lo era ésta en aquel período de la vida social del país.

Y para demostrar el auge logrado por tales predicaciones, bastará sólo citar que los partidarios de la organización libre, ante el ataque de que los otros, los socialistas, les hacían objeto, les retaron a un mitin de controversia para demostrarles la utilidad del sistema que preconizaban, mitin que debía celebrarse en el Salón Serpentina, calle Casanovas, esquina a la Ronda de San Antonio. Inútil decir que los socialistas no asistieron.

¿Fué grande la influencia de tales predicas en los medios anarquistas? Sin duda alguna. Pruébalo a mayor abundamiento que después de las persecuciones contra la Primera Internacional, los anarquistas, en vez de recomenzar su obra de organización, se refugiaron en los grupos anarquistas, llegando en muchos casos a combatir y menospreciar a la organización.



Según el criterio de tales camaradas, la organización no era una agrupación de seres conscientes y de hombres de ideas, sino un amasijo de gentes, buenas sólo para elevar pedestales y someterse a todos los ídolos y servir todas las idolatrías.

El caso fué característico y casi general en España. Salvando excepciones, sólo quedaron en la organización unos cuantos activos y entusiastas camaradas; otra parte que la toleraba sin preocuparse de ella, y la mayoría que la combatía y censuraba.

Sin embargo, el núcleo de los que mantienen enhiesto el criterio de continuar en la organización, es reducido, pero es activo, aunque limitado a los grandes centros o núcleos industriales. Dejando aparte a Cataluña, pueden citarse Zaragoza, Coruña, Gijón y pocas más.

A muchos parecerá extraña la aseveración. No lo es. Había, sí, un fuerte movimiento anarquista, cuyos grupos actuaban intensamente en todos los ámbitos del país, publicando prensa, organizando propaganda, dando constante fe de vida. Más aún. No faltaban elementos de estos grupos que formaban parte de organizaciones obreras afectas a la U. G. T. Pero el peso de su actuación no se hacía sentir. Estaban allí por compromiso.

Si así no fuese, ¿cómo explicarnos el fenómeno de que los elementos patrocinadores de las tendencias revolucionarias y radicales en ideas, frente a los socialistas y a la U. G. T., pasasen años y más años, desde 1900 hasta 1911, sin tener un organismo nacional que los relacionase cuando menos? Porque la verdad de los hechos es ésta. Que desde que en el Congreso de Sevilla se acordó que la Comisión Federal pasase a residir en La Coruña, no volvió a hablarse de ella hasta que se reorganizó en 1911. Por lo tanto, estuvieron largos años sin Comité Confederal, sin relacionarse entre sí, sin preocuparse de manera eficaz de ligar las actividades de los distintos núcleos más o menos afines. El radio de relaciones entre los núcleos existentes era tan limitado que no iba más allá de la comarca. Pues ni aún Cataluña, donde en todo tiempo nuestras tendencias han dado pruebas de vitalidad inigualable, la relación no alcanzaba a la Región. No pasaba, generalmente, de la comarca. E igual sucedía en Aragón, en Vizcaya, en Asturias, en Galicia, en Levante y en Andalucía.

Sin embargo, iban ganando terreno. Aunque dispersos entre sí, los núcleos partidarios de la acción directa y de la lucha de clases de tendencia revolucionaria se afianzaban más y más en Cataluña, siendo los más importantes Barcelona, Sabadell, Igualada, entre otros; en Aragón, Zaragoza; en Vizcaya, Sestao, Baracaldo; en Asturias, Gijón, La Felguera; en Galicia, Coruña, Santiago; en Castilla, Madrid, con la Sociedad de Canteros; Andalucía, con Sevilla, Córdoba, Jerez; y en Levante, Alcoy, Alicante, algo Valencia y pocas más. Se supondrá que citamos sólo los más importantes.

Característico de ese período es la organización y desorganización de Sindicatos, así como la formación y disolución de grupos anarquistas. La labor que éstos realizaban era intensa; pero siempre alejados de la organización. El criterio general del anarquismo de aquella época era marcada y esencialmente individualista. A la mayoría de los anarquistas de aquel tiempo no les interesaba la organización, y por eso, el sentido gregario de las multitudes nada les decía, y en vez de aprovecharse de ese estado de ánimo para sembrar en ellas la semilla de la solidaridad y el compañerismo, hacían lo contrario, tendían a individualizarla, sustrayendo sumandos al conjunto de la obra social.

El resultado de esta siembra aún se nota actualmente. Sin embargo, para conocer su importancia y alcance, hay que trasladarse al examen de lo que ocurría entonces.

Los grupos anarquistas se multiplicaban por doquier. Surgían en todas partes. Se daban con más abundancia que los hongos en el bosque. Claro está que muchos de estos grupos eran pura ficción. Tras el título rimbombante con que anunciaban su constitución, generalmente no había más de tres a cuatro individuos. A veces, uno sólo. Grupos constituidos y cuyo nombre aparecía en la «prensa anarquista y afín», orlado de inacabable serie de actividades a desplegar, con propósitos capaces de remover las más altas montañas, no se hablaba de ellos, después de la nota escueta de su formación, jamás. Desaparecían del escenario social de la misma manera que habían venido: por el escotillón. En cambio, otros, los menos, muy pocos, persistían en sus actividades largos períodos de



tiempo. Renovando sus componentes, claro está; pero, al fin y al cabo, persistiendo. Sin embargo, era en torno a esa actuación de grupos de afinidad donde se desarrollaba la actividad anarquista de la época.

La mayor parte de los grupos que persistían terminaban casi todos por tener su órgano en la prensa. Les dominaba el afán de proselitismo, y nada mejor para tal menester, según el criterio de entonces, que la publicación periodística semanal.

El número de semanarios anarquistas que llegó a publicarse fué crecidísimo. Citando de memoria, y sólo para un período de cuatro a cinco años, recordamos los siguientes: *Tierra y Libertad*, *El Productor*, *El Corsario*, *Humanidad*, *Espartaco*, *El Mismo*, *Juventud*, *El Ideal del Esclavo*, *El Rebelde*, *La Voz del Cantero*, *Nueva Humanidad*, *Juventud Libertaria*, *Verdad*, *Tribuna Libre*, *El Trabajo*, *la Voz del Obrero*, *Luz y Vida*, *Acción*, *Progreso y Cultura*, *El Obrero Moderno* y otros, cuyos títulos no recordamos en estos momentos. Muchos de estos periódicos tuvieron una efímera existencia. Tres, cuatro números algunos de ellos. Otros, más afortunados, llegaron a diez, quince... Otros, como *Tierra y Libertad*, *El Productor*, *El Rebelde* y *La Voz del Cantero*, alcanzaron larga existencia, desapareciendo a causa de dificultades de orden externo al periódico en sí.

También estuvieron representados los grupos anarquistas en Congresos Internacionales. Con delegaciones directas.

Pero en toda esta actividad anarquista se notaba un despego casi general hacia la labor de organizar a los trabajadores. Y si bien la organización iba formándose, se hacía gracias al esfuerzo de una minoría de anarquistas y a la ayuda de muchísimos trabajadores que se inclinaban por ella dándole sus preferencias y calor.

Por otra parte, la tónica de la propaganda anarquista era la sentimental y emotiva, matizada de filosofía y crítica. Sobre todo de crítica. En este aspecto era verdaderamente formidable. Nada escapaba a la severidad de sus observaciones. Todo pasaba por el tamiz de sus ideas. La crítica era dura, cruel, sistemática. Examinada a través del tiempo, puede añadirse que era, a veces, injusta. Nada escapaba a la iconoclastia de sus intenciones. Todo era

igual. Su espíritu demoledor no dejaba títtere con cabeza.

Predominaba en ella, no obstante, la literatura de la época, aquella literatura declamatoria por la cual los obreros siempre eran buenos y los ricos siempre eran malos. Y es tan profunda la huella de ese período en el anarquismo, que aún hoy se resiente de sus efectos. Se olvidaba entonces, como se olvida ahora, que de las filas de la burguesía salieron los Proudhon, los Bakunin, los Kropotkine, los Marx, los Engels y tanto otros pensadores de relieve mundial, mientras que de las filas de los trabajadores salieron y salen los policías, los carceleros y los verdugos, que lo esclavizan y asesinan. Y no decimos esto en defensa de la burguesía, que no tiene defensa posible; lo decimos solamente para que se vea cómo el anarquismo de la época que relatamos, perdió de vista sus problemas constructivos y se entretuvo en disquisiciones de valor muy relativo.

Sin embargo, tal forma de propagar las ideas tuvo una gran aceptación. La explotación de ese sentimentalismo atraía a las multitudes ignoras. Pero fué un acercamiento intrascendente, pues la obra no fué sólida. Esto lo vemos hoy con toda claridad.

Porque de no ser así, y si la inclinación de las gentes hacia el anarquismo hubiese seguido la marcha ascendente que era de esperar, tendría actualmente el anarquismo en España un contingente formidable de individuos y un contenido doctrinal que nadie superaría. No obstante, no es así. El anarquismo actual, en España, carece de figuras representativas que tengan relieve nacional o universal, así como carece de elementos de valía que lo eleven por encima del término medio imperante.

Pero el error grave del período histórico que comentamos, no está en esa apreciación de las ideas, al menos de manera exclusiva, sino en haber desviado energías considerables de la obra reconstructora que a las clases trabajadoras más interesaba: la organización sindical. Sin este desvío la situación actual del proletariado seguramente sería muy otra. Pues con él se consagraba, a despecho de lo que contrariamente quiera decirse, el predominio de la burguesía, al par que se debilitaba la potencialidad agresiva del obrero. Predominaba el sentimiento individualista sobre



el colectivo, y atentos a la formación de individualidades destacadas, se olvidaron porque quizá lo ignoraban, que el avance de la Humanidad hacia la manumisión definitiva, no era, ni es, ni será, obra de individualidades destacadas, sino de multitudes con capacidad suficiente para realizarla. Hubo, con buen fin, hay que suponerlo así, error de perspectiva en las ideas y en la forma de interpretarlas.

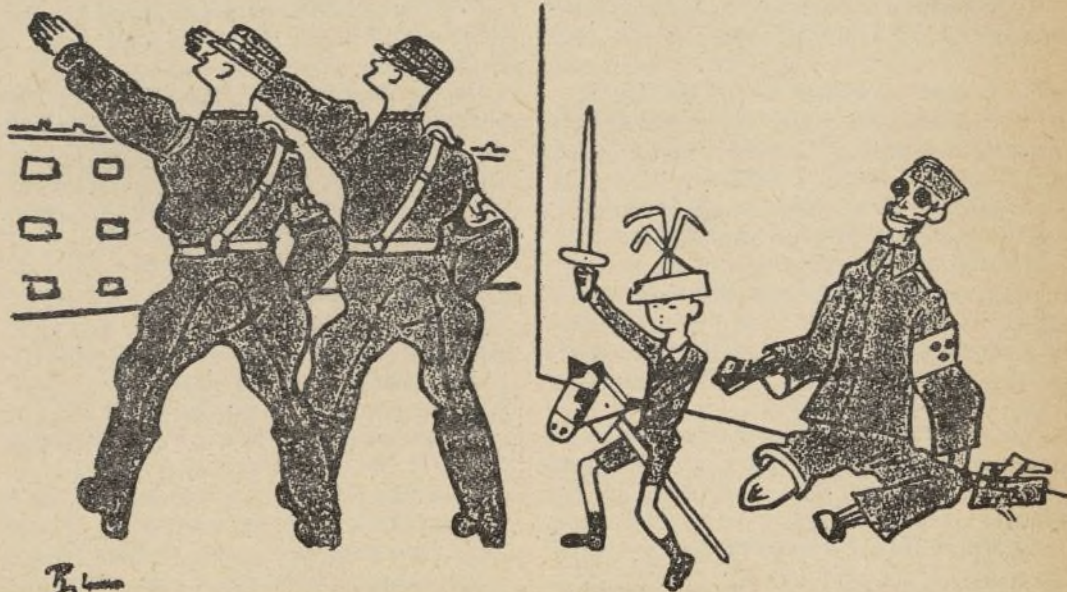
Mas todo pasa. Y como todo pasa, pasó este período, cogiendo los trabajadores otra vez el hilo de la historia, anudándolo al propósito de continuar su interrumpida labor.

Tras un período de endeble labor de organización, los núcleos organizados, aunque dispersos, en distintas comarcas, regiones y pueblos, siguiendo su impulso natural, reanudaron la tarea de acercamiento de unos a otros, interrumpida sin causas fundamentales ni muy visibles. Esta labor de acercamiento es lenta, pero segura. Y es lenta, porque tropezaba con la hostilidad sorda de muchos que, por razón natural, debían favorecerla. El despego por la organización llegó, en algunos que se decían anarquistas, al desprecio, casi al insulto. Como no faltaban los que, llamándose también anarquistas, actuaban activamente y con energía en la organización, éstos se hallaron colocados frente a sus compañeros en ideas, caso grave y desco-

razonador. Estos invocaban siempre la necesidad de ayudar con sus consejos a los trabajadores a salir de la triste situación que la sociedad y la burguesía les reservaba, mientras que los otros hablaban a cada momento de que en la organización no se lograba otra cosa que formar multitudes sin criterio, «masa despreciable» y estulta y otras lindezas por el estilo. Pero, afortunadamente, triunfaron los partidarios de la organización. Y, poco a poco, pacientes en su obra, sentaron la base de lo que es hoy la Confederación Nacional del Trabajo. Y para rendir culto imparcial a la verdad, añadiremos que si bien éstos querían que los anarquistas actuaran en la organización, entendían que ésta debía desenvolverse con plena libertad de movimientos y libre de toda intervención de organismos ajenos a ella. Su propia actuación está llena de ejemplos.

Su labor más importante, después de la desbandada que se produjo al terminar la huelga general de 1902, fué reorganizar en Barcelona la Federación Local, con el nombre de Solidaridad Obrera, de donde tomó el suyo el órgano que hoy tiene en la prensa la organización catalana. Puede decirse que la organización de tal entidad marca todo un período nuevo en las actividades de los Sindicatos.

**Angel Pestaña**



*Imagen de la calle en la Alemania de 1932*



## La formación del derecho sindical en el mercado del trabajo

*La revolución ha destruido el orden profesional y lo ha reemplazado con el orden constitucional: la ley de la oferta y la demanda.*

PIERRE GILBERT (*La foret des Cippes*, pág. 494).

La ley de 1884, que fué precedida —en el Imperio liberal— por la del 25 de mayo de 1864, que anulaba el delito de coalición y hacía lícita la inteligencia con vistas a la huelga, marcó el nacimiento del nuevo Derecho en Francia.

A decir verdad, ¿podían comprenderlo los más sagaces juristas, desde el primer momento? Este derecho no estaba inscrito con todas sus letras en la nueva ley y escapaba a los ojos más penetrantes.

Unicamente la acción del sindicalismo iba a revelar su existencia.

¿Qué significaba en realidad la ley de 1884?

La aparición en el mercado de la mano de obra, de los organismos colectivos, que iban a modificar profundamente el juego brutal de la oferta y la demanda y a relegar esta ley al museo de antigüedades.

El régimen del «frente a frente forzoso», instituido por la legislación revolucionaria y consagrado por el código individualista, es sustituido por el régimen de la violencia mutua y del equilibrio de las fuerzas, entre emprendedores y obreros.

Se establece un nuevo régimen económico, en el mercado de la mano de obra, al que corresponde un régimen jurídico nuevo que va a ser la primera manifestación del derecho sindical.

Los patronos ya no se encontrarán en presencia de una multitud de individuos apresados, como en las quijadas de un torno, entre la cantidad de capital disponible para ocupar obreros (oferta) y por el número de trabajadores en busca de colocación (demanda), número influenciado

desfavorablemente por la ley de población.

En la unión, los obreros actúan sobre uno de los elementos de la formación del salario corriente y han conseguido, por medio de las armas sindicales: informaciones extensas sobre la situación del mercado del trabajo; compensaciones de viaje; indemnización de socorro a los parados; organización de huelgas y cajas de resistencia.

Por otra parte, para ejercer una influencia en el «salario natural», los sindicalistas redactarán las pretensiones de los proletarios hacia un nivel de vida superior, con la única preocupación de elevar con ello el nivel del «salario corriente», que ajusta sus oscilaciones con el primero.

Y he ahí precisamente lo que tiene de curioso: en la aurora del régimen sindical, los dirigentes del sindicalismo quedan obsesionados por las leyes clásicas del salario; por la ley del «costo de producción del trabajador» y por la ley del «fondo de jornales», que es una integración, en la teoría de los salarios, de la ley de la oferta y la demanda.

Pero, en realidad, la acción sindical, disminuyendo y, hasta a veces, suprimiendo la competencia que se hacían los trabajadores entre ellos, actuando sobre la oferta de brazos, ha suprimido de hecho el régimen de libre concurrencia en el mercado del trabajo, para sustituirle —tímidamente al principio, es cierto— con el régimen del ajuste de intereses y la limitación de precios, por los acuerdos colectivos intersindicales. Lo que viene a significar que, el régimen sindical, sustituye con la coordinación de esfuerzos y la disciplina del mercado a la libre concurrencia.

Conciliar esto con la ley de la oferta y la demanda y con las teorías de salarios admitidas hasta entonces, es imposible.

Este ajuste de intereses, con vistas a la determinación de un precio equitativo, por



examen o presión entre vendedores y adquirentes de la fuerza de trabajo del obrero, constituye la primera aplicación de una ley fundamental de la economía sindical: la de la busca y determinación de la equivalencia de los esfuerzos, de la que se debe una magistral exposición a la pluma de Georges Valois, en la *Economie nouvelle*.

Carecemos de espacio para desarrollar aquí esta doctrina, que es la base del método de las *Semanas económicas*, que han constituido la gloria de su fundador. Decimos simplemente que lo esencial de esta ley de la economía sindical, reposa sobre esta noción fundamental: que la determinación de los precios —y, por tanto, hay que entender así el precio de la fuerza de trabajo como el de los productos— será función del costo de producción, desembolsado por el vendedor, y de la estima del costo de producción, *economizada* por el comprador.

Para comprender esta ley, hay que trasladarse imaginativamente a un estado primitivo de la vida económica, en el que cada individuo forma aisladamente un conjunto económico.

El hombre de Moustier, por ejemplo, se talla él mismo sus mazas, sus raspadores de sílex, y caza para procurarse el alimento y la piel de los animales, con las que se vestirá. En tal economía, los «precios» son exactamente proporcionados a los esfuerzos empleados en el trabajo.

Todo producto es el precio de la labor.

En un estado más elevado de la vida de los hombres —digamos, por ejemplo, en la época neolítica, de la piedra pulida—, los productores están especializados. Unos fabrican puntas de flecha de sílex, agujas, hachas y otros útiles de pedernal; otros, hacen los vestidos; determinados individuos se dedican a la caza, y otros a la pesca en las orillas donde abundan los peces, provistos de arpones que nos maravillan actualmente. Primera aparición de la división del trabajo y de los intercambios.

¿Cómo se ajusta el precio del trabajo del artesano, que fabrica los útiles, y el trabajo del cazador?

Aquel precio no podrá sobrepasar el precio del esfuerzo que el cazador se ahorrará, haciendo hacer al artesano lo que él se fabricaba hasta la fecha por sí mismo. En efecto, si el artesano traspasara cierto

límite y el cazador encontrara ventaja en fabricarse sus armas de pedernal, renunciaría a cambiar su caza por las piedras trabajadas.

Hasta admitiendo —como lo dejan suponer ciertos descubrimientos (1) que, ya en aquella época, determinadas conchas raras hayan podido emplearse como patrón para los cambios, como «moneda», este hecho no cambia en nada el caso muy probable de que, en una economía primitiva, el cálculo del «precio» está íntimamente unido al de la *equivalencia de los esfuerzos incorporados al producto*, esfuerzos que son cambiados en la forma de los productos mismos.

En la complejidad creciente de la economía, el fenómeno se hace, de más en más, difícil de analizar y comprender.

Este cálculo de la economía del esfuerzo con el desarrollo de las facultades intelectuales y psíquicas del hombre, junto con la multiplicidad de los bienes, la complicación del engranaje de la producción y de los mismos móviles de la actividad económica del hombre, puede alcanzar aspectos multiformes y, hasta diríamos, sutilezas infinitas.

En un régimen de economía compleja, de base individualista, que realiza un estado de libre concurrencia, se disimula bajo el aspecto hedonístico, sobre el cual es posible establecer sólidamente una ciencia económica esquemática, una *economía pura*, de la cual puede sacarse una teoría del valor, basada en la utilidad final o marginal.

De ahí se llega a demostrar, que el costo de producción y el precio tienden a una relación de igualdad, porque la disminución o el aumento de las cantidades producidas tienden siempre a establecer el equilibrio; y por ello se verifica abstractamente la ley de la oferta y la demanda. Pero en lo que se basa el principio hedonístico es en el hecho de que todos los hombres buscan el placer y evitan la fatiga o, dicho en otros términos, buscan siem-

(1) En las estaciones prehistóricas de Eyzies (Dordogne) se han descubierto ciertas conchas y unos trozos de cuarzo, por ejemplo, absolutamente desconocidos en la geología del país, algunos trabajados cuidadosamente, que permiten suponer a ciertos paleontólogos que sólo podían servir como medidas de intercambio.



pre el máximo de placer —o de utilidad— con el mínimo esfuerzo. El cálculo de la equivalencia de los esfuerzos, es lógico suponer que, poco a poco, ha sido sustituido en el intercambio por el cambio de la equivalencia de las utilidades finales respectivas, por cada uno de los intercambiantes.

Aquí tendríamos derecho a hablar de una *intelectualización del valor*; la equivalencia de las utilidades finales será un complejo psíquico de la antigua equivalencia del esfuerzo.

Esto es lo que nos explica que, la ciencia económica, haya tardado más de un siglo en comprender exactamente lo que hay que entender por valor y por utilidad, y en distinguir, por ejemplo, las estrechas relaciones que sostienen la utilidad, la rareza o la saciedad. Pero, cualquiera que sea la perfección aportada por esta soberbia teoría hedonística, no queda uno menos autorizado a imaginar que, en el origen de la vida económica humana, el cálculo se apoyaba menos en lo que denominamos *grado de utilidad* que en la importancia de los esfuerzos economizados por el cambio.

Y, ¿para qué hacer juegos de palabras? En la época magdaleniana o solutrense, ¿la utilidad de un objeto indispensable a su existencia no era, para el hombre de las cavernas, medida en último análisis por la economía de fatiga o de trabajo que implicaba el cambio de este objeto por uno de los que había fabricado él mismo; y el número de pescados que consentía en ceder por un hacha de pedernal no era calculado, en su fuero interno, por la equivalencia entre el esfuerzo que se economizaba adquiriendo la una y el trabajo que le había costado la captura de los otros?

¿Y los hedonistas más ortodoxos pueden negar entonces que la *deseabilidad*, la *ofe-limitación*, o grado de utilidad final del hacha fué calculada, en el oscuro cerebro, al justo precio del esfuerzo que esta adquisición economizaba al individuo?

¿No es el recuerdo, la tenaz supervivencia de este sentimiento, convertido ya confusamente en una economía, menos compleja, sin embargo, que la nuestra, lo que hacía decir a Aristóteles que lo que había de común y de igual en el cambio de cinco camas por una casa era el «trabajo humano», y lo que hacía afirmar a Jenofonte

que «los dioses nos venden todos los bienes al precio de nuestro trabajo»?

De ahí las dificultades en que se han debatido los economistas, desde Ricardo y Marx hasta Böhm-Bawerk, para alcanzar plenamente este concepto tan hermético, tan prodigiosamente abstracto, del *valor*.

Marx descartó la utilidad de la noción de *valor de cambio* para averiguar lo que había de *constante*, de *estable*, en la noción incierta e incompleta de valor. Esta sustancia del valor, que implicaba «este algo de común», de idéntico, que comporta el cambio de dos productos que son, sin embargo, diferentes, Marx la veía en la «cantidad de trabajo» que todos los objetos contienen.

Por el contrario, Böhm-Bawerk ve, en cambio, este *espíritu* del valor en las utilidades finales; es decir, en las utilidades respectivas, para dos intercambistas, de la última fracción adquirida y de la última fracción cedida.

Puede uno preguntarse si no hay en eso un reflejo engañoso, una apariencia vana.

El valor de un objeto no está en la cantidad de trabajo que contiene, como creía Marx, sino en la economía de esfuerzo y de labor que representa o que realiza para su adquiridor: la formación del precio será, entonces, el resultado del doble cálculo de la equivalencia de los esfuerzos incorporados a los productos, cálculo hecho respectivamente por cada uno de los intercambiantes, quedando entendido que estos esfuerzos comprenden otra cosa más que el tiempo de trabajo, pero también los esfuerzos de toda naturaleza (dirección, técnica, remuneración de esfuerzos anteriores por el interés al capital aportado, etcétera).

Sea lo que quiera, queda, sin embargo, algo que parece cierto: y es que la teoría de la utilidad final o marginal no es completamente admisible, cuando se la sitúa en una teoría de la formación de los precios como si se aplica en un mercado donde reina la libre concurrencia absoluta. En todos los casos en que no está realizada —o supuesta como tal— hay que renunciar a reconocer en esta teoría otra cosa que una sencilla comodidad para explicar, por ejemplo, por qué el agua tiene menos valor que el diamante, o aun por qué un vaso de agua puede valer una fortuna en medio del Sahara, y no tiene ningún va-



lor —y peor aún— para un individuo que se ahoga. Por consiguiente, es inadmisibile en el mecanismo del régimen sindical que implica, por el contrario, un acoplamiento de los intereses corporativos.

Este principio hedonístico, «obtener el máximum de satisfacción con el mínimum de fatiga», nos aparecerá entonces como uno de los aspectos de la *ley del menor esfuerzo* o de la *economía de las fuerzas*: nosotros diremos de la *economía de los esfuerzos o de labor*. Introducido en un sistema de libre concurrencia absoluta, equilibra el precio de tal manera:

1. Que haya exactamente las mismas cantidades ofrecidas que pedidas;
2. Que haya para los productos o servicios de la misma categoría un solo y único precio en el mercado;
3. Y, en fin, que este precio sea el que satisfaga plenamente a compradores y vendedores.

Por ejemplo, en el mercado del trabajo, realizando por completo el frente a frente exigido por el código individualista, el salario de una categoría de mano de obra determinada subirá o bajará hasta que haya hecho coincidir las cantidades de empleos (demanda) con las cantidades de brazos ofrecidos. Todo esto teóricamente, como es lógico. Pero, en una economía donde un Sindicato de industriales se encuentre en presencia de un Sindicato de trabajadores, ¡la cuestión cambia de aspecto! Ya no es el «trabajador límite», el que el contratista puede aún tomar con un beneficio, por ligero que sea, el que fijará la tasa de salario para todos los otros obreros. Se sabe que la teoría psicológica va hasta más lejos, diciendo que es la *productividad final del obrero menos productivo* la que fija el salario para todos los otros obreros, lo que es un retorno repentino —e inesperado— a la famosa ley de aleación de los antiguos economistas clásicos.

En el seno de una misma profesión, dos Sindicatos antagónicos no pueden proceder así a la determinación de la tarifa de los salarios. El Sindicato de los contratistas de esta corporación expondrá la tasa máxima de salarios que puede pagar, para poder salir con un rendimiento dado; discutirá, punto por punto, los elementos constitutivos de su precio de costo.

El Sindicato de obreros indicará la tasa

mínima de salario que sus afiliados entienden que deben ganar. Por medio de estadísticas expondrá el nivel de la vida, en la región en que viven sus obreros, la duración y las condiciones del trabajo que pueden aceptar. En resumen, habrá un examen cara a cara —exclusivo de toda idea de competencia— con vistas a ajustar los intereses corporativos. Para aceptar un salario elevado, el contratista pedirá a su vez una organización nueva y perfeccionada del trabajo, en algún caso horas suplementarias. El asunto terminará con un contrato colectivo, reglamentando las tarifas del salario y las condiciones del trabajo, por un período determinado y para una o varias categorías de trabajadores.

Tal es el régimen que se ha presentado en el mercado de la mano de obra, con la ley de 1884; ella es el origen de los contratos colectivos y de los acuerdos intersindicales, cuya validez ha sancionado después la legislación francesa, con la admisión en el Código del Trabajo de los contratos colectivos.

Pero este régimen estaba ya en vigor en Alemania y —cosa particularmente notable— tanto en la pequeña industria como en la grande.

Una estadística de 1910 acusaba la existencia de cerca de 7.800 pactos, que interesaban a 138.785 empresas y a 1.139.974 personas. En esta época, Francia no tenía más que 252 contratos colectivos, según el Departamento del Trabajo.

En Inglaterra, la vieja fortaleza del liberalismo, el régimen de los contratos colectivos estaba también implantado desde hace mucho tiempo. El *Board of Trade* señalaba en 1910 la existencia de 1.696 contratos colectivos, que regulaban las condiciones de trabajo y los salarios de dos millones y medio de trabajadores.

Desde aquella época, el régimen de contratos colectivos intersindicales tiende a convertirse en el reglamento normal de las relaciones entre obreros y patronos, y, sobre todo, en la gran industria, especialmente en la del hierro y acero, en la textil, minas, construcción y fabricación de cerveza.

El régimen sindical se introdujo, pues, en la práctica, sobre el mercado de la mano de obra, desde hace largo tiempo.

Al principio, el régimen de los contratos se establecía en una industria a conti-



nuación de un conflicto, lo más a menudo : es el período revolucionario del nacimiento del derecho sindical ; los patronos —infeudados, sobre todo en Francia, en el principio del liberalismo— sentían una repugnancia bien comprensible hacia el nuevo régimen, que significaba el final de los salarios baratos.

*La presión sindical iba a obligarles a hacer un esfuerzo para perfeccionar los medios técnicos de la producción, con la idea de hacer frente a las exigencias de los Sindicatos con la elevación del rendimiento.*

Después de la guerra, las organizaciones patronales están sólidamente establecidas y han aceptado, en su mayor parte, discutir lealmente con los Sindicatos obreros las bases de los contratos colectivos que, salvaguardando los justos intereses de las dos partes, aseguran una estabilidad en el trabajo, previenen los conflictos y son uno de los elementos importantes de la paz social.

La ley de 1920 ha reforzado la responsabilidad de los Sindicatos profesionales, aunque aún insuficientemente. Por consiguiente, la crítica que se levantaba antes de la guerra contra los contratos colectivos, al saber que no era posible imponer

respeto a los Sindicatos pobres, si narraigo y desprovistos de toda responsabilidad, se ha desvanecido.

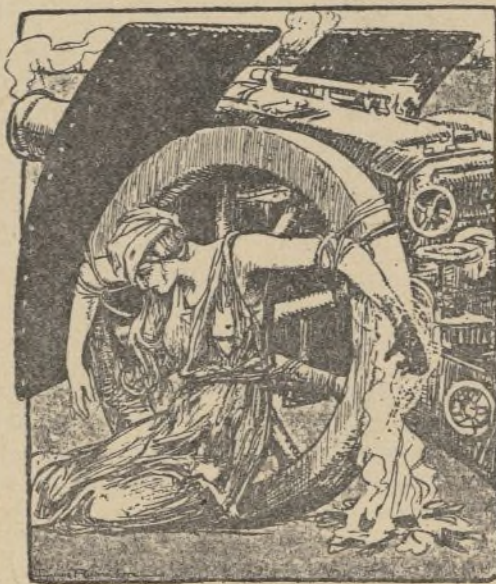
El nuevo derecho, que ya estaba en vigor en Inglaterra y Alemania, no ha sido consagrado en Francia hasta más tarde, por el legislador ; en efecto, por la ley del 25 de marzo de 1919 fué sancionado el régimen de contratos colectivos por la legislación francesa.

Pero la jurisprudencia había precedido, desde 1916, al legislador.

Aparte de las condiciones de validez, de fondo, de forma y duración, que no vamos a analizar aquí, ¿qué hay que deducir de esta ley ? Esto solamente : que es *capital*: que un individuo, asociado a título cualquiera de un Sindicato o agrupación profesional, viene obligado a respetar el pacto firmado por la entidad a que pertenece, no solamente en las relaciones individuales, con la persona (contratista) o agrupación que ha sido parte en el contrato, sino en las relaciones *con todo tercero*, por ejemplo, con los patronos que no han sido parte en el pacto colectivo.

**André Forgereaud**

(Continuará.)



EUROPA

—¿No estoy bastante civilizada aún?

Ayuntamiento de Madrid



## Una tarde con Romain Rolland

**D**E regreso a París he hallado en mi correspondencia el sobre azulpálido sobre el cual he reconocido la escritura menuda y lapidaria, como si hubiera sido trazada sobre pizarra con una punta de estilete, de Romain Rolland. «Naturalmente, me complacería mucho veros a vuestro paso para Suiza.» La entrevista debía de fijarse entre el 6 y el 10 del mes. Más pronto de lo que yo me había propuesto. Mi itinerario recibe de súbito la dirección opuesta: la del retorno. He precisado telegráficamente que llegaré al día siguiente, por la tarde. Tengo ante mí cuatro horas aún hasta el último tren de la tarde. Amontono nuevamente mis papeles y documentos en las dos maletas que traicionan ya huellas de desgaste; véome precisado a hacer todavía un grueso paquete para los libros y los folletos reunidos insensiblemente en diez días parisienses.

Veo que mis peregrinaciones forman un bloque vibrante, lleno de paisajes y de figuras, de ideas y de confidencias. Reclaman, sin embargo, la gran eflorescencia, el verde ramo sobre la techumbre de un edificio terminado. «Mi viaje —había escrito yo a Romain Rolland— tiene por conclusión natural y fatal un alto en Villeneuve. No puedo concebirlo de otro modo. A vos, que me habéis otorgado aquel mensaje para la Internacional Pacifista, a vos que sois para mí (¿me permitís decíroslo?) un guía y un padre espiritual, debo de participaros lo que he visto y lo que me ha enseñado este viaje europeo. He querido conocer mejor a esta Europa, la nuestra, la *joven Europa*, que quiere vivir y cumplir sus deberes para consigo misma y para con la Humanidad... Es una necesidad de mi alma y de mi conciencia el ver, una vez en mi vida, al hombre que me dará la fuerza para continuar la lucha; que me prodigará sus consejos y sus advertencias...»

Y, a la cultura francesa, a la que persiste bajo los velos solemnes de las Academias, bajo los éxitos ruidosos, bajo las aparien-

cias oficiales nacionalizadas orgullosamente por los políticos —a la verdadera cultura francesa, viva, innovadora, abundante como su país— no podría ofrecer un homenaje más sincero que el que quiero presentar al más denigrado, al más firme, al más noble y al más universalista de sus servidores contemporáneos: a Romain Rolland, que se encontraba en 1914, en la víspera de la gran guerra, en Suiza, y que ha permanecido allí después (1) en exilio voluntario por encima de la lucha —uno contra todos —a fin de salvar, en lo más intenso de la Sangrienta Locura, la dignidad francesa y la del hombre, la libertad de conciencia que no reconoce otra divinidad que la Verdad —ahora en el altar del Amor y de la Paz sobre las alturas alpinas, con fe en las nuevas resurrecciones...

Sé que mi homenaje no se halla hoy aislado. Muchos intelectuales franceses me han confesado el mismo afecto y la misma veneración por el autor de *Juan Cristóbal*. Su persistencia en permanecer en Ville-neuve es para ellos una herida secreta, pero expiadora. Uno de los mejores hijos de Francia, se halla presente, no obstante, en el alma de los franceses iluminados, aunque se halle lejos de «la Feria del lugar» donde resuenan aún los gritos de los trogloditas nacionalistas y los aullidos de las falsas vestales del «honor» francés.

Antes de dejar a París, he querido recorrer una vez más el barrio latino; a pesar de sus instituciones seculares, es todavía un hogar de juventud y de amor. He vuelto a ver la Sorbona (donde Romain Rolland ha profesado algunos años en la cátedra de historia de la música, creada por él); el Panteón, delante del cual persiste la estatua de Augusto Comte, como una señal de razón entre las generaciones fugitivas; he atravesado el jardín de Luxemburgo, de calles llenas de moho y cerca del estanque

(1) Con la excepción de una estancia de tres años en París (1919-1922).



donde los niños lanzaban sus barquichuelos; he recorrido las calles siempre en sombras que abrigan a los estudiantes venidos de todos los rincones del mundo y les he visto andar con paso ligero a lo largo del bulevar Saint-Michel, llevando del brazo alguna griseta y charlando alegremente... He visto en rincones de cafés las figuras de otros estudiantes, a la hora del crepúsculo, después de su trabajo de los laboratorios, de las buhardillas y también de los talleres. Y otras fisonomías de literatos, de amanuenses, unos con los estigmas de la amargura y de la negación, fracasados que se aferran a los últimos vestigios de sus ideales.

A lo largo del malecón, he contemplado una vez más la montaña de piedra dentada de la catedral de Notre-Dame y me he detenido un momento junto a los pintores que, en sus caballetes, cerca de las ondas irisadas del Sena, expresan en el lienzo (¿cuántas veces ya?) la imagen de la ciudad gloriosa. Pero, en una encrucijada, el reloj ha puesto fin bruscamente a esta lenta correría, donde palpitan a veces las nostalgias del pasado, esas íntimas aspiraciones que las grandes olas de la vida social han arrojado por completo del corazón fatigado.

Y he penetrado en el Metro, acometido de nuevo por la fiebre de las partidas. Cuando en la estación de Lyon me separé de Paltil y de Ginette, cuya modestia rehusará los agradecimientos que les hago aquí presente por la manera cordial con que me han secundado en mis «asuntos» parisienes, he sentido, en el momento de la señal de partida, esa ruptura que me deja sofocado en el asiento del vagón, pero con la presa viva de las nuevas figuras, de los nuevos conocimientos y de las comuniones de los días del último alto.

París ha quedado atrás, rápidamente, con sus guirnaldas eléctricas, con su aureola, cielo artificial vaciado como una gruta milagrosa en la noche maciza del mundo. El rápido corre impetuosamente: cruces escalofrantes con otros trenes, bólidos cuyo trazado se halla calculado al milímetro. La lluvia se suspende de las ventanillas en granos diamantíferos y en collares de perlas. Y solo, en el vagón suizo que brilla de limpieza y de luz, extendido sobre la manta, me abandono a una vigilia que llama en vano al sueño y que, final-

mente, deja a los pensamientos desenvolverse como hilos de oro alrededor de una imagen: Romain Rolland, del cual me hallo más cerca, cada vez más cerca, al ritmo del tren lanzado...

Romain Rolland, héroe del espíritu. Ha sobrepasado a la actualidad, no tan sólo por su «Panhumanismo», que abraza a las razas y a las naciones, a las civilizaciones y a las individualidades en una armonía planetaria. Su personalidad, compleja y enigmática, incluso para muchos de sus admiradores y de sus compañeros, puede ser comprendida bajo esta luz: el incesante esfuerzo de perfeccionamiento. Ese esfuerzo, que se asemeja mucho a la verdadera piedad religiosa, ha hecho de Romain Rolland el instrumento frágil y no obstante fuertemente experimentado mediante el cual se manifiestan algunas de las conquistas del espíritu humano.

El incesante progreso realizado sobre sí mismo, abandono de la vieja envoltura, para llevar a cabo la forma nueva, creada por el corazón incendiado y por el pensamiento siempre en tensión. Todo aquel que ha seguido la evolución realizada desde *Juan Cristóbal* hasta *El alma encantada*, desde *Por encima de la lucha* hasta *Clérambault*, estudios musicales, tragedias de la fe y del teatro del pueblo, hasta esas *Vidas de los hombres ilustres* continuadas por los estudios consagrados a un *Ramakrishna*, a un *Gandhi*, o florecidas con un alto lírico, como *Pierre et Luce* o *Colas Breugnon* —aquel que sólo haya sorprendido, en tantas formas contradictorias y no obstante equilibradas, el impulso del amor puesto al servicio de la justicia humana y de la belleza universal, ha podido reconocer en Romain Rolland uno de esos raros fenómenos intelectuales y morales que caracterizan a una época.

Múltiple y unitario, Rolland, por encima de la lucha social, por encima de las olas rojas de la guerra y de la revolución, ha sabido ver los intereses permanentes de la Humanidad y los ideales que no conocen las fronteras. Los ha proclamado con la sencillez y la tenacidad de los viejos profetas. «Guía de conciencias»; que ha salvado la libertad de afirmación de la verdad, en tanto que la mayor parte de los «intelectuales» arrastraban su cobardía a los



pies de los amos, provistos de espadas y de sacos de oro, Rolland se ha convertido, en la Suiza neutral, en el símbolo viviente de la dignidad humana que no acepta ni la esclavitud organizada del Estado ni la sofocante promiscuidad de una sociedad basada en el robo del trabajo y en la cultura de las supersticiones. Los años apocalípticos, cuando Europa se despedazaba en el huracán provocado por los ejércitos en lucha, están muy próximos. Rolland nos ha dado el ejemplo de una energía moral que herían en vano los aullidos de la calumnia y la mofa de los asesinos. Alzó la voz no tan sólo para la masa y por los inconscientes sacrificados, sino que habló sobre todo por el pequeño número de los que, hermanos en espíritu y en destino, guardaban silencio en su sufrimiento ignorado o pagaban con la vida una palabra de humanidad, un gesto de negativa en lo más intenso de la matanza patriótica.

Mensajero de los perfeccionamientos del mañana, Romain Rolland, con su vida y con su obra, ha realizado la armonía entre el arte y el espíritu de humanidad, entre el amor y la libertad, entre la multitud y el héroe. De tal modo presente entre nosotros, fué por su intermedio por el que nos ha sido revelado el secreto que aureola a los grandes hombres. La leyenda que ha comenzado a envolver a Tolstoi y que presta a Gandhi actitudes mesiánicas, teje en torno a Rolland el velo de la inmortalidad. Palabra trivializada por los clérigos-trafficantes y por los académicos parasitarios, «la inmortalidad» corresponde a una realidad que está por encima de las vanidades de los pigmeos y de la ironía de los escépticos.

En esta Europa arruinada, llena aún de las lamentaciones de los vencidos y de los gritos provocativos de los vencedores, Rolland ha proclamado la permanencia indestructible del Espíritu y ha mantenido el lazo de unión entre los viejos ideales y las aspiraciones surgidas de la fatalidad del progreso. Sabía que si una sociedad injusta perece, la Humanidad queda libre de una carga que entorpece su evolución; si una falsa civilización se descompone, la cultura queda con sus raíces, hundiéndose en las realidades milenarias y con sus ramas dirigidas hacia visiones que piden adquirir forma corpórea. Rolland ha podido permanecer en la eterna corriente de la

vida consciente, tremolando por encima de los naufragos el blanco lábaro del héroe que triunfa solamente a fuerza de amor y de esperanza.

El optimismo de Rolland está templado por el sufrimiento. Es ésta la verdadera enseñanza que nos legan los verdaderos precursores. Dar a las multitudes la confianza en el trabajo y en la fraternidad, y dar a los compañeros la fuerza que transforma la idea en hechos: tal es la esencia del heroísmo. No pudiendo adorar ya a los viejos ídolos de madera y de piedra, porque para muchos el espíritu ha llegado a ser una realidad superior, trasladamos la necesidad de idealización (que es cosa distinta a la adoración) a los hombres que han demostrado ser inmaculados «servidores del Espíritu», así como los llama el propio Rolland.

«Servidor del espíritu», no significa esclavitud, sino una liberación de la personalidad, del propio modo que el «siervo de Dios» es el hombre piadoso que halla su libertad en la adoración divina. Los grandes hombres, cuyo recuerdo fulge en la noche llena de lamentaciones y de gemidos de la historia humana, son los héroes que forman la mitología positiva, el panteón racionalista, el fresco de los idealistas activos. Los que se inclinan hoy ante un Beethoven, un Miguel Angel, un Giordano Bruno, un Goethe y un Spinoza, reconocen también en Romain Rolland una nueva victoria de la divinidad humana.

● ●

Dos horas de noche. Dijon. Largas escalinatas florecidas y rieles brillantes bajo las altas lámparas suspendidas. La ciudad es blanca y fantasmal. Cubos y prismas blancos, con tejados negros, en una geometría elemental, estriada a veces por las esbeltas siluetas de los álamos hieráticos en la noche azulencia, paralelamente flexibles bajo el viento otoñal... Y la campiña está negra e impenetrable, con la raya apenas adivinada del horizonte, con su marco de árboles y a veces con los jirones nacarados de las nubes que se ciernen muy bajas, en espera de la aurora.

Dôle. El vagón está siempre vacío; lo recorro a lo largo y a lo ancho, prisionero de la velocidad y esclavo de la meditación. Frasné: y el alba se aclara, lenta, abandonando, uno tras otro, sus velos en sombra. Vallorbe: la frontera suiza; formalidades



sencillas, pero que no atenúan la obsesión del control nacional.

Y, en la madrugada fría, lluviosa y salubre, los montes surgen de súbito en su bruma ligera. Me acuerdo de «El Hombre-Montaña» de mis primeras *Peregrinaciones* (1). Aquí vuelvo a sentir, más profundamente que en otras partes, el impulso conquistador del Monte, que es acción, por encima del sueño uniforme de la campiña fértil. Acción comenzada desde las primeras explosiones del corazón de la tierra que, alzando su propia carga, horada con sus picachos las nubes vagabundas con las cuales se trenza coronas diáfanas de victoria. El Monte: imagen de la lucha para el Solitario que se yergue por encima de la Humanidad, para servirla, no obstante, proclamando la solidaridad planetaria y la unidad universal.

Y el «Hombre-Montaña» se me aparece fantasmagórico. Es una montaña que se ha separado de sus bases, con su verde corona, con dos antros verdes debajo de la frente rocosa... Y, en el tacto frenético de la canción de hierro, baila allá en el horizonte, saltando de una a otra cima, persiguiendo al tren. Su carcajada es amplia, lo mismo que su paso y su gesto. El dios de la montaña me hace señales. Me llama a su reino glacial, frecuentado por las tempestades de la Libertad y lleno de tesoros y de altares...

## II

Hay países cuyo emblema puede ser un navío, una chimenea de fábrica, una guadaña. La especialización se ha extendido a países que desempeñan en la economía mundial un papel bien definido. Se habla de la Inglaterra comercial, con su tráfico planetario; de la Alemania industrial, de la Argentina o de la Rumanía agrícolas, de la Noruega de los pescadores. Caracterizaciones parciales y, no obstante, esenciales.

Dícese de Suiza que es el país del turismo. País de sanatorios y de refugios para enfermos de lujo, para los que las metrópolis fatigan y que, sin embargo, no pueden sustraerse al confort de la civilización occidental.

La industria del turismo ha hecho efectivamente de esa cuna de los Alpes un vasto Palace-Hotel, con una organización

perfecta de los deportes, de las excursiones, del reposo y de las cosas mundanas. Todo se halla estilizado, ordenado y tarifado. La Naturaleza parece allí confeccionada con frecuencia para uso de los snobs, y las obras del hombre se hallan adaptadas a un suelo más bien vertical, sujetas a los declives, aferradas a las cumbres, con calles superpuestas como pisos y senderos que serpentean como lazos; pintoresco, que renueva sus aspectos a cada inclinación y en cada recodo...

Son inagotables los elogios que se prodigan a ese pueblo trinacional, que sabe utilizar cada metro cuadrado, que hace fructificar a las rocas, que disciplina las cascadas y los precipicios, creando industrias anexas a la industria nacional: la de la leche y la de la relojería, las de las pequeñas máquinas y de los grandes institutos de educación... Suiza es citada como modelo de administración y de equidad. Unos ven en ella el embrión de la federación europea; otros, el país del refugio ideal después de una vida de trabajo y de desgaste; otros ven en ella una espléndida disposición de la mediocridad cómoda y del conformismo integral: en política como en cultura, en arte como en religión.

Pocos ven en ese país un antro de los dioses y de los titanes, un lugar predestinado para los inadaptables y los superhombres europeos, empujados al fondo de las torrenteras y a las cumbres de las montañas por los rebaños cuadrículados de los turistas anglo-americanos, por las hordas elegantes de los eróticos y de los especuladores cosmopolitas.

Los que indagan atentamente hallarán aquí la huella de los pasos de los grandes solitarios, de los creadores de valores morales, literarios y científicos. ¿Hace falta nombrarlos a todos, comenzar al menos por Rousseau? ¿Mencionaría al tempestuoso Nietzsche, a Wagner, a Lenin, a tantos otros gigantes del pensamiento y de la acción que, semejantes a Anteo, al tocar esta tierra, han recobrado nuevas fuerzas que les han permitido lanzarse hacia las cimas de los ideales y hacia las revoluciones espirituales o sociales? ¿Y llegaría a la convicción de que tan sólo en este país podía un Romain Rolland elevarse por encima de la trágica lucha europea?...

(1) Aparecidas en 1922, páginas 12-15.



Ahora quiero contemplar los paisajes desde la ventanilla de mi coche, pues no tendré tiempo de permanecer aquí ni siquiera tres días. Desde la frontera, el paisaje se ha revestido de otra tonalidad. Alfombras de hierba, praderas de un verde fresco en este corazón del otoño, extendidas sobre las cuestas en amplio declive, contorneadas por las murallas almenadas de los abetos, por las olas cobrizas de las hayas... Daillens, Cossenay, Bussigny, pequeñas ciudades como nidos floridos. Renens, que eleva sus chimeneas de fábricas (y las invectivas estéticas de Ruskin me acuden a la memoria, anticuadas y, no obstante, lógicas). Lausana: a la izquierda, villas superpuestas, coloreadas, abigarradas; a la derecha, el lago Lemán, percibido entre los sotos y los bosquecillos. Aparición glacial de un verde azulenco, con hileras infinitas de ondas tenues y deshiladas. En el horizonte, el lago es de un verde límpido, lleno de sol, y un arco iris corta las nubes grises con reflejos de plata. A veces hácese visible la margen opuesta: manchas blancas y rojas, pueblos minúsculos, villas diseminadas y, encima —como un cuadro irreal—, los contrafuertes color violeta de las montañas, próximos y lejanos a la vez, con nieves en los flancos y con nubes que se dejan desgarrar por los picachos templados en las tempestades...

El tren corre a lo largo de la orilla y, a veces, en el alféizar de la ventanilla, parece deslizarse sobre el agua, suspendido en su carrera vertiginosa, arrastrando en pos de sí bandadas blancas y negras por encima de las olas. Luego miro hacia la izquierda. Entre las rocas, los terraplenes cubiertos de viñas, plantadas en hileras rectas, cuidadosamente conservadas. Un triángulo que se adentra en el lago hállase cubierto también de cepas cuyas hojas se agitan en el viento fresco de la mañana. Otras estaciones: Rivaz, pisos de piedra, caminos en espiral, casitas que trepan por las rocas, villas que se bañan en las ondas. Vevey, con su playa, en una curva. La guardabarrera que se halla cerca de la barrera con una banderita, lleva un vestido de seda, pero sus piernas son firmes, el pecho robusto, las mejillas coloradas. A lo largo de la vía férrea percibo autóctonos: robustos, de buen aspecto, fortalecidos también por el aire de las alturas.

Y contemplo de nuevo las coronas nevo-

sas de los montes. Iglesias de ángulos dentados aparecen y desaparecen, como las villas, como los innumerables jardines. En el momento en que creo poder reposar mis miradas sobre el lago irisado, el tren penetra en un túnel y se detiene luego bruscamente en la estación de Montreux. En el corazón de la ciudad. Me bajo. El hotel «Terminus» está muy cerca del otro lado de la escalinata. Puedo, sin embargo, abrazar con una sola mirada a la ciudad, escalonada también, hundiéndose en el seno de la montaña, con jardines suspendidos, con el terraplén por encima del cual las fachadas parecen desprovistas de volumen, edificios de dos dimensiones, con cimientos por encima de los tejados y con cepas de vides por encima de las paredes. **Arquitectura de altura**, ingeniosa, con sorpresas a cada vuelta, con calles que se terminan en escaleras, con callejuelas que serpentean entre terraplenes, que se adentran en un bosquecillo y que desaparecen en una roca...

Y, en la habitacioncita del tercer piso, relumbrante de limpieza, de un confort que llega a ser molesto para el pasajero que busca solamente algunas horas de reposo, permanezco extendido sobre la cama demasiado blanda, contemplando, como bajo el influjo de una hipnosis, por la ventana, las viñas apretadas, iguales e interminables. Como una habilidad de acrobata, dos coches de tranvía se deslizan a lo largo de estas viñas que disimulan su correr, pareciendo que se confunden. Y los tranvías desaparecen para reaparecer en la dirección opuesta, más arriba, sobre las vías en espiral de la técnica triunfante...



Cuando me despierto ya es mediodía. Me encuentro reanimado, con los ojos límpidos y acometido de ese hambre que suscita el aire vivo. En el restaurante del hotel, el servicio es lento y protocolario y no puedo dar razón de los ocho platos abundantes de la mesa redonda. Es preciso permanecer durante más tiempo en los Alpes para tener el apetito de devorar con la buena disposición de esos turistas retrasados o de esos convalecientes salidos del sanatorio. No puedo tampoco sostener la conversación con mi vecina sobre las bellezas de la región y sobre el esplendor de este dulce otoño. Escribo media docena



de tarjetas postales ilustradas, sigo con los ojos el reloj colgado de la pared y me encuentro sobre la escalinata del otro lado del camino, cuando el Simplon se detiene, jadeante, para volver a partir dos minutos después.

Apenas he comenzado a mirar por el ventana cuando surge Territat, como un prolongamiento diseminado de Montreux. Un pequeño castillo medieval se perfila en la tela siempre deshilachada y siempre zurcida del lago: el Castillo de Chillon, con su leyenda cruel y romántica, a la manera de todos los castillos. Y antes de que pudiera examinar en detalle el paisaje: las alas de mariposa de las barcas que se encontraban cerca de los pueblos de la orilla, las pirámides sombreadas de las montañas del primer término, detrás de las cuales se yergue el Diente del Mediodía, con su manto de nieve iluminada de sol, semejante a una fortaleza con las torres arrasadas, el tren se detiene. Una parada en la orilla de un campo: Villeneuve. En este país las distancias son cortas, pero las carreteras son interminables alrededor de los gigantes alpinos.

Me introduzco en la calzada, hacia el bosque, por debajo del cual se perciben algunas villas. Cruzo una pasarela que salta por encima de un débil hilo de agua. Llegado a una encrucijada, titubeo. Pasa un grupo de muchachos con jerseys de lana y con pantalones de sport; cuerpos atléticos, rostros curtidos por el viento, ojos azules y con una risa brutal. Les pregunto dónde vive Romain Rolland y ellos se miran perplejos.

—No le conozco—responde uno de ellos, de mandíbulas prominentes, anglosajonas.

—Pero, ¿la villa Olga?

—¡Ah!, sí, por allí...

Comprendí por qué el solitario de Villeneuve había tenido la precaución de bosquejarme el camino: «Puede usted bajar del tren ya en Villeneuve (hay desde allí de seis a diez minutos de camino), o ya en Territet, tomando delante de la estación el tranvía eléctrico para Villeneuve, que le deja en la estación *Hotel Byron* (ocupado ahora por un colega inglés, Chillon College). Desde esta estación sólo tiene usted que subir un caminito muy corto hasta Byron. La villa Olga se halla muy próxima, un poco más arriba.»

Heme aquí delante de la puerta de hierro, cuyas columnas de piedra llevan el nombre de la villa, grabado en pequeñas letras doradas. Villa modesta, de un piso, en un jardín florido todavía. Detrás, un bosquecillo en el que se pierden senderos umbrosos. No tengo tiempo de titubear. En el patio aparece una dama. Entro. Es la hermana de Rolland: «mi valiente hermana Magdalena», así como debía llamarla él en la confesión de los trágicos años de 1914-1919: «Adiós al pasado.» Cuando subo al piso, percibo en una mesita, en el vestíbulo, un montón de paquetes, de revistas y de cartas: es el correo que hace poco, no abierto todavía, que había hinchado bien el saco del cartero. Hacia este retiro se dirigen las grandes esperanzas: las conciencias libres, los espíritus fraternos...

En lo alto de la escalera, una silueta esbelta, alta, un poco inclinada. Y su mano es estrechada por una mano cálida, de dedos adelgazados. Es tan sólo ahora, cuando nos hallamos frente a frente, yo, en un pequeño diván y él, doblado en dos en una butaca baja, cuando se revela a mí esta figura diáfana, alargada, incendiada por el fuego de la vida interior. Rasgos muy acusados, como delineados por un febril artífice en una materia muy viva, muy sensible y muy sufrida. El bigote escaso da sombra a una sonrisa apenas perceptible y, sin embargo, rica de sentido, como un reconocimiento y como una invitación... **He permanecido como fascinado**, durante algunos momentos, por esta inmensa frente color mate, sobre la cual no he podido percibir las arrugas de la vejez, una frente luminosa, estrechada entre las sienes un poco hundidas, con los surcos de las venas: pared entre dos mundos, el de las pasiones terrestres con sus horrores y sus bellezas, con sus negaciones y sus llamamientos, pero que son absorbidos, transformados y creados de nuevo en el mundo interior de este pensamiento genial, combativo, infatigable... Y bajo esta frente de demiurgo, en las profundas grutas de las órbitas, he sorprendido la mirada dulce y firme, de clarividente, ese relámpago azul de acero templado de los ojos que te penetran, que perciben tu verdad secreta, tu verdadera Humanidad y que te fuerzan a hablar como piensas y a confesar lo que sientes.

Los instantes de silencio ante este hom-



bre, a cuya presencia habíame habituado por la lectura de sus obras, han sido para mí como un recogimiento antes de la confesión. Romain Rolland aguardaba: yo sentía sobre la parte superior de mi cabeza inclinada esa mirada —de la cual me han hablado otros también— y sus manos de músico, con algunas manchas oscuras, descansaban sobre sus rodillas como otras dos figuras, expresivas, enérgicas y a la vez acariciadoras. Comencé a hablar. Le transmití el saludo de muchos camaradas, los homenajes de los desconocidos, las misivas de los combatientes fieles. Le hice un resumen de mis peregrinaciones europeas: hechos, ideas, hombres. Cuando le hablé de la vida de los vegetarianos y de los tolstoianos búlgaros, de esa ética y de esa cultura populares que podrían afrontar ciertas fiezas occidentales, confirmó mis palabras.

—He recibido recientemente la visita de Kalidas Nag, de Calcuta. Ha estado también en Bulgaria, en la misma época. ¿Lo habéis visto en el Congreso de las Ligas de Mujeres de Sofía? Estaba también muy impresionado... Solamente, la situación trágica de la juventud...

Evoqué así cada alto que había hecho y, en cada uno, Romain Rolland aportaba una confirmación y citaba un nombre. Estaba muy bien informado, en su aislamiento, para que fuera necesario entrar en detalles. Cuando le hablaba del resultado de mi encuesta mundial: *Los caminos de la Paz*, con prefacio suyo, Rolland me dijo:

—Habría deseado que hubierais podido hacer entrar en esa encuesta a algunos jóvenes cuáqueros gandhistas que volvían de la India, tal como Reginald Reynolds. ¿Le conocéis? Se hallaba en la India desde hace un año; ha enviado regularmente cartas y folletos poligrafiados, de un testimonio inolvidable. Acaba de regresar a Londres; escribidle de mi parte...

Y Romain Rolland, insistió:

—Es ardiente de energía y se halla afligido de la soledad moral en que se encuentra entre los cuáqueros. Tanto más cuanto que es uno de los muy contados europeos que han visto sobre el lugar la enseñanza y la acción de Gandhi y de su pueblo.

—¿Y Andrews?

—El segundo de Gandhi. Le hemos visto hace tres semanas. Un apóstol. El hom-

bre de paz por excelencia. Carácter admirable.

Y me habló de los escritos de C. F. Andrews sobre Gandhi; él es el más indicado para explicar a los europeos las ideas y la vida del profeta indio.

Así trazaba Romain Rolland alrededor de mi horizonte otro más amplio que se extendía más allá de Europa. Nuevos problemas y nuevas figuras. Quería facilitarme nuevas relaciones para la difusión de la idea y para el acrecimiento de la acción.

—¿Estáis en relaciones con la gran prensa liberal de los Estados Unidos? Hay allí importantes revistas en las cuales habría interés por estas ideas: *Unity*, de Holmes; *Nation*, *World Tomorrow*, *New Republic*... Este es el momento. Hay algunas individualidades muy libres y universales. Escribid a Holmes. Es un amigo...

De igual modo para Francia, para Alemania, para los países escandinavos, para la Argentina. Un nombre suscitaba recuerdos o reflexiones, cuyo parentesco podía comprobarse: Georg Fr. Nicolai, Stefan Zweig, Pedro Ceresole, el animador del «Servicio Civil», el viejo Pablo Birukoff (relativamente a Tolstoi), Premysl Pitter (carta abierta a Masaryk), B. de Ligt (su controversia con Gandhi), el profesor Forrel; del pueblo próximo. Y Jacques Mesnil, amigo de Max Nettlau, Follin, Delpeuch («se ha arruinado por dos veces»), subraya Rolland, y Jorge Pioch y los que han constituido «la iglesia laica» en el huracán de la guerra.

A propósito de Enrique Barbusse:

—Barbusse evoluciona en este momento. El comunicado de Moscú empieza a tenerle en sospecha.

Volvimos al intercambio de cartas que hemos tenido con Romain Rolland acerca de la Internacional Pacifista. La discusión tomó una forma completa. Lo que ahora interesa es que la idea tome cuerpo. Un buen comienzo lo constituye la «Joint Peace Council». Resumo el artículo de Schoenaïch, en el cual ésta prefiere como «Spitzenorganisation» la Oficina Internacional de la Paz, de Ginebra. Pido consejo en esta cuestión esencial de táctica. Creo que no podría ponerse al frente de la Internacional Pacifista a cierta organización, sino que todas deben federarse libremente, conservando su autonomía y armonizándola.



se como las diversas partes de un organismo. Rolland aprueba:

—Hace falta una especie de parlamento libre de las uniones pacifistas.

Y cuando menciono el interés que los medios oficiales comienzan a testimoniar a nuestra acción (el caso de Praga, la carta de Benesch), Rolland sonríe, cortés:

—El mayor peligro es el ser atraído y explotado por el pacifismo oficial, que tiene segundas intenciones de interés político...

De este modo pasó una hora. Evocamos a esa familia dispersa de espíritus fraternos; hicimos el balance de tantos esfuerzos individuales, de tantas acciones, unas locales aún, unidas entre sí por mensajeros intrépidos y que aspiran todas a la gran emancipación: la de la Paz, que curará las llagas de esta Humanidad que ignora aún su misión solidaria. Y cuando pregunté a Romain Rolland si la joven generación, la mía, se halla preparada para continuar el gran combate, me dió una respuesta personal e inesperada:

—He sentido bien vuestra energía. Hay muchas inteligencias en Europa, pero muy pocas abnegaciones, decididos a ir hasta el fin. Vos tenéis esa abnegación y tengo plena confianza en vos...

**Eugen Relgis**

(Concluirá.)



*Cómo ve un dibujante  
yanky la civilización  
de su país.*

BARD,



# La emancipación de la mujer en el Oriente soviético

(Conclusión)

**E**N todas las Repúblicas orientales, federales y autónomas, los Gobiernos locales celebraron actos referentes a los vestigios del orden del clan. Según las nuevas leyes, el kalym, la poligamia, el matrimonio con muchachas menores de edad, el matrimonio obligatorio y otras costumbres características de la esclavitud de la mujer eran consideradas como delito común, implicando severos castigos. En el curso de los últimos años han tenido lugar, en las diferentes repúblicas y regiones, una serie de juicios públicos contra la infracción de las nuevas leyes.

Sería difícil, sin embargo, vencer todos estos vestigios y llegar a la emancipación de la mujer solamente por métodos legislativos y administrativos. La reacción local, guiada por los kulaks y el clero, hizo todo lo que pudo para impedir la realización de las medidas del Gobierno soviético y del pueblo soviético. Apoyándose en la fuerza de la tradición y haciendo uso hábilmente del retraso cultural de las masas, las fuerzas reaccionarias empezaron una furiosa agitación, principalmente entre los hombres, contra las medidas del Gobierno soviético. En todas las mezquitas, los mullahs y los kulags gritaban con toda la fuerza de sus pulmones contra «la inmoralidad y el ateísmo de los bolcheviques», contra el Gobierno soviético que destruía la familia, propagaba el vicio, etc. Bajo la influencia de esta propaganda un cierto sector de la población masculina comenzó a alarmarse. Algunos esposos, padres y hermanos prohibieron a sus mujeres a la asistencia a los mítines, Clubs o escuelas. Alrededor de la chadra y la parandja se concentró la lucha más intensa. Cuanto más terreno iba ganando la emancipación de la mujer, una de cuyas señales exteriores más importantes era la protesta contra el velo, más crecía la furia de los reaccionarios. Habiendo perdido la fe en los métodos puramente propagandistas de la moral, los elementos conservadores y

ciericales organizaron un verdadero terror, haciendo de los hombres ignorantes su instrumento ciego; durante aquellos años hemos presenciado una serie de crueles castigos, amenazas e intimidaciones, y a veces hasta asesinatos, cometidos por esposos y padres.

Para inculcar la idea de la emancipación femenina y de la nueva legislación soviética, que se estaba llevando a cabo, fué necesario desarrollar ampliamente la obra de educación cultural de la mujer oriental. Esta obra, que empezó inmediatamente después de la soviétización, fué desarrollándose cada año, adquiriendo formas más perfectas y ocupando el lugar más importante en la obra de reconstrucción socialista. Además de hacer ingresar en las escuelas soviéticas a mujeres jóvenes y niñas, se llevó a cabo una gran obra, creando un sistema de educación cultural fuera de la escuela: en los Clubs, rincones rojos, estaciones para combatir la ignorancia, para el trabajo cultural, etc.

Examinando las peculiaridades de las repúblicas orientales, habría que encontrar formas de trabajo especiales con ayuda de las cuales fuese posible hacer participar a la mujer en la vida pública y en el trabajo cultural. No era posible contar con el ingreso de la mujer en las escuelas, Clubs y cursos, junto con el hombre. Esto era impedido, en primer lugar, por la resistencia del hombre, y en segundo lugar, por la timidez y el temor de la mujer. Por esta causa se organizaron instituciones de educación cultural especiales para la mujer. Ya en el período de 1920-1922 se fundaron Clubs femeninos en las ciudades y aldeas de las repúblicas orientales. El primero de ellos fué el famoso Club Ali-Bairamov, de Bakú, el mayor Club femenino de la Unión Soviética. Además de los Clubs se crearon centros menores de educación cultural, como rincones rojos, estaciones para combatir la ignorancia, y, por último, yurtas rojas (tiendas nómadas). En aquellos Clubs y rincones femeninos se llevaba a cabo una gran obra por la emancipación de la



mujer. El Club llegó a ser el centro de toda la vida pública de la mujer. En el Club se organizaban cursos para combatir la ignorancia, ciclos musicales, cursos para niños, consultas de Derecho, talleres de costura, etcétera. Mientras se efectuaba una labor sería para la educación de la mujer, el Club desempeñaba al mismo tiempo un gran papel en la organización de la conciencia pública de la masa femenina, en su participación en la vida política y en la construcción soviética. También se llevaba a cabo en el Club la educación política de la mujer, explicándole el sentido y la naturaleza de las diferentes medidas políticas y económicas del Gobierno soviético. Extendiéndose gradualmente, el sistema de instituciones especiales de educación cultural para la mujer ha abrazado las repúblicas nacionales, desde los centros de más importancia, hasta las aldeas más remotas y aisladas. Aunque este sistema esté lejos de ser suficiente, en la actualidad, las repúblicas y regiones del Oriente soviético cuentan, según las últimas estadísticas, con 110 Clubs, 365 rincones rojos, 150 yurtas rojas y seis casas de la mujer campesina. Estas reúnen unas 65.000 mujeres. Cada día es mayor la expansión de la actividad de estas instituciones, que han llegado a ser el instrumento principal de lucha por la emancipación de la mujer oriental.

El Club Ali-Baimarov, en Bakú, que ya hemos mencionado, es el más importante, y ha alcanzado una fama bien merecida. Este Club está alojado en un hermoso edificio provisto de todo el confort necesario. Cuenta con unas 2.100 mujeres, y lleva a cabo una gran labor de educación cultural, social y política. Otro gran Club femenino es el de Tashkent.

Sin embargo, el papel más importante está desempeñado por aquellos pequeños centros de cultura y educación que laboran entre las mujeres de las aldeas lejanas de las repúblicas y regiones orientales. Lo más interesante en este sentido son las llamadas yurtas rojas y kibitkas (carros nómadas), instituciones culturales que trabajan en las regiones nómadas de Kazakstán, Turkmenia, Kirghizia, Buriato, Mongolia, etc. La yurta roja, con un bibliotecario, un instructor y una matrona, se traslada de aldea en aldea, de campamento en campamento nómada. Allí las mujeres aprenden a leer y escribir, les leen

periódicos y les explican los derechos que les ha concedido la legislación soviética. En las yurtas rojas suele ir un juez especial que examina las demandas de la mujer y los casos de diferentes crímenes sociales. La matrona que va con la yurta ayuda en los partos y diferentes enfermedades ginecológicas, luchando contra la influencia de los curanderos y las matronas. También se celebran lecturas sobre sanidad e higiene, puericultura, etc., acompañadas de demostraciones. Como es natural, tales centros universales de cultura desempeñan un papel importante en la educación de las masas femeninas. Es de gran interés el que la popularidad de las yurtas rojas se ha extendido de tal modo, que no sólo las mujeres, sino hasta los hombres recurren también a su ayuda en casos de enfermedad o en busca de consejos e instrucciones sobre distintas materias legales o económicas.

Como resultado de la actividad del sistema de educación cultural, va aumentando la acción de mujeres trabajadoras, que van entrando en la vida pública y en la construcción del Soviet.

Cada día van desapareciendo las bases de la antigua vida y los vestigios sociales van debilitándose bajo los golpes de la reconstrucción económica y del trabajo de educación cultural. Los resultados más evidentes son los conseguidos en la lucha contra el aislamiento, y en particular, contra la chadra y la parandja. En las calles de Bakú, Tashkent, Samarkanda, Bujara, etcétera, vemos a cada paso mujeres que van debilitándose bajo los golpes de la re-peos y la cara descubierta. El extranjero que haya estado en estos lugares antes de la revolución, cuando estaban gobernados de una parte por el espíritu militar del régimen colonial ruso, y de otra, por la autoridad del clero conservador muslim, se sorprendería, sobre todo, de este cuadro nuevo y desacostumbrado. Aparte de las muchachas jóvenes, que marchan a los sonidos de canciones revolucionarias en las filas de pioneros y destacamentos del kom-somol, se ven con frecuencia mujeres de edad sin velo. Lo más sorprendente en ese sentido es Bujara, la antigua «ciudad sagrada», el centro del escolasticismo muslim, donde hace seis años era imposible ver una mujer con la cara descubierta. No era fácil lograr esto. Años de trabajo per-



sistente, de enorme esfuerzo, de heroísmo supremo, fueron necesarios por parte de las mujeres trabajadoras para conseguir estos resultados. Todo el mundo recuerda cómo, hace poco, una mujer heroica efectuó solemne y osadamente la ceremonia de quemar en público la chadra y la parandja en las plazas de las ciudades, en medio de una multitud hostil, electrificada por la agitación del clero. Algunos de los participantes en estas demostraciones tuvieron que soportar al día siguiente crueles torturas y aun, a veces, atroces asesinatos de los fanáticos y reaccionarios. Y, sin embargo, hoy vemos cómo los hombres, no sólo jóvenes, sino viejos de barbas blancas, los guardianes de los principios y las tradiciones, miran con la mayor tranquilidad las caras descubiertas de las mujeres.

El autor de estas líneas ha tenido con frecuencia la oportunidad de observar, durante sus viajes por los pueblos turcomanos y los de Tadjik, y del antiguo Bujara Oriental, cómo los hombres acuden a los mítines femeninos y escuchan atentamente los discursos de las obreras de acción y cómo, estos mismos hombres, piden consejo a las instructoras femeninas que vienen de la ciudad, mientras hace algunos años esto hubiera sido absolutamente imposible.

No es menos interesante y significativo el hecho de que la mujer oriental tome parte activa en la vida política y en la construcción del Soviet. En las últimas campañas electorales la participación de la mujer en la elección del Soviet llegó a sobrepasar la actividad de la parte masculina de la población. En la última campaña electoral de todo el Oriente Soviético, fueron elegidas presidentes del Soviet de aldea gran número de mujeres. Como se sabe, el presidente del Soviet de aldea es la persona que lleva la administración del pueblo; en esto tenemos, por consiguiente, una prueba de la confianza de las masas campesinas en la mujer trabajadora y su aprobación al seguir la guía política de la mujer. En estos mismos sitios, aún no hace mucho tiempo, la sola idea de los derechos de la mujer parecía absurda e inadmisible. En la actualidad hay mujeres presidentes de Soviets de aldea: en Bashkiria, 114; en la A. R. S. S. Tártara, 84; en Daghestan, 20; en Kazakstan, 213; en Uzbekistan,

359, y en toda la Unión Soviética, unas 1.500. Además, la promoción de las mujeres más capaces y activas en la obra política e independiente ha progresado rápidamente en los últimos años. En Uzbekistan han sido promovidas 18 mujeres uzbeas para ocupar puestos de jefes del Soviet, habiendo sido elegida una de ellas vicepresidente del Comité Ejecutivo Central de la República. En Kazakstan hay mujeres que ocupan los puestos de comisarios del pueblo, y una mujer es presidente del Tribunal Supremo de Justicia. En Bashkiria también encontramos una mujer comisario del pueblo y cinco mujeres miembros de las Juntas de comisarios del pueblo. Podrían citarse muchísimos casos parecidos.

Al mismo tiempo, en las escuelas, escuelas técnicas y universidades va aumentando el porcentaje de niñas orientales.

La reconstrucción socialista y la realización del Plan quinquenal están variando radicalmente el aspecto del Oriente Soviético. Las anteriores colonias colindantes de la Rusia zarista están transformándose en Repúblicas socialistas. La industrialización de las Repúblicas y regiones orientales y la colectivización de la agricultura, avanzan a gran velocidad. El área de la producción técnica (algodón, yute, kenaph, kandyr, ramio, etc.), también se ha extendido considerablemente. Todo esto requiere la adición de nuevas energías jóvenes para la industria y para el sector socialista de agricultura. Esto implica una nueva tarea de hacer participar en la producción a la masa femenina. Ello debe descargar simultáneamente un último y definitivo golpe sobre los vestigios de la vieja vida y completar la labor de emancipación de la mujer, porque solamente la **independencia económica** puede asegurar a la mujer una existencia libre y la posibilidad de hacer uso de todos los derechos y privilegios que le ha concedido el Gobierno soviético. En cambio, mientras la mujer oriental dependa materialmente de su esposo o de sus padres, sólo podrá luchar con gran dificultad por su libertad y sus derechos.

Por tanto, es necesario que el país saque a la mujer oriental trabajadora de su vida aislada, de su encierro familiar, y la haga participar en el trabajo productivo, la introduzca en las escuelas, escuelas técnicas



y colegios, en las granjas colectivas, y así la conduzca a la obra general creadora de construcción socialista. Para dirigir esta labor entre las mujeres, que se ha hecho ahora más complicada, se han formado cerca de los Comités Ejecutivos Centrales y los Comités Ejecutivos Regionales de las Repúblicas y regiones federales y autónomas, Comités Ejecutivos para el perfeccionamiento del trabajo y de la vida de la mujer, a cuya cabeza se halla un Comité correspondiente junto al Comité Ejecutivo Central de la Unión Soviética. En este sentido ya se ha llegado a un progreso considerable. Según cálculos aproximados, hay ahora unas 3.500 mujeres que trabajan en las fábricas del Asia Central; 2.000 en Azerbaidjan; 1.000, en Cazakstan; 3.200, en la República Tártara, etc. El trabajo de la mujer se dirige principalmente a la industria textil, de la seda y a la de la confección.

Igualmente aumenta la cooperación de la mujer en el trabajo doméstico. En Uzbekistan, por ejemplo, hay unas 80.000 mujeres que cooperan en toda clase de trabajos domésticos; en Turkmenia, 17.000 mujeres trabajan en la industria de las alfombras, y en Azerbaidjan, más de 6.000 mujeres.

La participación de la mujer en la colectivización de la agricultura también va aumentando. Mientras que al principio del movimiento de colectivización de las granjas, los elementos reaccionarios trataron de apoyar su agitación sobre la parte retrasada del pueblo femenino campesino, trabajando a veces con éxito a su lado, ahora, debido al trabajo tenaz de los Clubs, rincones rojos y mítines de los delegados, la mayoría de las mujeres campesinas orientales se han puesto al lado del movimiento de colectivización de las granjas. En muchos casos, en el Asia Central y en el Transcáucaso, las mujeres actuaron como jefes en la organización de granjas colectivas.

En todo este progreso han desempeñado un gran papel las instituciones de educación cultural. En algunas regiones del Oriente soviético, los Clubs han organizado la enseñanza de la mujer en todas las ramas posibles de producción y comercio. El mismo Club Ali-Bairamov, de Bakú, ha creado primero un taller de costura, que llegó a convertirse en una verdadera fá-

brica de confección, habiendo aumentado en los últimos dos o tres años el número de obreras, desde veinte a mil. Además, se han organizado en el Club dos escuelas técnicas profesionales: una de costura y otra de géneros de punto. Las alumnas que han terminado estos cursos ingresan en las fábricas como obreros calificados, o en la cooperación de trabajos domésticos como instructoras. Verdaderamente, sólo un gigante como el Club de Bakú puede trabajar en tan gran escala; pero también vemos en otros sitios resultados valiosísimos, hasta en las ciudades y aldeas más pequeñas. Existen cursos para mujeres agrónomos, para la enseñanza del manejo del tractor, para las diferentes ramas de las granjas colectivas (avicultura, jardinería, granjas lecheras) y para instruir sobre los trabajos domésticos, etc.

En Turkmenia, en las granjas colectivas del Merv y en las regiones del Bairan-Ali, aparecieron las primeras mujeres turcomanas manejando el tractor. Al principio, los campesinos las trataban con desdén y desconfianza, pero poco después, viendo con sus propios ojos que estas mujeres conocían su trabajo, las miraron con verdadero respeto.

Además, los Clubs están orientando la opinión pública y la iniciativa de la masa trabajadora femenina, haciéndola participar en el trabajo, junto con las tareas políticas y económicas del día (extensión de las campañas, lucha por el Plan industrial y financiero, educación general, elecciones del Soviet, etc.).

Estos son los éxitos obtenidos en la emancipación de la mujer en el Oriente soviético, hasta el tercer año del Plan quinquenal. La mujer oriental, que hasta ahora estaba humillada, sin derechos, oprimida e ignorante; de la que se disponía como un objeto o un animal, a la que se vendía y compraba, que no podía mostrarse en la calle con la cara descubierta, entra ahora en el mundo libre. La mujer trabajadora de Oriente se ha hecho partícipe de la cultura, de la gran labor creadora y constructiva del país soviético. Ha llegado a ser un miembro libre de la asociación socialista que se está creando.

**E. Steinberg**



# La ciudad de hoy y la de mañana

## (Conclusión)

**H**ASTA 1921-1922, es decir, hasta la instauración de la nueva política económica, que puso fin a la grave crisis del período del llamado «comunismo de guerra», las dificultades de abastecimiento y la paralización casi completa de la industria determinaron una gran afluencia de la población urbana hacia el campo. Petrogrado, por ejemplo, que en 1917 tenía más de dos millones de habitantes, veía descender su población, en 1920, a 700.000. Y si, al principio de la revolución, el número de habitantes de las ciudades era de veinte millones, tres años después no pasaba de dieciséis.

Pero, a partir de 1923, la población urbana vuelve a crecer; en 1924, es ya superior a la de antes de la guerra (20.678.546 habitantes, en 1913, 22.391.100; en 1924), y el proceso de crecimiento continúa de un modo ininterrumpido en los años siguientes (23.716.600 habitantes, en 1925; 25.042.200, en 1926; 26.326.700, en 1927; 27.571.300, en 1928; 28.766.800, en 1929).

A consecuencia de la industrialización del país, particularmente intensa con la realización del Plan quinquenal, no sólo la población urbana ha ido en aumento en el transcurso de estos últimos tres años, sino que han aparecido nuevos centros, nuevas ciudades. Por otra parte, las pequeñas ciudades comerciales, que existían en gran número en el país, van perdiendo toda la importancia que habían tenido como resultado de la desaparición progresiva del comercio privado y la concentración de todas las operaciones de compra y venta en potentes centros cooperativos y estatales.

Pero la profunda transformación del país ha repercutido no sólo en la población de los centros urbanos, sino también en su estructura social y económica, que ha variado fundamentalmente, a consecuencia del aumento de los elementos proletarios y de su influencia. Ha desaparecido el abismo que en la ciudad capitalista existía entre la parte central y los

suburbios y se ha atenuado enormemente la diferencia entre los capitales y la provincia, como resultado de la elevación cultural de esta última.

## El problema de las ciudades en la U. R. S. S.

Sin embargo, el problema de la ciudad, en el período transitorio actual, no está radicalmente resuelto ni podría serlo aún con la mejor buena voluntad del mundo. Las dificultades objetivas son, en este sentido, inmensas, insuperables. Se pueden tener ideas magníficas sobre lo que debe ser la nueva ciudad emancipada del yugo capitalista; pero el proletariado, al tomar el Poder, se ve obligado a operar con *lo que es*, en este caso concreto con la ciudad tal como se la ha legado el régimen anterior. Y a las dificultades que resultan de esta circunstancia se añaden las originadas por la propia revolución. Citaremos, como uno de los ejemplos más elocuentes, el aumento extraordinario de la población de Moscú (1.500.000 habitantes antes de la revolución; 2.500.000, en la actualidad), que ha venido a agravar enormemente el problema de la vivienda. No hay más remedio, pues, que adaptar las ciudades a las nuevas necesidades. Y en este aspecto, los resultados obtenidos en la Unión Soviética distan mucho de ser despreciables.

El problema se plantea ya de un modo muy distinto cuando se trata de fundar ciudades nuevas alrededor de los grandes centros industriales que surgen en el país. Y de estas ciudades van a crearse en la U. R. S. S. cerca de doscientas, sin contar otros 2.000 centros agrarioindustriales menos importantes. En los debates provocados por esta cuestión se ha hablado frecuentemente de la construcción de ciudades socialistas, aunque, como ya hemos observado más arriba, al hacerlo se incurrir en evidente pecado de utopismo. En realidad, las ciudades que ahora se cons-



truyen son ciudades de tipo transitorio, que tienen todavía muchos rasgos de la ciudad capitalista, pero en los cuales aparecen muy atenuados los aspectos negativos de esta última.

### La ciudad nueva

En la ciudad capitalista, las fábricas, las casas, todo se construye según el capricho individual, de un modo irracional. En la ciudad nueva el emplazamiento de las fábricas debe obedecer a un plan, los establecimientos que estén relacionados entre sí por las necesidades de la producción deben constituir un sistema único, al cual debe ser adaptado asimismo el transporte. De acuerdo con este tipo se construyen ya en la U. R. S. S. los nuevos grandes centros industriales Magnitogorsk, Stalingrad, Dnieprostroi, etc. Anexos a esos centros deben existir institutos de investigación, de instrucción, de preparación profesional y técnica. La idea fundamental debe consistir en la unión del trabajo fabril con el agrícola: industrialización y mecanización del campo, construcción de grandes parques y jardines, creación de grandes haciendas agrícolas (*sovjosi*) en los alrededores que suministren el alimento a la ciudad, fundación de casas de descanso con huertos adyacentes a las cuales se puedan dedicar las horas libres, utilización de los obreros de la ciudad en las faenas agrícolas en los períodos de trabajo intensivo, etc., etc.

En la construcción de las casas se tiende a satisfacer sobre todo no las necesidades individuales, sino las colectivas. Hay que emancipar a la mujer, incorporada, por otra parte, a la actividad productiva y a la vida política y social, de las preocupaciones y trabajos de carácter doméstico mediante la creación de comedores y lavanderías colectivos, de jardines de la infancia, de casas-cuna, casas de niños, etcétera, etcétera. En las nuevas ciudades ocupan un gran lugar los edificios públicos y las instituciones de carácter cultural, tales como bibliotecas, escuelas, institutos, salas de lectura y de conciertos, teatros, etc., etc.

La ciudad que, en su conjunto, debe obedecer a un plan meditado, será mucho menos heterogénea que la capitalista. Por

razones de economía, es natural que se prefiera un tipo *standart*; pero, así y todo, se tiende —o debe tenderse— a evitar una uniformidad excesiva, que redundaría en perjuicio de la estética. Esto se puede conseguir standardizando no los edificios, sino las piezas de los mismos.

Acerca el tipo de casas a edificar existen grandes divergencias de opinión. Unos se inclinan por las casas de uno o dos pisos, dispuestas en forma de ciudad-jardín, sistema al cual se puede hacer una objeción seria: la de que rinde tributo al sentimiento individualista y constituye, por consiguiente, un gran obstáculo al desarrollo del espíritu colectivista. Otros proponen la construcción de grandes casas, separadas de las fábricas por árboles y jardines, con los departamentos estrictamente necesarios para el uso personal y gran número de dependencias de carácter colectivo: salas de reunión, de conversación y de lectura, comedores, bibliotecas, etc. Hay quien propone también la edificación no de casas separadas, sino de bloques inmensos, con un patio central convertido en plaza o jardín, que sea el punto de concentración de grandes masas proletarias. Cada uno de esos bloques, que estarían separados por jardines entre sí, albergaría de dos a tres mil personas.

Finalmente, merece ser registrada la iniciativa de creación de ciudades agrarias, de acuerdo con un tipo que constituye una variedad del anterior. La ciudad se edificaría, a base igualmente de grandes bloques, en las inmediaciones de una hacienda agrícola del Estado (*sovjos*) o de una estación de tractores, a cuyo alrededor se establecerían empresas diversas destinadas principalmente a la transformación de los productos agrícolas. El ganado se instalaría en la periferia, con un número reducido de obreros, el estrictamente necesario, y la ciudad sería un centro de vida cultural intensa, con bibliotecas, escuelas, teatros, cines, hospitales, etc., etc.

Dentro estas tendencias generales hay una infinidad de variedades y matices cuya defensa y discusión ha provocado una literatura abundante e interesante. Pero todas esas tendencias, variedades y matices coinciden en aceptar unos principios generales, que pueden resumirse del modo siguiente:

a) Desde el punto de vista higiénico:



hay que garantizar la luz solar a todas las habitaciones; establecer un espacio de 75 a 100 metros entre las casas, las cuales deben estar separadas por árboles o campos; instalar los talleres y las instituciones sociales en edificios aparte.

b) Desde el punto de vista social: en la nueva ciudad de la época transitoria, la familia no existe como unidad económica, sino como un conjunto de individuos que se unen libremente para la vida común, sin menoscabo de la independencia de ninguno de ellos; la convivencia íntima se basa exclusivamente en la afinidad personal, no en las relaciones de propiedad; mientras no los tome la sociedad sobre sí, parte de los gastos por el sostenimiento y educación de los niños recae sobre los padres; se da a la vivienda el mínimo necesario, a fin de que el hombre deje de ser esclavo de sus cosas.

### El planeamiento de las nuevas ciudades

Para poner término a este estudio consideramos útil resumir los principios en que, según los principales tratadistas de la materia, debe inspirarse el planeamiento de las nuevas ciudades:

1. Es necesario enlazar las unidades de producción entre sí y con las líneas de transporte.

2. La zona habitada debe ser paralela a la de producción y estar separada de la misma por árboles o campos en una extensión mínima de quinientos metros.

3. Las vías férreas deben pasar más allá de la zona de producción, y la carretera entre aquélla y la zona habitada.

4. El territorio agrícola debe extenderse en las cercanías del punto habitado.

5. El territorio destinado a las instituciones secundarias y superiores de enseñanza técnica y agrícola debe estar situado en el territorio dedicado a la producción industrial o agrícola, con lo cual se garantiza la unión del trabajo con la enseñanza.

6. Los establecimientos sanitarios deben dividirse en dos grupos: dispensarios, instalados en la zona habitada, y hospitales, fuera de los límites del punto habitado, en el sitio más sano posible.

7. Las escuelas deben estar íntima-

mente relacionadas con las instituciones culturales (clubs, bibliotecas, etc.) y las fábricas.

8. Los servicios municipales deben instalarse en la zona de producción, así como los almacenes y depósitos.

Resumiendo, las distintas zonas de la ciudad nueva se dispondrán en el orden siguiente:

1. Territorio de las vías férreas.

2. Zona de los establecimientos de producción y de los servicios municipales, almacenes, depósitos e instituciones científicas y técnicas relacionadas con los mismos.

3. Zona de defensa (arboledas, campos) con una carretera.

4. Zona habitada, en la cual se dispondrán, a su vez:

- a) La zona de las instituciones de utilidad social (comedores, dispensarios, soviet, etc.).

- b) La zona de viviendas.

- c) La zona infantil (casas-cuna, jardines de la infancia, internados).

5. Zona de parques, con instituciones para el descanso, campos de deporte, piscinas, etc.

6. Zona de las haciendas agrícolas.

### Conclusión

He aquí trazado, a grandes líneas, el paralelo entre la ciudad capitalista, anárquica, caótica, construída en oposición fundamental con los intereses sociales, y la ciudad nueva que está surgiendo sobre los escombros del que fué uno de los países más atrasados de Europa. Sea el que sea el concepto que puedan merecer las exageraciones y los errores inevitables en una obra de tal magnitud, la inmensidad y la trascendencia del intento ha de merecer la simpatía o, por lo menos, el interés, de todos aquellos a quienes el egoísmo de clase no impide ver la bancarrota estrepitosa del capitalismo y la gigantesca significación histórica de la obra iniciada por el proletariado ruso en 1917 y continuada ardorosamente con heroica obstinación y sacrificios incalculables.

**Andrés Nin**



## Miguel Bakunin: Carta a su familia

(Continuación)

**P**ARA poder vivir, es preciso que uno se ayude a otro, de la misma manera que para enseñar, precisa haber estudiado antes: no se debe hablar sólo, sino conversar, que es más distraído; en amor ha de existir siempre el diálogo, pues son funestísimas las consecuencias del monólogo. En una palabra, ama a Lisa y respétala, para que ella, a su vez, te ame y te respete —Grüble nicht, aber deuke, liebe und hendle, das ist alles—. Que tus ocupaciones no sean solamente científicas: deben ser reales, exteriores y que lleven consigo el deber, el tedio y la lucha diaria; sed un hombre real sobre un terreno real, que tiene confianza en vuestra felicidad, en vuestras fuerzas redobladas por el amor, que tirando lejos de sí todas las dudas y todos los titubeos enfermizos, hijos de tu pasado ocioso, dejaste llevar, querido amigo, hacia la dulce costumbre de amar, obrar y vivir. También te aconsejo prestes la atención merecida a las cosas pequeñas y los pequeños detalles de la vida, que son de gran importancia en la economía doméstica, sobre todo al principio, pues entonces vuestra vida en común no tiene una forma concreta y modelada, y esta inconsistencia permitirá rectificaciones adecuadas; te aconsejo igualmente a que abandones los apocamientos y procures no hundirte en la poltronería, teniendo en cuenta también, que tus informes o tus posibilidades no lleguen a extremadas suspicacias, pues esto será origen de muchos contratiempos o desgracias que puedan ocurrirte, sabiendo disipar, si lo procuras, las nubecillas que pueden oscurecer tu felicidad conyugal; no te enfade el error producido por tu falta, y reconócelo, y si tiene la culpa ella, perdónala; después de todo tú no eres de cristal y algunos choques inevitables de toda vida en común no llegarán a herir a vosotros mis-

mos, ni a vuestra felicidad, ni a vuestro amor; al contrario, esto os enseñará a conocerlos y amarlos más intensamente. Hay cuestiones familiares cuyo entretenimiento diario hace molesto; por eso, es preferible algunas veces dar unos cachetes, que enojarse de continuo; pero cuando se quiere de veras, todo esto nutre el amor. Solamente entonces, para que cada cosa esté en su sitio, cuando el marido levante el brazo para pegar, la mujer debe poner en juego sus uñas, y por cada golpe recibido, responder con un arañazo, según los principios de la comunidad; las uñas son la expresión natural de la gracia femenina, como los puños, de la inteligencia masculina, y se complementan una a la otra. Tal es la ley equitativa y suprema del matrimonio, en ternura como en cólera, y en golpes como en caricias. Ved que soy consecuente con mi teoría conyugal, y como se va adaptando bien en todas las circunstancias de la vida. No os enfadéis por mucho tiempo, que vuestros enfados sean pasajeros, queridos amigos, y siguiendo fielmente el precepto del Evangelio que prescribe el no acostarse sin antes no haber descargado el corazón de todos los agravios, y aunque sintáis ganas de cogerlos de los cabellos, de palabra o de obra, debéis procurar que esto no sea más que una fantasía matrimonial, sin visos de realidad, pues os queréis demasiado para que pueda temerse una colisión solamente; después de haberos enfadado, reíos, niños míos, porque la alegría es la última palabra de la suprema sabiduría. Perdona, querido hermano, este largo sermón, pues no era mi intención hacértelo, sino dar respuesta a tus palabras sobre el estado presente de tu alma, y sin querer he terminado, no sé cómo, por escribir todo un tratado; si mis razonamientos son justos, no son resultado de mi mayor sabiduría, sino que se razona mejor sobre la posición de otro que sobre la propia. Entre dar bue-

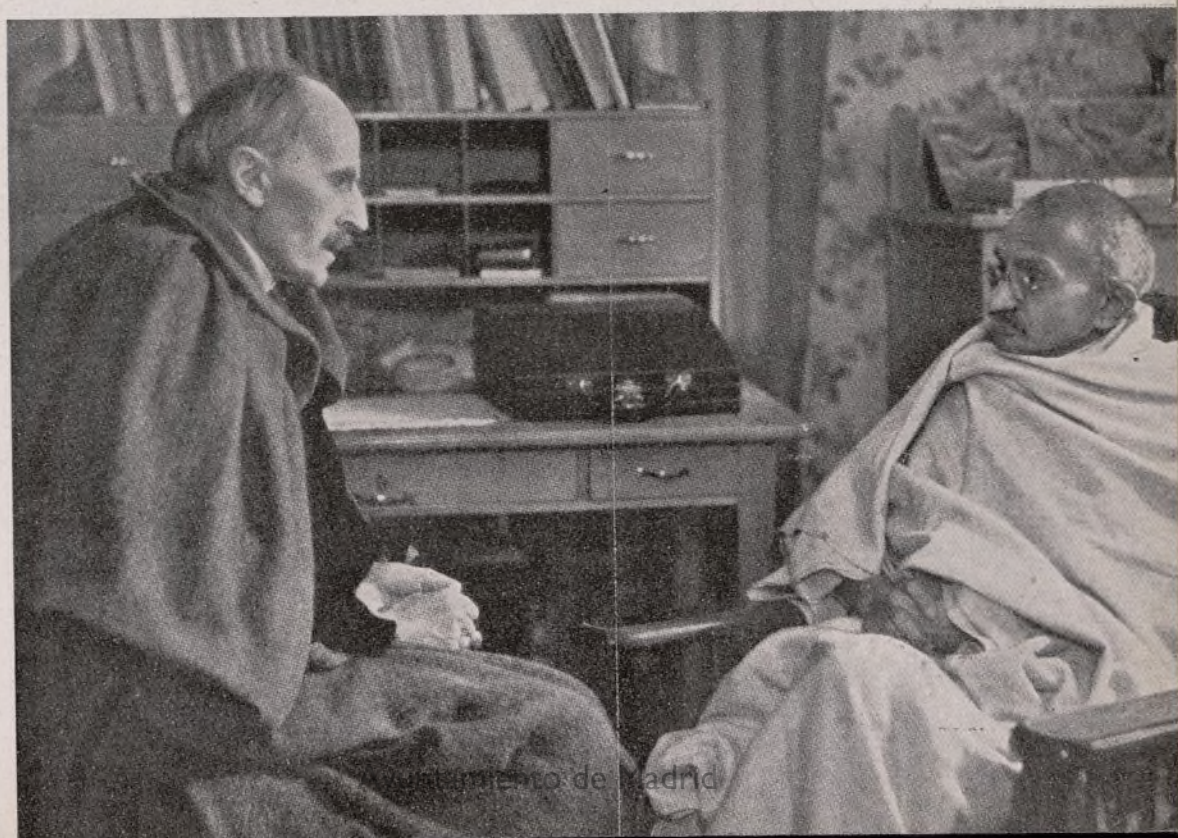
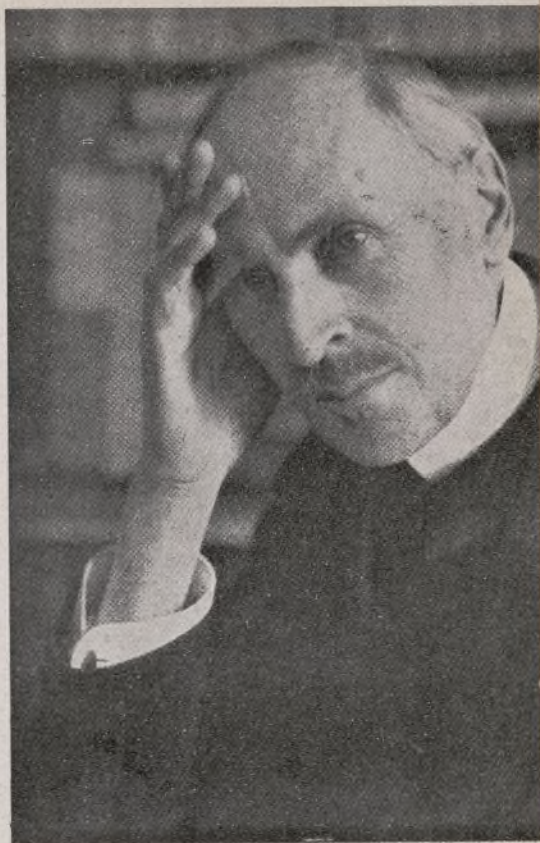


# Romain Rolland

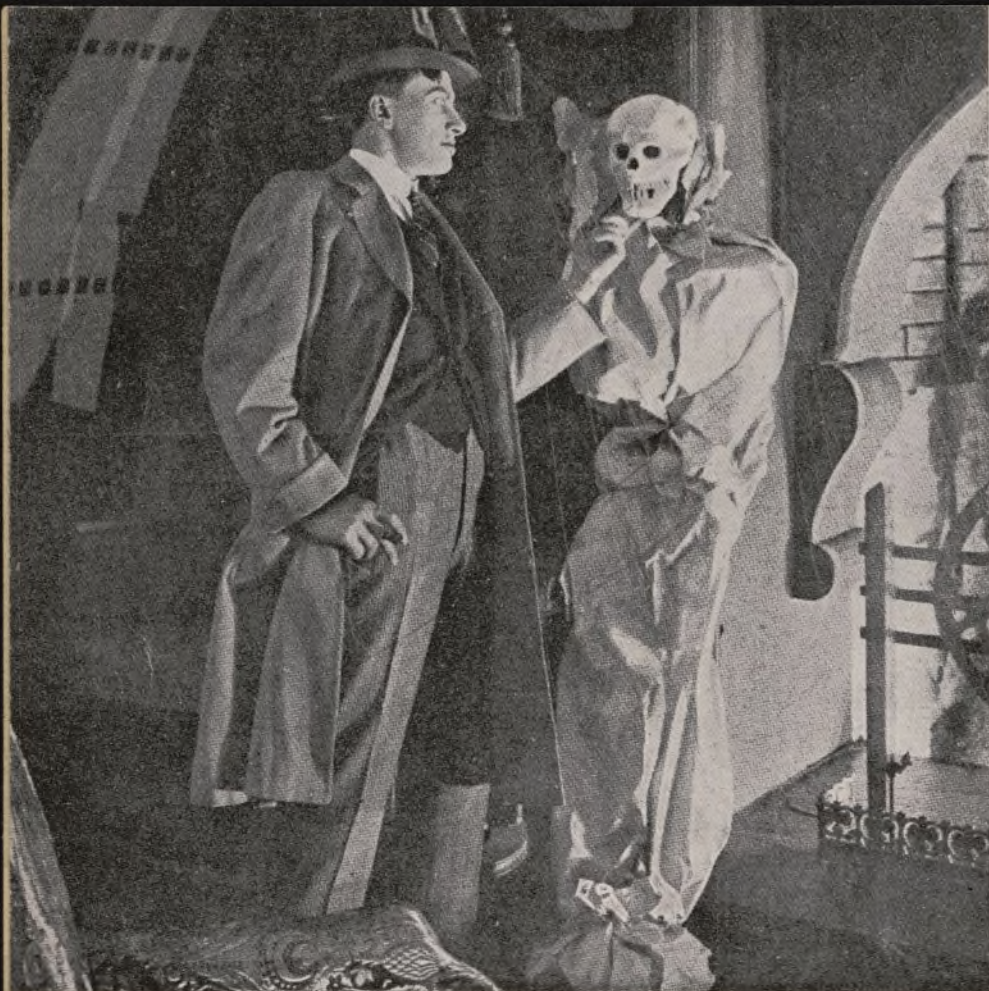
que asume el glorioso  
papel de defensor de la  
revolución proletaria



**Romain Rolland y Mahatma Gandhi,**  
en su entrevista en Villeneuve (Suiza),  
Diciembre 1931







## W. Mayakovsky

Con su suicidio (14 de abril de 1930) se perdió uno de los más grandes poetas de masas, del pueblo, a cuyo servicio consagró vida y obra. Con él llegaron los dechados del arte nuevo y auténticamente humano.

Existía algo de «corderismo» a lo largo de todo el arte ruso, que los nuevos, Mayakovsky más que nadie, convirtieron —alguien diría en piel de león— en piel de hombre. Primero, hombres. El nuevo arte, es un arte sin calzoncillos, pero con suspensorios.

Su testamento lírico fué el siguiente:

«No se culpe a nadie de mi muerte. Sin comentarios. Es cosa que horroriza a los muertos.

Mamá, hermanas, camaradas, perdonadme; esto no es un medio (no lo aconsejo a nadie), pero no tengo otra salida.

Lili, quíereme.

Camarada Gobierno, mi familia se compone de: Lili, Brik, mamá, mis hermanas y Verónica Vitoldovna Pallouskaia.

Si les haces la vida posible, gracias.

Los poemas empezados, dadlos a los Brik. Buscadlos. «Esto ha terminado.»

La barquilla del amor

se estrelló contra la corriente

Me desembarazo de la vida

Inútil pasar revista

a los dolores,

a las desgracias

y a las injusticias.

Sed felices.

W. Mayakovsky

Camaradas Vappovtsi,

no me llaméis villano.

Seramente, no hay nada a hacer.

Salud.

Decid a Ermilov que es lástima el haber abandonado la orden, sin vencer.

W. M.

En mi mesa hay dos mil rublos, con lo que pagaréis los impuestos. El exceso lo recibiréis de G. I. Z.

W. M.»



nos consejos y aplicárselos uno mismo, hay, como tú sabes, un abismo, y por esta causa, la crítica fácil y el arte difícil; lía, por ejemplo, me escribe, que eres exclusivo y que todas tus convicciones son falsas; puede que tenga razón, pero yo estoy seguro de que si se encontrara en tu situación —como el oficial (en la novela de Gogol), que una vieja tía había casado de una manera tan inesperada— quedaría suspenso y escaparía lejos de su mujer hasta el campanario. Una vez más, te pido perdón por esta larga plática, que es la de un naufrago: nunca se sabe mejor lo que los otros deben hacer que cuando ha hecho uno mismo todo lo contrario de lo que debía haber hecho. Te doy las gracias, mi buen Alejandro, por la confianza con que me hablas de ti, pues es una gran prueba de amistad que te agradezco con todo mi corazón. ¡Sé, pues, feliz por tu buenaventura!

Me alegra te decidas a ocuparte de economía rural, con Nicolás; pues sin hablar de las ventajas que resultarán de tal cooperación de fuerzas, para la familia entera, estoy seguro de que has de encontrar en la vida rural y en las ocupaciones de ella derivadas plena satisfacción a las exigencias de tu espíritu, de tu voluntad y de tu corazón.

En Europa occidental, la agricultura ha dejado de ser una simple rutina para colocarse al lado de las ciencias serias y positivas; su derecho a esta denominación y a este rango está comprobado por una serie de aplicaciones y confirmado de una medida incontestable por los efectos y mejoras en todas las teorías y empresas económicas; nada hay más sabio; la tierra, como la industria, produce según las leyes invariables, físicas, químicas y orgánicas, descubrimiento que produce necesariamente una bienhechora influencia sobre la economía rural. La agricultura sola, en las extensas aplicaciones de los nuevos descubrimientos, no ha podido durante mucho tiempo ir a la paz con la industria por dos razones: primera, porque la industria, desde el principio, promete un beneficio importante e inmediato que hace que los espíritus y los capitales se dirijan exclusivamente hacia ella hasta que la concurrencia establezca el orden; segunda, porque el agricultor vive completamente identificado con la tierra; porque el agricultor, digo yo,

quiere marchar lentamente, paso a paso, y sin impacencias. Cada cultivador es un conservador amante de los tiempos viejos, reacio a las novedades y a los peligros, necesitando de pruebas indubitables, que «hagan abrir los ojos» para decidirse a una innovación cualquiera. Por todo esto, a pesar de los grandes progresos de los últimos tiempos, la agricultura se encuentra todavía en la infancia, con relación a las otras ciencias económicas; en Rusia, más que en ninguna parte. El estudio teórico de esta ciencia, que comprende otras más, te dará con seguridad, mil veces más de conocimientos eficaces, vivificantes y reconfortables, que toda la filosofía alemana junta, cuya última palabra, como la última palabra de la metafísica, es la pregunta de Montaigne: «¿Qué sé yo?». Pero la teoría sola no es suficiente, lo más importante y de mayores dificultades, es la aplicación. Yo recuerdo que ha habido en Rusia, desde mi tiempo, muchos innovadores agrícolas que fracasaron; esto no es una prueba contraria a la teoría misma, pero sí contra los conocimientos superficiales (nada causa tanto daño como esto) y lo que peor aún, la falta de buen sentido en las llamadas explotaciones racionales.

Estoy seguro que no existe verdad teórica que no sea aplicada por todos y siempre; pero los medios de aplicarla son infinitamente diferentes, como son diferentes el clima, la tierra, los recursos, las circunstancias, y, ante todo, el carácter, los hábitos, el grado de instrucción, y hasta los prejuicios de los campesinos, sin cuya buena voluntad es imposible todo progreso. Ninguna teoría puede revelarlos los medios, pues los conocimientos se adquieren solamente a fuerza de largas reflexiones, ayudadas por el buen sentido, de la experiencia, del tacto, del conocimiento práctico de las gentes, en una palabra, por una vida inteligente y real en un mundo real. Si fueras solo, yo, por nada del mundo te hubiera propuesto el que fueras un reformador económico; me parece que andas muy enamorado de la teoría, debido a que tú hubieras podido cometer ya muchas tonterías que te hubieran arruinado completamente, como yo me he arruinado en otros menesteres. Pero al lado tuyo está nuestro hermano Nicolás, a quien no podrás tan fácilmente hacerle caminar derecho, pues te escuchará sonriendo siempre y no se



moverá antes de estar completamente convencido; de esta manera tu fuerza teórica encontrará en él un límite razonable en su buen sentido y negligencia práctica. Además, afortunadamente vives al lado de nuestro buen e inteligente padre, cuyos consejos expertos no caerán en saco roto, como cayeron conmigo. Esto te aligerará de lastre teórico y hará más fructíferos tus conocimientos. Has de tener en cuenta que la economía rural está íntima e inseparablemente unida a una obra más grandiosa y santa: la del bienestar de los campesinos. La gran propiedad impone, por lo tanto, la obligación sagrada de cuidarse de los heredados, y en ninguna otra parte tan preciso como en Rusia, donde el propietario, al ser dueño de la tierra, es dueño igualmente, en parte, de la libertad de los que la trabajan, y pienso que en el espíritu mismo de nuestras instituciones este privilegio no debe ser considerado ni como una sinecure ni como mina de explotación, más bien como función pública o como una especie de sacerdocio político y moral, casi religioso, que el Gobierno confía temporalmente a los propietarios nobles, más como deber que como derecho —un deber que, desgraciadamente, pocos señores cumplen con honestidad y conciencia. En la mayor parte de las negociaciones con los campesinos, el propietario noble, es, a la vez, juez y parte interesada, juzgando sin apelación y obligando a cumplir la condena; es una posición difícil en extremo y delicadísima, que exige honestidad y alto concepto de la justicia en el propietario; pero cuando hay buena voluntad y se es sincero, esta posición le permite hacer mucho bien; se necesita tesón para las cosas que presenten dificultades, y voluntad, para no dejar sin efecto lo que se presente más fácil. La tarea está llena de dificultades, lo sé; y la primera es la colisión frecuente entre los intereses del señor y los de los campesinos; pero sin llegar al donquijotismo, siempre de mal efecto, yo creo que el propietario debe muchas veces imponerse algún sacrificio, pues su posición exclusiva concedida por los derechos inherentes a su señorío le impone este deber

sagrado que cumplir, pues siempre le beneficiará, pues lo que pierda en censos lo ganará de buena voluntad y ésta terminará siempre por ampliarle los censos; nadie más que los ignorantes y las gentes mal intencionadas podrán negar aún que el bienestar y el contento de los campesinos no sea una condición esencial para la prosperidad del señor. La segunda dificultad es la desconfianza natural de los campesinos, sus opiniones, su ignorancia, el fanatismo de sus prejuicios. La desconfianza, parece que sea una cualidad inherente a todos los campesinos de la tierra; la tienen los de Francia, los de Bélgica, los de Suiza, los de Rusia. Todos los campesinos son astutos, tercos, reconcentrados en sí mismos, siempre recelando que van a ser engañados, debido a que ellos se sirven siempre del engaño, necesitando siempre de las pruebas, de los ensayos abundantes, y siempre *a posteriori*, para convencerles, pero una vez convencidos, aunque lentos en la marcha, se deciden a andar. Para proporcionarles un bien real a los campesinos no es necesario atropellar sus sentimientos y sus prejuicios, sino encauzarlos, y para combatirlos hay que tomarlos como punto de partida y de apoyo. Es necesario buscar en su misma naturaleza y en sus hábitos mismos el medio para convencerles y hacer avanzar en línea progresiva. Te propongo, como ves, el método socrático y la dialéctica de Platón, simplificado todo y puesto en acción. Creo que en todo hombre, por poco instruido que sea, se encuentran puntos por donde poder asirlo. No hay más que descubrirselos. Es un método un poco lento y que exige muchísima persistencia, aplicación, y, más que todo, amor. Con la violencia, con medidas violentas, se economiza tiempo, pero yo prefiero la mía, pues es menos violenta y brutal, tiene mayor dignidad y se funda sobre la persuasión y la buena voluntad de aquellos sobre quienes se aplica para beneficiarles, teniendo por resultado una seguridad y perdurabilidad más grande.

(Continuará.)



# El Estado os conquistará a vosotros

## La suerte está echada

**L**AS instituciones sociales, como los seres vivos, tienen un límite a su integración y perfeccionamiento, pasado el cual, declinan, envejecen y mueren.

Es un imperativo de evolución, que una institución desaparezca cuando ha cumplido su misión histórica y cuando se convierte en obstáculo del progreso intelectual y moral del hombre.

El progreso en la mecánica es incompatible con el capitalismo, porque aumenta en proporción creciente la desocupación.

El despertar de la conciencia humana es incompatible con el Estado, que la sojuzga y la tiraniza.

Tanto el Estado como el capitalismo han cumplido ya su papel en la evolución humana, a la que en algún tiempo han acuciado, pero que hoy pretenden estancar, sacrificando el hombre a la institución y no la institución al hombre.

Un postulado de justicia social, tan elemental como el de que todo ser vivo tiene derecho a aquello que precisa para vivir, choca abiertamente con el capitalismo, que niega este derecho a unos cuantos millones de hombres.

Y el derecho inmanente de cada individuo a disponer libremente de sí mismo, y a superar su personalidad, está en pugna manifiesta con el Estado, que muestra una tendencia creciente a ordenarlo y fiscalizarlo todo.

Cuando el Estado fué la extensión de la autoridad paternal, y el súbdito, conformado a la sumisión, demandaba y acataba el Poder, cumplió un papel evolutivo. Pero, desde que pretendió eternizarse y crecer a costa del despojo del pueblo, y organizó la violencia, y legalizó el robo, y monopolizó la razón, se convirtió el Estado en fuerza retardataria, refrenadora, enemiga del progreso humano. Y hoy, que se enfrenta descaradamente contra el sentimiento de libertad, más despierto cada vez, está condenado a muerte pronta e

ineludible. Se aferra desesperadamente a la violencia, aumenta sus defensores armados y adopta formas dictatoriales y cesáreas, torciendo de golpe su proceso histórico que le conducía hacia formas mitigadas y democráticas.

## El mal radica en las instituciones

Todos estamos conformes en execrar la inmoralidad de la sociedad. Es tanta, que a todos nos alcanzan sus salpicaduras. Pero entre los delitos que se imputan a los individuos, mereciendo la execración pública, la intervención de la justicia, la condena en el presidio, o la muerte expeditiva por los asalariados defensores del orden, no hay ninguno capaz de equipararse en monstruosidad, ni en refinamiento, ni en acumulación de dolor con los que producen las instituciones ante la más acorchada insensibilidad pública. El reguero de hambre y enfermedad del paro forzoso, y la siembra de dolor que causan los excesos de Poder de los que mandan; encarcelamientos, crímenes, robos despojos, torturas, ultrajes a la libertad, todos impunes, y en número que supera el de la delincuencia individual, a la que la Ciencia y el humanitarismo absolvería en el 90 % de los casos.

No hay que culpar al burgués de su insensibilidad para explotar el trabajo, de su crueldad para condenar a sus obreros al hambre, ni de los turbios procedimientos que emplea para acrecentar su capital.

No hay que culpar tampoco al hombre investido de autoridad, de su insensibilidad ante el dolor que causa, ni de su crueldad refinada al amparar los atropellos contra la libertad y la vida de los ciudadanos.

El mal no está en los individuos, sino en el sistema, en la institución a cuyo servicio se consagran. Todo individuo, aun el más bondadoso, puesto en posesión del capital o de la propiedad, será modelado



por el sistema, sordo y ciego ante el dolor que le rodea. Todo individuo, aun el más justo y generoso, investido de Poder, pisoteará friamente la libertad y la vida humana en cuanto se oponga a la seguridad de la institución a que sirve. El origen del dolor social que nos subleva está en las instituciones, sean cualesquiera los hombres que las regenten o las dirijan. El dinero y el poder son filtros diabólicos que hacen del hombre, no el hermano, sino el lobo del hombre, su más rabioso y enconado enemigo.

Todo lo que no sea dirigirse a la destrucción de estas instituciones, enemigas de la evolución y del progreso humano, pisoteadoras del derecho a la vida y del derecho a la libertad, es andarse por las ramas. Dentro de cualquiera de ellas, la cuestión social es irresoluble, un círculo vicioso del que es imposible evadirse.

### Pan y libertad

Tiene el hombre dos clases de aspiraciones, dos suertes de afanes a cuál más pujante: la satisfacción de necesidades materiales y la aspiración a la libertad. Siglos y siglos de educarle para la sumisión, en el hogar, en la escuela, en el cuartel, en la vida ciudadana, no han conseguido ahogar este sentimiento profundamente arraigado, que crece a medida que el hombre adquiere conciencia de su dignidad, y a medida que lo cultiva en su espíritu.

El sentimiento de independencia, la aspiración a disponer uno de sí mismo, es un instinto arraigado en nosotros, acaso más que en otros pueblos, que nos hace preferir la miseria a la esclavitud, y la vida libre a los regalos de otra disciplinada. Ese sentimiento nos hace preferir la calle, con la incertidumbre del mañana y el pan escaso y la vivienda mala, al rancho y la celda de la cárcel, o del cuartel. Por la libertad, renuncia el mendigo el yantar seguro del asilo, y desafía las inclemencias de todos los climas errando por los caminos.

Sin pan, no podemos vivir; pero, sin libertad, el pan sabe amargo, como amasado con hiel.

La solución del problema social exige, ante todo, asegurar a todos la satisfacción

de las necesidades materiales; pero ha de hacerse sin hacerles perder, a cambio, su libertad; en comunismo libertario, y no en comunismo dictatorial, que deja subsistentes todas las lacras de la institución estatal y ha de despertar, por lo tanto, la rebeldía de todos los espíritus libres.

### Capital y Estado, «voilà l'enemi!»

Nuestro odio no va contra los burgueses ni contra las autoridades, sino contra las instituciones. Reducidos a hombres llanos como los demás, podemos brindarles nuestra fraternidad, ofrecerles nuestra camaradería. Hemos de combatir la peste, sin necesidad de matar al apestado. Queremos destruir la propiedad, el capital y el Poder, retornando las cosas a su punto originario, ya que todo lo que uno tenga de más, otros lo han de tener de menos. Y la fraternidad es imposible si los bienes colectivos no son disfrutados por todos, ni si dejan de ser comunes, para hacerse de apropiación privada.

Las instituciones sociales son obra del hombre, son resultado de su evolución histórica más o menos artificiosa, pero, a poco de nacer, se convirtieron en influencia modeladora, en molde deformador de la naturaleza humana, pasando, de efecto del modo de ser del hombre, a causa de su modo nuevo de obrar.

Más poderosos que la bondad, la honradez y la buena intención de un individuo, el capital y el Estado, hacen naufragar en su vorágine las mejores arboladuras, las individualidades de más recio temple.

Dos hombres, Marx y Bakunine, presiden la actual división en el movimiento emancipador del proletariado. Marx, con un mamotreto científico, especie de nueva biblia, *El Capital*; y esta consigna: Conquistar el Estado, para destruir el capital. Bakunine, proponiendo la lucha contra las dos instituciones, nos legó esta frase, que hoy tiene sabor de profecía: «El Estado os conquistará a vosotros.»

**Isaac Puente**





Darwin

El texto de la carta de Darwin a Marx, que reproducimos aquí, fué comunicado por el Instituto Marx-Engels, de Moscú, al periódico berlinés Rote Aufbau (Cultura Roja).

Darwin responde aquí al ruego que le había hecho Marx para que leyera las pruebas de la edición inglesa de El Capital, en los pasajes en que Marx se refería a la doctrina de la evolución de Darwin. Ya siete años antes, en una carta del primero de octubre de 1873, Darwin había dado las gracias a Marx por el envío de un ejemplar de la traducción francesa del primer tomo de El Capital.

La carta que publicamos desmiente la hipótesis, sustentada por algunos, de una conversión de Darwin al cristianismo en los últimos tiempos de su vida. La declaración de Darwin, diciendo que quería evitar ataques indirectos contra la religión, entre otras causas, por no causar molestias a ciertos miembros de su familia, recalca por el contrario el hecho de que siguió ateo hasta sus últimos momentos.

En cuanto a Marx, el ofrecimiento que hace de dedicar a Darwin la edición inglesa de El Capital —primer tomo— confirma la profunda admiración que sentía por el naturalista inglés, cuya obra escribe en el mismo Capital, ha hecho época. Casi al mismo tiempo, Engels tomaba la defensa de Darwin contra los ataques de Dühring.

Por lo tanto, hay que observar que si Marx y Engels saludaron la doctrina darwiniana de la evolución, como una confirmación y un apoyo luminoso para su concepción dialéctica de la vida y la Naturaleza, rechazaron las interpretaciones arbitrarias. Así, en una carta a Kugelmann, Marx escribirá contra Lange: «El señor Lange ha hecho un descubrimiento. Toda la historia debe estar subordinada a

## Una carta inédita de Darwin a Marx

una sola gran ley de la Naturaleza. Esta ley de la Naturaleza es la frase (la expresión de Darwin empleada así se convierte en una simple frase): «Struggle for life», la lucha por la existencia; y el contenido de esta frase es la ley malthusiana de la población, o, más bien, de la superpoblación. En lugar, pues, de analizar la «struggle for life» tal como se manifiesta históricamente en las diversas formas sociales determinadas, es suficiente convertir cada lucha concreta en la frase «struggle for life», y esta misma frase, en la fantasía malthusiana de la población.»

«Estimado señor: Mucho le agradezco su amable carta y su anexo. La publicación de sus observaciones con referencia a mis escritos, bajo cualquier forma que sea, no tiene verdaderamente necesidad de mi aprobación y sería ridículo por mi parte dar mi autorización en un caso en que no es necesaria.

Preferiría que la parte o el tomo no me fuera dedicado (aunque le agradezco el honor que con ello quería hacerme) porque ello implicaría en cierta forma mi aprobación para la obra entera, que desconozco.

Soy vivamente partidario de la libertad de opinión en todas las cuestiones. Me parece, por lo tanto (equivocado o con razón), que los argumentos directos contra el cristianismo y el ateísmo apenas ejercen influencia sobre el público y la libertad del pensamiento va mejor servida con la educación progresiva del espíritu humano resultante de los progresos de la Ciencia. Por este motivo, evité siempre escribir sobre la Religión, y me he limitado a la Ciencia. Es posible que al obrar de esta manera me haya dejado influenciar demasiado fuertemente por la idea de las molestias que reproducirían, para algunos miembros de mi familia, por el apoyo que yo prestaría, de cualquier manera que fuera, a los ataques directos contra la Religión.

Me contraría oponer una negativa a su demanda, pero soy viejo y débil, y la lectura de pruebas (lo sé por la experiencia que hago actualmente) me fatiga demasiado.

Quedo, estimado señor, fielmente suyo,

**Ch. Darwin.**



# Teodoro Dreiser, habla de la situación actual de los Estados Unidos

La literatura norteamericana, la que llena magazines de un puritanismo hipócrita, la que prodiga capitosos informes sexuales, la que exalta al self-made man, la de los esteticistas Wilder o Hergesheimer, preocupados aún por las concepciones del arte por el arte, no tiene relación alguna, con los que nos han revelado según el consejo de Andrés Maurois de que «para formarse una idea de América el método mejor consiste en recurrir a sus novelistas», la verdadera fisonomía de este país, un poco ignorado por Europa que guiñaba los ojos, ante estos parvenus de las letras y de la industria. Los présbitas del intelectualismo seudoburgués, han necesitado de un segundo descubrimiento de América, para comprender y recibir el rudo encontronazo de los escritores proletarios, como John Reed, Michael Gold, Jack London, Edith Summers Kelly, Edgar Lee Masters, Sinclair Lewis, Upton Sinclair, Schowood Lewisohn, John Dos Passos, Ernest Hemingway, Luis Bromfield, Claudio Mc. Kay y Teodoro Dreiser.

Dreiser, «el profeta de América», nació en la Indiana, en 1871, de padres germanoholandeses. Publicó su primera novela, *Sister Carrie*, a los veintinueve años. En sus novelas *El financiero*, *El titán*, *Jenny Gerhardt*, pinta al desnudo la América de finales del siglo pasado y comienzos del presente, broma que nunca le perdonará el elemento oficial de su nación, por su rudeza y exacta exposición. Pero, para los norteamericanos cultos, es peor enemigo Sinclair Lewis, «el tractor sistemático».

El crítico H. L. Menckén, ha dicho que Dreiser domina el paisaje literario de la U. S. A. «como una cima solitaria y majestuosa».

Si la literatura americana disfruta de una escandalosa libertad, se debe a él, que se ha esforzado para abatir la hipocresía tradicional de su país. El autor de *Una tragedia americana* está destinado a representar un gran papel, profético y clarividente, entre las sombras que entenebrece las tierras del dólar.

M. A.

**E**L capitalismo, ha fallado en América. Su equilibrio económico está deshecho. Estoy convencido de que la «equidad en el consumo» no existe entre nosotros. América es aún capaz de producir, pero, la contra de su falta de dinero le impide tener la capacidad adquisitiva necesaria a su producción. De otra manera dicho, la nación puede producir y crear riqueza, que se ha de ver fuera del uso o empleo. Otra quiebra importante es que sus ricos, son demasiado ricos. Se pueden permitir, todavía, el lujo ostensible de edificar rascacielos, que, en desproporción con las necesidades limitadas de la hora presente, constituyen, más que un bien, en espantable despilfarro. Se construyen fábricas gigantescas que producen objetos de primera necesidad, y hasta de lujo, en cantidades suficientes para inundar el mundo entero.

Pero el mundo, empobrecido, no puede comprar.

Todos los países están rebosantes de

producción, se ven ahogados por lo que es ya una superproducción, y se atrincheran detrás de sus barreras aduaneras. En mi país, se asiste al espectáculo extraño y desmoralizador de ver un rascacielos de cien pisos, cuyas tres cuartas partes están desalquiladas y vacías; muchísimas fábricas funcionando con lentitud; puertos de depósito repletos de mercancías, que no encuentran quien pueda retirarlas. Y, la gran masa de parados que cada día adquiere mayores proporciones. Ayer eran ocho millones. Hoy, diez. ¿Mañana?...

Creo firmemente que esta crítica situación podría resolverse con la transformación radical de nuestra vida económica, que es el único medio de restablecer el equilibrio. Llamo equilibrio a la igualdad para todos en el consumo de los productos manufacturados y de la tierra, y no para de aquí diez, veinte o cincuenta años, sino para enseguida.

Estoy completamente de acuerdo de que

Ayuntamiento de Madrid



se necesitaría una fuerte autoridad central, para llevar a cabo esto. Sería un comité supremo, una especie de comité compuesto de expertos y técnicos, que estaría encargado de regular la producción y la distribución de los productos, bajo la vigilancia constante del público. Pues precisa velar con extremado celo, para que las equivocaciones de otras épocas, no puedan llegar a reproducirse. Este directorio debería ser, siguiendo la fuerte expresión de Lincoln, «del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». Sin hipocresía. Sin esta condición, la reconstrucción y el respeto por esta reconstrucción no existirá. Se percibe, en nuestro país, después de la prohibición sobre todo, un fuerte menosprecio por la ley.

Preconizo una especie de dictadura cooperativa, cuyo Comité ejecutivo tiene muchas analogías con el Comité Central Comunista, de Moscú. Podía estar compuesto, este Comité, por americanos de uno y otro sexo (si es que existe esta diferencia) que tengan estudiados seriamente los males sociales y económicos que abruman hoy a nuestro país. Los organismos que solamente estén al servicio de *trusts*, monopolios y carteles, como sucede con las oligarquías actuales, se afanan fatalmente en servir a sus intereses personalísimos con detrimento del resto de la Humanidad. El directorio que he anunciado sería el defensor de la mayoría y el regulador imparcial de la economía social. Partiendo del principio de que el capitalismo ha fracasado, precisa ensayar el capitalismo del Estado, adaptándolo a las necesidades de América, a la mentalidad americana, a las necesidades particulares de nuestro pueblo.

Cuando el pueblo esté abrumado y acibillado por los impuestos —el único recurso de que disponen los Gobiernos para procurar recursos— vendrá la revolución. El país no tendrá la madurez, la sazón necesaria, pero está en agraz... Aún no ha sufrido mucho... No están todos parados, sin casa, hambrientos... Pero que la crisis dure todavía un año, dos años —y no veo la razón de que no dure indefinidamente—, pues no se trata propiamente hablando de una crisis, es decir, de una cosa patológica pasajera, es, más bien, el síntoma indiscutible de la decadencia del régimen... Que dure más de dos años, y se verá que no se contentarán con patalear, expresando

vagas esperanzas... Son necesarios los planes cíclicos, la unión, la previsión, la libertad, la desconfianza en lo imprevisto, en el azar, pues, de lo contrario, habrá suficiente valor para derribar lo carcomido. Vendrá la ruptura. ¿Qué significa esto, si una nación más próspera puede renacer de las ruinas? El Gobierno, no cederá más que delante de la voluntad incontenible del pueblo. Ahora bien, es imposible que un pueblo tan numeroso, tan instruído, tan enérgico como el pueblo americano, se deje engañar más tiempo por las chuldrinas de sus políticos y de sus plutócratas.

Sería posible la provocación de una guerra, para detener la revolución, pues el imperialismo no duraría. Todos los imperialistas han tomado sus posiciones y defienden sus intereses de tal manera que llegan a la provocación. Pueden hacerla con impunidad, en Haití y Nicaragua, por ejemplo, no vacilando en el empleo de las fuerzas armadas de la nación, esas fuerzas que cuestan tanto dinero. Tampoco les disgustaría una guerra entre países más lejanos, un conflicto entre Japón y Rusia, que serviría para darle un nuevo empuje a la industria y a la agricultura. No negaría yo de que se estuviera, bajo mano, trabajando para suscitar tal conflicto. Pues esto sería un obstáculo que disiparía los peligros que amenazan a nuestra oligarquía. La guerra traería un retraso de cincuenta años en la obra de reconstrucción social y económica, preconizada por todos los buenos espíritus.

«Tiene usted razón. Es el peligro más actual que nos amenaza en esta hora. Es necesario que nuestro imperialismo se vea en la imposibilidad de fomentar la guerra entre las otras naciones.»

En mi obra *América trágica* reproduzco algunos párrafos del coronel Henry W. Anderson, que expresan algo de lo que es el pueblo americano.

«El ha creado la diferencia más ostensible que existe en el mundo entero, entre la extrema riqueza y la pobreza más extremada. Ha conquistado muchas fuerzas de la Naturaleza, pero ha organizado y desarrollado su sistema industrial de tal manera que ha podido hacer del hombre un simple engranaje de una máquina ciega...»

**Teodoro Dreiser**





Saludo al «duce» en las escuelas fascistas.

*Bajo el imperativo de estas tres palabras se forman las milicias fascistas infantiles.*

**C**ONSIDERANDO Mussolini que un millón de adeptos armados hasta los dientes, que detentan todos los Poderes públicos, son más que suficiente para dominar Italia, ha decidido no admitir en las filas de sus milicias más que a sus partidarios capaces del sacrificio integralmente puros y dispuestos a ser fascistas antes que hombres. Estos hombres no existen aún, pero él los fabrica, pues para el «duce» nada hay imposible. ¿Se necesitan? ¡Los habrá! Y los hace, los fabrica, adiestrándolos maravillosamente. Yo he podido ver algunos de estos productos. *Avanguardisti y Balillas*: muchachos de doce, quince y dieciocho años, perfectamente sanos de espíritu, aparentemente. Les he hablado de Mussolini, porque nada más le interesa y sus pensamientos gozan en torno de fascio y del «duce». Le veneran como a un dios y le admiran como a un héroe. Todos viven con la misma esperanza: «ser distinguidos un día por él».

Existen actualmente en Italia cerca de dos millones de niños atacados de esta vesania (1.000.000 de «balillas», 800.000 «avanguardisti»), sin tener en cuenta que las mujeres tienen una asociación femenina de «Jóvenes italianas», que dispone de unos 700.000 miembros.

## Lo que son los «balillas»

# Creer, obedecer, luchar

## El niño soldado

El noviciado dura trece años.

El niño, a los ocho años es ya «balilla» (en realidad, se les enrola a los tres o cuatro años). No es necesario ningún formalismo. La demanda debe ir firmada por el candidato (!) y por el cabeza de familia, sin tener en cuenta y en objeto de preocupación para nadie la filiación política del padre, pues esto no significa nada en verdad, dada la suerte de los partidos, llegando a poder admitir hasta los hijos de los comunistas, debido a que no existe riesgo en admitir a los hijos de los extremistas. Los comunistas están en la cárcel o desterrados. ¡Hay tierra de por medio!

El niño «balilla» es un soldado.

Lleva uniforme y tiene armas, conociendo el manejo de ellas. A todos los pequeños les gusta jugar a la guerra, e inútil sería afirmar que los niños italianos son felices y fieros —pues los tontos, si lo son de algún sitio, es de la cabeza— con tener fusiles de verdad y banderas auténticas y jefes que den órdenes, como en el ejército de los hombres.

El «balilla» emplea su tiempo entre la escuela y el fascio. En la escuela escucha a su maestro que está muy vigilado —todos los intelectuales, desde el más humilde al más ilustre, son sospechosos— debe orientar sus enseñanzas de la manera más favorable al régimen. Nada escapa a la mirada vigilante de la policía de Mussolini. Manuales y abecedarios son sometidos a su aprobación. Yo he visto, entre otros, un librito sobre las colonias italianas. Colonizar es plantar columnas dedicadas a la gloria de Roma, en las arenas del desierto; ruda ocupación, que exige para su feliz realización «el indomable coraje fascista»; de esta manera van llegando poco a poco los beneficios de la civilización a los salvajes escondidos en el fondo de sus mezquitas. Se ve un niño árabe, cuya «in-



teligencia se despierta...) escribir sobre una pizarra negra: «Italia es grande.»

Cerrando el libro —con broche adecuado— el busto de Mussolini, con la siguiente inscripción: «En Africa hay lugar, y, probablemente, gloria para todos.»

### «Avanguardisti»

Al salir de la escuela, el «balilla» pasa a la *Casa di Balilla*, donde recibe cursos de instrucción militar, acompañados de sermones que le inician en el dogma fascista. Después de esto, pasa a los campos de *sports*: gimnasio, fisicultura, ejercicios de tiro. Desde los quince años aprende a manejar la ametralladora.

Durante las vacaciones, sigue encadenado al fascio. Las colonias escolares, que reúnen anualmente unos 250.000 pequeños, marchan al mar o a la montaña, según la prescripción facultativa.

A los catorce años, el «balilla», asciende: pasa a ser «avanguardisti». Se celebra este ascenso, con una ceremonia solemne, que en toda Italia y en el mismo día, el 8 de octubre, tiene lugar, conmemorando, pues fué en esta fecha, la *marcha sobre Roma*, a menos que Mussolini, que se cree descendiente por línea directa de Rómulo y Remo, no la aplase, en una aguda crisis de mitomanía, para el 21 de abril, fecha de la fundación de Roma.

Los «balillas» son concentrados en la plaza mayor de la ciudad, donde ha de celebrarse la ceremonia solemnísimas. Frente a las banderas, los «balillas» pronuncian este juramento: «Yo juro obedecer al «duce», sin discusión, servir con todas mis fuerzas a la Revolución fascista, y, si fuera preciso, dar mi sangre.»

Los «avanguardisti» tienen un régimen parecido al de los «balillas»: escuela y servicio; aprenden, además, un oficio, y cuando llegan a la edad para poder ejercerlo, deben inscribirse en los Sindicatos fascistas, que para sus componentes organizan sesiones recreativas y cursos nocturnos, cuyo principal objeto es el estudio de la doctrina fascista.

Cuando llegan a las dieciocho años, los «avanguardisti» se transforman en *Giovani Fascisti*, último grado o peldaño de la instrucción fascista. A los veinte años, ya... pueden entrar en el ejército...

Se ha dicho muchas veces que el fascismo mezcla (¡no las borra!) todas las clases sociales, que las asociaciones de «balillas» y «avanguardisti», hacen que se sienten, codeándose, los hijos de los burgueses, artesanos y campesinos. Es verdad, pero existe un pequeño grupo, una élite: los estudiantes que pertenecen al Grupo Universitario Fascista, cuerpos independientes, y cuyas enseñanzas superiores dan a entender que de estos grupos han de salir (¡claro!) los futuros jefes.

«Nosotros formaremos la clase directora del mañana, y para bien ejecutar el mando es necesario conozcamos a los que han de obedecer.» Este párrafo peregrino, está extraído de una proclama, que lleva por título: *Fusión de clases*.

Los estudiantes jóvenes del Grupo Universitario Fascista son los encargados de organizar los cursos y las conferencias, pero su principal misión es la de vigilar a los estudiantes que no son fascistas y encuadrarlos. Cada Universidad es un centro docente de espionaje. El ejército infantil fascista está organizado como las legiones romanas; cada legión, se compone de 1.000 ó 1.500 soldados, subdividida en cohorte (décima parte de una legión), centuria (cien hombres), manipula (cien hombres, mandados por dos centuriones), y escuadra, con sus pendones, ambulancias, cocinas y caja.

Mussolini ha sabido muy bien unir a esto la religión. De esta manera puede aprovecharse, en beneficio suyo, de las virtudes que la religión confiere.

**¡Marchar y vencer!**

Para darse cuenta exacta del embrutecimiento obrado sobre las masas de la juventud italiana, es suficiente el leer su diario la *Gioventu facista*. Es un semanario, vendido al precio de cincuenta céntimos, perfecto de composición, y cuya lectura hace innecesaria que se tengan que buscar otra clase de lecturas, pues la lectura de él llena los más exigentes paladares. Mussolini colabora en él. El «duce» ama la juventud, la comprende y sabe cómo le ha de hablar. Para seducirla y atarla hace del fascismo una nueva fe que no quiere más que ascetas y héroes:



«El fascismo no os promete honores, dignidades ni ganancias, deberes y luchas!»

Las más de las veces, dicha publicación empieza con «los mandamientos del «duce»:

«¡Marchar y vencer!»

«Creer, obedecer, luchar.»

Esto es, en suma, todo lo que se pide a los jóvenes fascistas.

Este adiestramiento, de trece años, tiene por principal objetivo mantener por todos los medios la lucha contra el feo vicio peligroso de pensar.

### Un futuro radiante

Emilio de Bono, que era entonces general en jefe de «los camisas negras», relata, a su manera, la famosísima marcha sobre Roma. Describe a Mussolini a la cabeza de su ejército (pero la verdad es que, en aquel día, Mussolini estaba en Milán, sentado en su butaca de la Dirección de su diario, *Il Popolo d'Italia*, desde donde esperaba, prudentemente, ser llamado por el rey), aclamado por el pueblo que le saludaba lleno de alegría.

Este número, profusamente ilustrado, da, en efecto, una imagen inesperada del entusiasmo popular en vísperas del golpe de Estado.

La generalidad de los artículos de *Gioventu facista*, cuentas redondas, comentarios, relatos de viajes, prueban que, fuera de Italia fascista, todo es barbarie, desorden, ruína y miseria. Las huelgas y los paros, realidades dolorosas de todos los países, no significan nada para Italia, pues el Gobierno fascista puede dar trabajo a todos los obreros, sobre todo, si son fascistas. En efecto, los obreros fascistas trabajan cuatro horas diarias, pagándoles dos liras por hora).

El Gobierno fascista, que ha emprendido grandes reformas por toda la península, podrá dar pedazos de tierra a los campesinos de las regiones más pobres.

«El porvenir que Mussolini prepara a la Patria es espléndido»; él «la guía hacia la victoria y el engrandecimiento». Todos los pueblos oprimidos, desde los Dálmatas a los Corsos, italianos de corazón, le adoran como al Mesías.

### El decálogo de Mussolini

Fundador de una religión, Mussolini debía dar su decálogo de la ley nueva. En efecto, existe el Decálogo, los diez mandamientos de la juventud fascista.

#### I

Dios y la Patria. Todo afecto y todo otro deber se deducen de lo primero.

#### II

Todo aquel que no esté dispuesto a dar su cuerpo y su alma a la Patria y al servicio del «duce», sin discusión, no es digno de ostentar la camisa negra; el fascismo no acepta ni la fe tibia ni los caracteres mediocres.

#### III

Emplea toda tu inteligencia para comprender las órdenes que recibas, y pon todo tu entusiasmo en ejecutarlas.

#### IV

La disciplina no es solamente virtud que debe emplear el soldado en filas: debe ser un hábito de todos los días y en cualquier circunstancia.

#### V

Un mal hijo y un escolar negligente no pueden ser fascistas.

#### VI

Distribuye tu tiempo de tal manera que tu trabajo sea un gozo y tu gozo un trabajo.

#### VII

Aprende a sufrir sin lamentarte, a prodigarte sin que se te exija y a servir sin esperar recibir recompensa alguna.

#### VIII

Las buenas acciones, como las acciones de guerra, no se hacen nunca a medias; cúplelas con exceso.

#### IX

En las circunstancias graves todo se debe a la audacia.

#### X

Da gracias a Dios, todos los días, de haber nacido italiano y fascista.

...Más de dos millones de niños, y su número aumenta cada día...

**Ch. Bianco**





**H**ABÍA tomado definitivamente posesión de la barraca. Se deslizó tranquilamente en el interior de cada uno de aquellos hombres, como una costumbre molesta de la que no habían podido deshacerse. En algunos días se había hecho el ama, puesto que hizo sentir más duramente su tiranía sin límites. El hambre aparecía, pues, desde el alba hasta la noche. Pero ni el cuartillo de agua caliente, rápidamente desaparecido, ni la famosa «sopa», ni el trozo de pan negro, eran suficientes para aplacarla. Entonces, ella devoraba lentamente la carne de los hombres sin defensa, que le habían sido entregados. Las pieles se ponían flácidas. En los flacos, esto no se apreciaba mucho aún, pero los gruesos se fundían a ojos vistas, flotaban en sus ropas, no se les conocía ya.

El hambre había hecho algo peor. Se había apoderado tan lentamente de los cerebros que la idea fija, ahora, era un tormento. Sentir las flatulencias del estómago vacío, sentir los luengos y desesperados bostezos, no es nada; pero ir de deseo en deseo, de alucinación en alucinación, era un sufrimiento intolerable, que cada día acrecentaba.

Cuando Moureu se paseaba con Mollard, discutiendo asuntos de su oficio o las causas y consecuencias de la guerra, los amigos se paraban a veces. Prestando atento oído, recogían al pasar fragmentos de diálogos siempre parecidos; estas arduas enjauladas, que nada tenían a meter bajo el diente, no soñaban más que con manjares, bodas y festines.

«¡Cuando esto se arregle!... Tú hablas de llenar la lámpara. Por lo menos, ocho

días de bureo, comer y beber. Yo, yo era difícil; no me gustaba más que la buena cocina. Tocino asado, amigo mío, ya ves, nada más que eso, con patatas por todo alrededor. Ahora, mi mujer podrá servirme la sopa salada, me la comeré, sí. Me acuerdo de la boda de mi primo: consommé, merluza en salsa de alcaparras. Un biftek, ¿sabes?, un biftek estupendo, con puré de patatas, eso sí que es bueno.»

Los dos amigos continuaban la ronda.

—¿Ves tú? —decía el buen Pedro—, si esto continúa algunos se volverán locos. No se dan cuenta de que agudizan el hambre, pasándola así por la muela del deseo.

—Lo saben, sin duda —contestaba Moreau—, pero ¿qué quieres?, somos desgraciados. No hemos sufrido poco en esta guerra, pero hambre raramente, y eso en los días en que la necesidad de defender la piel era la preocupación dominante. No estamos acostumbrados, y va para rato.

—¡Aún la guerra, y siempre la guerra!

—La guerra, sí, querido; pero durante este tiempo, los mercaderes de obuses, de sacos, de bidones, de capotes y zapatos pasean su grasa de alta clase en lujosos autos, junto a sus esposas o queridas, en cuyos vientres no habrá una sola arruga...»

Durante algunas horas, muchas veces, continuaban una conversación que llegaba a distraerlos. ¡Puede que, también, hartándose de palabras, sintieran menos el hambre!

### El mutilado

Pronto, poniendo la mano sobre el hombro de Moreau, con un gesto que denotaba la costumbre —necesidad de agarrarse a alguien o a algo— Eugenio los





llevó hacia su lecho. «¡Sentaos!» Los camaradas acercaron sillas. Un malestar se abatía sobre el grupo. ¡Hablar! ¡Encontrar palabras! Moreau sentía toda la gravedad de la situación; sería necesario tratar de no decir cosa alguna que pudiera abrir las heridas apenas cerradas. Tomó un tono afectuoso: «¡Olvidarte!» Pues no, amigo mío; tú eres nuestro, nos perteneces un poco. Si no hemos venido más pronto a reclamar nuestros derechos, la culpa es de las peregrinaciones que has hecho por diversos hospitales, desde hace algún tiempo. Y qué, ¿cómo va eso?»

La frase banal y temida había salido, a pesar de todo, como forzada, presentando el problema. Al hablar, Moreau contemplaba a Eugenio con el corazón oprimido. Así, pues, he ahí lo que la guerra odiosa había hecho del arrogante mozo de fuerte mirada, de semblante imperioso: ¡Una sombra de hombre, con la faz torturada! Sólo la frente, que ahora cortaba la línea negra de la cinta del vendaje, no había cambiado. El resto estaba desconocido. El ojo izquierdo, abierto por completo, miraba con un aire natural todo lo que no veía ya. Se hubiera dicho que la pupila, demasiado dilatada, fijaba las imágenes con la desesperada voluntad de distinguirlas aún. Aquella continua fijeza molestaba intensamente a los que la observaban. La me-

jilla izquierda parecía una masa superpuesta, hinchazón grotesca que una cicatriz hendía hasta la comisura de los labios. La nariz, recta y bien modelada antes de la catástrofe, hubo de ser amputada en parte y reemplazada por aquel trozo de carne, extrañamente aplastado en su base, que parecía ajeno al resto de la fisonomía. El labio superior, hendido, se elevaba ligeramente. Un bigote, cortado a ras de la boca, mal cubría aquella hendidura, apenas cicatrizada. La barba también había recibido un choque y la carne nueva acusaba, con su pequeña masa, redondeada con exceso, la deformidad, que duraría siempre. El lado derecho de la cara mostraba aún mayores estragos. Se la distinguía mal, pues el vendaje la ocultaba en parte; el pómullo había desaparecido y la mejilla diseñaba un arco cóncavo desde el sitio donde debía estar el ojo hasta el maxilar inferior.

—«¿Cómo va eso?» Ya os dais cuenta: debo estar lindo, ¿eh?

—¡Oh! —replicó Moreau—, has cambiado, sin duda, pero no estás en total desfigurado, amigo mío.

Eugenio no se dejó prender en la red de la mentira.

—Sí, ya sé; eso dicen, pero vosotros no lo habéis visto todo. ¡Mirad!

Con rápido ademán había levantado el vendaje. ¿Cómo pudieron reprimir un grito Moreau y Juliana? La elipse de tela negra cubría intencionadamente, en tiempos ordinarios, aquella parte espantosa de la cara destrozada. El ojo derecho no existía ya: había saltado por completo. Una piel tenue y tensa ocupaba incompletamente el espacio, ahora vacío, de la órbita. En el centro de esta membrana, en la pálida oquedad, un agujerito, de dos o tres milímetros, se abría negro sobre aquella mortal lividez. Una gota de humor turbio fluía lentamente. El lado derecho de la cara, desde la arcada superciliar hasta la barba, no era más que una capa de carne descolorida, que recubría los huesos destrozados.

Por más que hicieron, las lágrimas acudieron a los ojos de los que contemplaban, trémulos, los lamentables restos de un semblante enérgico y regular. Una piedad infinita oprimía los pechos de los visitantes. Moreau tomó la mano de Eugenio y la estrechó dulcemente:



—¡Mi pobre amigo!

—¡Oh!, ahora eso va mejor, pero aún hay otra cosa que no veis. Tú oyes como hablo, sin el trozo de lengua que he escupido. Pero, lo peor, con los ojos perdidos, es mi boca destrozada. Ni un diente arriba. Nada de paladar: todo eso no es más que un solo agujero. Sin los frecuentes lavados de permanganato, en tres días, este agujero, no sería más que una pura infección, toda una podredumbre. ¡Qué! Treinta y dos esquirlas en la frontera. ¡Ah! ¡Me ha arreglado bien la garza siete semanas antes de terminar!

—Un milagro, amigo mío, porque en todo esto mismo es un milagro que aún estés vivo.

—¡Oh!, la vida importa poco. Si no fuera por mi vieja, hace tiempo que me hubiera dejado hundir!

—Tu madre, sí, pero los amigos también cuentan, supongo yo. Pronto estará por aquí Charbonnier, que va a regresar de Marruecos. Aquel está fuerte. Cuando estemos juntos los tres ya verás como aún pasaremos buenos ratos. ¿Has estado bien atendido, al menos?

—Atendido, sí —dijo Eugenio—. Bien, ya es otra cosa. Habían visto desfilar antes que yo llegara, tantos heridos! Sin embargo, los enfermeros, los médicos, cumplen su obligación, sin duda alguna. ¡En cuanto a lo otro! Mira: un día me sirvieron, como a los camaradas, un biftek entero, con patatas fritas, cuando yo no puedo tragar nada que no haya pasado por el masticador. No tenía masticador alguno. Toda una historia para conseguirlo: certificado del médico, bono por aquí, declaraciones por allá. ¡Ah! Yo tiraba chispas. Llegó un momento en que la enfermera me tomó ojeriza, diciendo que yo siempre estaba reclamando. Y ella tenía vista y mascaba con todos sus dientes. Después le parecía que podría comer bien la sémola con un tenedor. Reclamé una cuchara. No me la trajeron. Furioso, al cabo de un cuarto de hora, agarré el plato lleno y, ¡plaf!, lo estampé con todas mis fuerzas en el suelo. Un lío de todos los diablos, que llegó hasta el jefe de servicio. Por fin, me dieron una cuchara. Atendido, sí; pero si no hubiera sido por los camaradas de la sala, siempre hubiera podido reventar de hambre.

—¿Y los médicos?

—¿Los médicos? Ellos cumplen su misión, y nada más. Extraer las esquirlas; extraer el ojo derecho; sajar; coser; rectificar la forma de la nariz; estirar la carne sobre la mejilla izquierda. Yo estaba fastidiado. No es que se mostraran brutales adrede, no, pero algunos han hecho experimentos. ¡Qué! Un dentista se empeñó absolutamente en colocarme una dentadura postiza, con paladar de plata. El pretendía que podía ser, pero yo ¡no tenía ni mandíbula superior ni paladar para poder sostener su dentadura! Hice cuanto me fué posible, sufría horriblemente; entonces lo mandé todo a paseo. Ahora se ha acabado, renuncio para siempre a montar sobre el billar.

Eugenio soltó de golpe, como un torrente, largo tiempo contenido, arrolla cuanto se opone a su paso, el relato de las torturas que se leían en su recosida faz.

—Al menos, ¿ha recibido usted visitas? —preguntó Juliana.

—Mi madre ha venido algunas veces, pero para ella resulta muy difícil: vive a 150 kilómetros de París. La pobre vieja creyó volverse loca, y mucho temo que no le quede siempre algo. Mis amigos están todos en el frente. Unas buenas mujeres me han sacado a paseo algunas veces. Otras también —su voz tomó de pronto





entonaciones duras— me han llevado a casas de duques, a casas de nuevos ricos, al Elíseo mismo. Me han servido pastelillos, que yo no podía mascar; champaña, en copas de cristal, que no podía beber. Mujeres de mundo —que ellos dicen— se precipitaban a mí: «¿Desea usted alguna cosa, querido herido?» Su vozapestaba a hipocresía. «Otro pastelito, amigo mío.» ¡Amigo! ¿Habíamos guardado puercos juntos? Me estimo aún más mi jeta desmochada que su verdadero semblante que yo no veía, que nadie ve bajo aquella fachada

—¡Oh!, de mí ni siquiera vale la pena el ocuparse.

Abandonaron gustosamente la penosa conversación. Estaban de acuerdo, ¿no es eso? Cuando Charbonnier, de regreso en París, le pudiera servir de guía, Eugenio iría a pasar algunos días en la casita que, en adelante, será suya. Había hecho tanto ya... Moreau y Juliana lo abrazaron de nuevo, con afecto y piedad infinitas. La cicatriz de su mejilla derecha hizo un efecto imprevisto a la presión de los labios. Esto también era preciso soportarlo. Era



demasiado bien lucida. Y tú, querido, tu estancia en Alemania, dime, ¿cómo se ha pasado por allá?

Moreau se sentía ahora empequeñecido, insignificante ante aquél. Sólo Eugenio era importante allí. Después de haberle hecho sufrir las miserias de tres años, la guerra había torturado su carne con un refinamiento insensato. Tenía para toda su vida. Ciego, con la faz destrozada, jamás conocería ya los mejores placeres. Era el «Reproche viviente» que se levantaba ante los hombres, los que habían querido esta guerra sin hacerla, los que la habían hecho y los que permitieron que se hiciera. Era, debía ser para siempre, el Remordimiento. Junto a él, ¿qué importancia podían tener los otros?

aún la guerra, los restos de la guerra, que el mutilado sufriría hasta la muerte.

Huyeron del hospital, llevando en lo más profundo de su ser la impresión imborrable de la desgracia inmensa del amigo que dejaban ¡Pobre Eugenio! Cómo lo cuidarían, lo mimarían, lo acariciarían, cordialmente para llevar una sonrisa a los labios deformados, que le darían, a pesar de todo, la ilusión de vivir...

Por las calles, invadidas por una multitud que ellos ni veían, mudos, Moreau y Juliana sólo veían ante sus ojos la otra cara y marchaban muy juntitos, comprendiendo intensamente la plenitud de su vida que el amor iluminaba, de la vida de sus dos cuerpos, sanos y salvos.

**Louis Hobey**



# Notas de libros

## 6 tipos de la nueva Rusia

Al regresar de «un viaje a la Rusia soviética durante la primavera y el verano de 1930», el profesor Samuel N. Harper fué invitado por la Universidad de Chicago para dar unas conferencias que tuviesen por base sus impresiones sobre la U. R. S. S.

Estas conferencias fueron seis, y cada una estaba dedicada a estudiar los sectores que más directamente intervienen en la «edificación del socialismo». Es decir, que el profesor Harper quiso tratar detenidamente y al detalle las seis facetas —«el obrero del partido», «el trabajador de brigada de choque», «el joven comunista», «el campesino colectivista», «el obrero intelectual» y «el soldado rojo»— que, según él, componen la Rusia de hoy.

De aquellas conferencias se ha formado un libro (*Escuela de Bolcheviques*. Samuel N. Harper. Espasa-Calpe) que acaba de aparecer en los escaparates.

A través de este libro, profundamente sincero, se puede seguir de cerca el desarrollo de la vida económica de Rusia; y, además, estudiar detenidamente los productos más característicos de la nueva organización soviética: kosomoles, cooperativas, sindicatos, organizaciones culturales, etc.

La claridad, al dar sus opiniones y lo objetivo de sus métodos de análisis, unido a un estilo sencillo y popular de exponer, son las cualidades fundamentales de estas interesantes y amenas conferencias.

## Huellas de la decadencia

La pasada guerra tuvo dos grandes consecuencias: una positiva y otra negativa. La primera, audaz y rebelde, fué: la revolución rusa. La segunda, trágica y reaccionaria, es: que «muchos países cuya potencia y prosperidad constituía el armazón mismo del viejo continente antes del 1914, hoy se debaten entre múltiples dificultades». Estas dos consecuencias conducen, inevitablemente, a un mismo fin: a la destrucción del capital y a la toma del Poder por los obreros.

Y ahora veamos un caso concreto. Una economía y una industria que antes de que cayese la primera granada, era floreciente y poderosa —me refiero a Inglaterra—, al terminar de firmarse el Tratado de Versalles, estaba en franca decadencia.

En un libro (*La crisis inglesa en el siglo XX*. Andre Siegfried. Editorial España. Traducción, excelente, de Francisco Pina) recientemente aparecido, se estudia y se examina «la Inglaterra de la postguerra desde el punto de vista» de este desequilibrio económico.

El autor —persona documentada y que conoce al detalle las islas del Báltico—, después de exponer de una manera sencilla y clara las causas de la crisis de la producción inglesa, comienza a dar soluciones para combatirla. Y estos remedios —llamémoslos así—

son de un tipo franca y descaradamente burgués y reaccionario. Andre Siegfried, en su trote por las regiones del capitalismo, va tropezando grotescamente. Su pasión por los patronos, «verdaderos *gentlemen*», acompañada de su odio al proletariado, le lleva, después de insultar de una manera grosera a las familias obreras («el obrero inglés tiene costumbres de vida desahogada que son costosas, sobre todo porque no saben organizarse bien y porque su mujer carece de *savoirfaire*; no sabe ni comprar, ni guisar, ni cuidar inteligentemente a los niños») hasta el extremo de creer que el «salario excesivo es directamente creador del paro forzoso».

Sus puntos de vista —de los que, por fortuna, estamos bastante separados— base sobre la que construye un verdadero plan de salvación para el capital británico, son equivocados. En ellos ha prescindido, por completo, de la influencia decisiva que tienen los Sindicatos y de la importancia que hoy ha tomado la «lucha de clases».

Este francés anglófilo no se da cuenta, mejor dicho, no se la quiere dar, de que antes que se realice su pronóstico —reorganización de la economía burguesa de Inglaterra a base de bajar los jornales— habrá surgido el verdadero camino que conduzca a la solución definitiva de estos problemas de crisis industriales y paros forzados...

## Un ensayo

Para darnos una idea y «para ir formando esa gran corriente que defina con exactitud la posición del Socialismo español», un antiguo militante, que comenzó siendo agitador en las campañas andaluzas y ha terminado siendo uno de los mejores exponentes teóricos, acaba de publicar (*La ruta del Socialismo en España*. Gabriel Morón. Editorial España) un ensayo, fino y acabado, sobre la ruta que ha de seguir el Socialismo en la política de España...

El libro de Gabriel Morón, muy bien escrito, de una visión clara y de métodos de exposición sencillos, merece ser leído por todos aquellos que sientan afinidad con las tácticas de la «Segunda».

## Biografía de un continente

Desde Nueva York, deslizándose por esas «montañas que se erizan como el lomo de un dragón», Waldo Frank —con la retina preparada y el fichero de las impresiones abierto— ha recorrido la América morena en sus dos sentidos: largo y ancho.

Para un temperamento como el suyo, este viaje de gran kilometraje sólo podía tener una consecuencia: un libro.

Hoy (*América Hispana*. Waldo Frank. Espasa-Calpe) acabamos de leerlo.

El último libro del pensador del Norte, es, pura y literariamente, una biografía. Y al concepto constructivo de ellas responde. En él vemos —como en toda biografía— dos partes esenciales, complemen-



tarias y diferentes. Una, «al describir las costumbres y al presentar la escena en la que se mueven los personajes»; y otra, al analizar la «imagen de un organismo viviente».

Es decir, que Waldo Frank, primero nos da el paisaje: ríos, razas, montañas; y luego investiga el carácter, parcial y colectivo, de ese conglomerado geográfico formado por las tierras que, a manera de cuña, está colocado entre el Atlántico y el Pacífico.

El libro es una gran película, donde vemos desde el desarrollo geológico y mercantil del canal del Panamá, hasta la silueta recortada sobre los Andes de Simón Bolívar.

Waldo Frank se propone —en la introducción— que su obra se lea «lo mismo que se escucharía una sinfonía en orden sucesivo» y esto está plenamente conseguido por el carácter de la biografía.

ALVARO ARAUZ

Madrid-agosto.

**L'Espagne au tournant**, por Pierre Ganiwet. Edition de la Revue littéraire des Primaires *Les Humbles*, 1932.

Siempre ha sido, éste de nuestra España, tema sugerentísimo y abrumador. Para los de dentro, la nobleza (virtud castellana no participada por los ribereños que hemos sido siempre de pocas virtudes) les ha obligado a que se partieran el pecho contra las aristas de la sordera nacional endémica (cuyo mejor otorino... por un capricho patronímico secular, tiene la desgracia de llamarse Tapia. ¡Más sordo que...!), y, para los de fuera, las más de las veces, hemos sido unos «gitanos —(*l'andalouse aux seins bruns*)— capaces de tomar por pandereta al Sol, cuyos parches se fabrican con piel de toro o de cabrito...» «España tiene el perfil de una piel de toro extendida» (¡pero sin cuernos!) y con suficientes reaños... para lidiar hasta el hambre... pues, como todo el mundo sabe, aquí no hay «parados». ¿Cómo han de haber «parados», si no nos hemos movido nunca? ¿Qué país tiene «padres de los pobres» con impotencia sexual congénita, y comunión diaria?

A España, nuestra madre romancesca, le han clavado tres rejonos mayúsculos. Tres caballeritos... Waldo Frank, E. Eremburg y este Pierre Ganiwet, que también *se trae lo suyo*...

La *España virgen* es del año 27, pero los libros de Eremburg y del Ganiwet galo están «calentitos»... y han dolido a todos los españoles que adoran a su patria... renegando del enciclopedismo y del desnudismo. Deberíamos vernos desnudos, a ver si se nos caía la cara de vergüenza y de lepra cristiana...

¡Joven Ganiwet —en memoria del viejo— te digo, que en esta España tuya —de ahora y de siempre— no es un perfil de España, sino la transcripción de la entraña de esta tierra, que parece un polichinela —diríase— atado con hilos de la Telefónica...!

Folletón social, respuestas a una encuesta vital, ligereza de informe no mixtificado. Parece tu libro el

extraordinario de un diario «clasiista», suspendido por orden gubernativa...

Nosotros somos «pesados». Por algo ha dicho Jean Casson, que «la idea de España es densa, como los metales más pesados, compacta, resistente y profunda».

**Cómo se hace una cooperativa**, por Regino González. Madrid.

El derecho llamado de asistencia, por los krauistas, el «operar justamente con cualquier otra persona (¿«Jesús en Fornos»)? Quíá, hombre, Jesús sentado con nosotros en un tabloncillo en una fiesta de toros o en un mitin antiestatutista).

Guesde decía que era perder el tiempo —hablando del cooperativismo— y J. Simón, que un saco de escudos puede transformar un obrero en patrón, pero no en un patrón hábil. Pero Guesde y Simón tenían estilo jesuítico (como diría Giménez Caballero).

Roberto Owen, Rochdale, el tradeunionismo, puntales firmes del cooperativismo. Las siete columnas... del Partenón proletario...

El libro de Regino González, ampliamente concebido y documentado, con virtudes de manual, es indispensable por su contextura docente, para los que no encuentren asequible la extensa bibliografía sobre cooperativas, y quieren empezar a andar por la senda florida del apoyo mutuo... poniendo la primera piedra de los cimientos constructivos.

M. ALEJANDRO

**La revolución húngara**. Un libro interesante. 208 páginas, 3 pesetas.

*La Revolución Húngara*, de Pierre Ganiwet, es una de las obras más interesantes últimamente publicadas.

Conocer el desarrollo de la Revolución húngara es en extremo sugestivo. Además, el desenvolvimiento de los acontecimientos nacionales, guarda estrecho paralelismo con el proceso revolucionario de Hungría, que *La Revolución Húngara* parece más bien la dramática descripción de la historia española.

*La Revolución Húngara* es de una oportunidad ejemplar. Aporta una serie de sugerencias que han de satisfacer, seguramente, a cuantos exigen una documentación seria en toda relación histórica.

*La Revolución Húngara*, escrita por Pierre Ganiwet, viene a dar cumplida respuesta a un fin de inquietantes problemas que tienen planteadas las juventudes contemporáneas.

Con un estilo ameno y usando de unas fórmulas desprovistas de todo vano florilegio, nos presenta una visión exacta de los hechos, rica por su fondo y admirable por el matiz cordial con que expone las gestas más trascendentales.

*La Revolución Húngara* lleva un prefacio y un apéndice final, además de varias notas aclaratorias de su traductor, el militante de la C. N. T., Alfonso Miguel.



E D I C I O N E S

# ORTO

Luis Morote, 44 - VALENCIA - España

Acaba de aparecer

## 1945

### **El advenimiento del Comunismo Libertario**

por el ingeniero

**Alfonso Martínez Rizo**

Una visión novelesca  
del porvenir

**2 pesetas**

Se ha puesto a la venta

### **La última víctima de la Inquisición**

(El maestro de Ruzafa, Cayetano  
Ripoll)

**por Julio Noguera López**

Ilustraciones de RIVADULLA

**2 pesetas**

**Haga sus pedidos a esta  
Administración**

MARIN CIVERA

### **el sindicalismo** historia - filosofía - economía

**3 pesetas**

HILDEGART

### **paternidad voluntaria**

guía práctica de los medios para evitar el embarazo

**2 pesetas**

JOSÉ LÓPEZ TOMÁS

### **plan financiero quinquenal de la república española**

**5 pesetas**

RAMÓN J. SENDER

### **teatro de masas**

**2 pesetas**

### **jesuitismo y masonería**

(dos ideales opuestos)

por Matías Usero Torrente

ex sacerdote misionero católico

250 páginas — **4 pesetas**

### **sexualismo revolucionario** (amor libre)

por E. ARMAND

magníficamente presentado — **2'50 pesetas**

NO DEJE DE ADQUIRIR:

## **cómo actuaban los bolcheviques en la clandestinidad**

**krasin, bogomólov, guerchanóvich**

Traducción directa del ruso por A. NIN - **Pesetas 4**

Montamamiento de Madrid



# CUADERNOS DE CULTURA

---

## VERDADERA ENCICLOPEDIA POPULAR

---

Suscripción: 5'50 pesetas cada 10 números :: Número suelto: 60 céntimos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LUIS MOROTE, 44, VALENCIA

---

ACABAN DE APARECER LOS NÚMEROS

**60**

**El simbolismo sexual en las religiones**

(Los elementos fálicos en la Religión)

José Mac Cabe

**61**

**La ciudad en el porvenir** Comunista Libertario  
(La urbanística del porvenir)

Alfonso Martínez Rizo

**El número  
próximo  
se titulará**

---

**Cultura y barbarie en la Edad Media**  
(Tercer CUADERNO de la Historia popular de España)  
Gonzalo de Reparaz

---